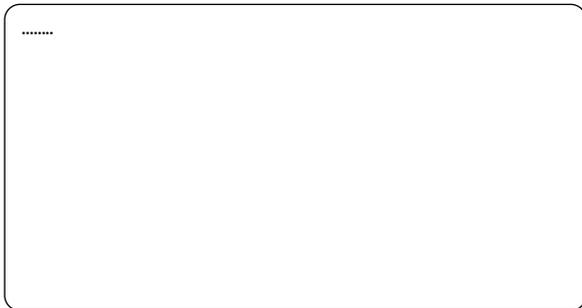


CUESTA ARRIBA

AGUAFUERTES DEL
EXILIO ARGENTINO
DEL '76

ALBERTO
ADELLACH

Cuesta Arriba



Corrección de estilo:

Diseño de tapa: Dominique Cortondo Arias

Diseño del interior y maquetado: Eleonora Silva

Cuesta Arriba

Aguafuertes del exilio argentino del 76

Alberto Adellach



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital desde cualquier lugar del mundo ingresando a libreria.clacso.org

Cuesta Arriba. Aguafuertes del exilio argentino del 76 (Buenos Aires: CLACSO, julio de 2024).

ISBN 978-987-813-746-9



CC BY-NC-ND 4.0

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Índice

Aclaración	9
Agradecimientos	13
Presentación	15
Cómo vivimos el exilio en torno a <i>Cuesta Arriba</i>	21
I. Safián.....	33
II. La columna.....	39
III. Don Roberto	45
IV. El fascista que hay en mí	51
V. Olvidos	57
VI. Don Enrique	63
VII. Mi Tío León	69
VIII. Los quebrados	75
IX. Locas.....	79
X. Don César.....	85
XI. Uruguayos.....	89

XII. Don Homero.....	95
XIII. Se están moviendo	101
XIV. Colombres.....	107
XV. Formosa.....	113
XVI. Los chupados (I).....	121
XVII. Los chupados (II).....	127
XVIII. Los chupados (III)	133
XIX. Chau, Videla	139
XX. Don Pablo	145
XXI. Un tango.....	149
XXII. La biyuta	157
XXIII. Buenos Aires.....	161
XXIV. Receta.....	167
XXV. El cadáver de un ser vivo	173
XXVI. Una carta	179
XXVII. El último viaje del “Cabo San Roque”	183
XXVIII. Los retornos.....	189
XXIX. La euforia.....	193
XXX. Chantunes y garquiñones	199
XXXI. Los reos de entonces	205

Y también...

Viñas: la ebullición de la memoria.....	213
Cuando las madres hacen historia	219

Aclaración

Los artículos que componen este volumen fueron publicados entre 1979 y 1984 en *Denuncia* (New York) donde se utilizó el título genérico de *Cuesta arriba; Resumen* (Madrid), una publicación que dejó de salir en cuanto se realizaron elecciones en Argentina; *Uno más Uno* (México), matutino que abrió sus páginas a numerosos compatriotas míos; *Frente y Democracia*, ambos de corta vida y con el doble sede: en México y en Buenos Aires.

Numerosos textos fueron desechados por su carácter excesivamente coyuntural; unos pocos, en cambio, fueron incluidos pese a quedar inéditos en su momento. Otros dos se presentan aparte –bajo el peregrino enunciado Y también–, porque en ellos, sin perder el carácter o estilo periodístico, nos acercamos un poco más al modo cejijunto del ensayo histórico o libertario. Son, asimismo, los más extensos de la colección

Hubo correcciones, inevitablemente realizadas en el momento de seleccionar o copiar los textos; pero éstas no alteran –en absoluto– el contenido o el espíritu del trabajo original.

En cada caso se aclara el medio y la fecha de publicación.

La serie *Denuncia* contó a veces con –excelentes– ilustraciones de Walter Canevaro. El artículo final, sobre las Madres de Plaza de Mayo, se escribió para acompañar una serie –también espléndidas– fotografías de Renzo Gostoli.

A.A.

(Nueva York, diciembre de 1986)

(Última revisión: septiembre de 1995).

Agradecimientos

Este proyecto surgió de la iniciativa e incansable trabajo del Dr. Pablo A. Pozzi y el Grupo de Trabajo de CLACSO “Izquierdas y luchas sociales en América Latina”, pensando en la importancia seminal de preservar los testimonios y huellas materiales de una historia de militancia y activismo de la lucha contra la última dictadura militar tanto dentro como fuera de la República Argentina. Se compiló así un abultado cuerpo de fuentes documentales y audiovisuales, cada vez más significativo, que abonan a la importancia del trabajo de preservación de la memoria histórica de historias individuales y grupales de resistencia, de la que la presente obra es una de incontables evidencias.

En este proceso de transcripción, edición y preservación participaron un grupo de jóvenes investigadores en formación y formados, comprometidos con una propuesta que destaca la importancia de la conservación y socialización de materiales en aras de la construcción de la memoria, la investigación y la democratización en el acceso a documentos de importancia histórica.

Queremos agradecer así a Ana Laura Lareo, Camila López, Ciro Paroli, Joaquina De Donato, Lautaro León, Mariano Basso, Santiago Scliar y Valeria L. Carbone en su trabajo de transcripción y edición de la presente obra, además de a Alejandro y Esteban Creste,

los hijos del autor, por la confianza depositada en el proceso de materialización de este proyecto.

También agradecemos a Pablo Vommaro y Rodolfo Gómez, del Concejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, que dieron el visto bueno para encarar este libro, y al Grupo de Trabajo de CLACSO “Izquierdas y luchas sociales en América Latina” que brindaron su apoyo y colaboración en todo momento.

Presentación

Denuncia es una de las historias más notables y desconocidas de la lucha antidictatorial. Sus orígenes se remontan a la labor que realizó Raimundo Gleyzer, allá por 1974, entre algunos de los doscientos mil miembros de la colectividad argentina en Estados Unidos. Fueron tres de ellos (Horacio Lofredo, Héctor Rodríguez y Eduardo Tesini) los que iniciaron lo que sería una tarea notable de solidaridad internacional. Estos tres nuclearon docenas de argentinos y norteamericanos, uruguayos y colombianos, españoles y brasileños, y sobre todo un nutrido grupo de puertorriqueños como Ana Rodríguez, Juan Estrada, Ernesto Ramos, Lourdes García y Frank Velgara. Fue el trabajo de toda esta gente el que hizo la primera denuncia de los campos clandestinos en Tucumán; el que presentó la primera lista de víctimas de la represión; el que fomentó la visita de Cyrus Vance a la Argentina y los que lograron que Edward Kennedy denunciara la represión en el Congreso norteamericano; el que recibió la primera visita de las Madres de Plaza de Mayo; el que fomentó el corte de ayuda militar a la dictadura; los que recibieron a la sobreviviente Patricia Erb. Esa tarea se basó en diversos organismos: los Comités por la Democracia en Argentina (que existieron en diecisiete ciudades norteamericanas), el Movimiento Antimperialista por el Socialismo en Argentina (dirigido a los sectores más politizados); la Organización de Acción Cristiana en

Argentina (para los creyentes); el Argentine Information Service Center, para presionar sobre la superestructura; y la Comisión Argentina de Derechos Humanos [CADHU] en Washington.

Una de las labores más importantes que realizó toda esta gente fue el periódico *Denuncia*, fundado en junio de 1975. En marzo de 1976 adoptó la consigna *Junto al pueblo, contra la dictadura, por el socialismo*. El periódico fue prohibido por el Decreto Ley 21269 del 24 de marzo de 1976, que prohibió las actividades de agrupaciones políticas marxistas, mientras que los decretos ley 21322 y 21325, lo declararon ilegal y disuelto por ser una organización subversiva. Al mismo tiempo el Servicio de Inteligencia Naval persiguió a sus integrantes, y envió a Juan Battaglia (condenado el 22/11/2018) para identificar individuos con familiares en Argentina que pudieran ser secuestrados.

Denuncia fue un periódico que, en su punto más alto, imprimió y distribuyó entre veinte y veinticinco mil ejemplares, con ediciones en español, francés e inglés y una edición hecha en España. Se distribuyó en treinta y cuatro países y tuvo corresponsales en buena parte del mundo. Allí escribieron periodistas como Carlos Gabetta y Alberto Pipino, artistas como María Escudero y escritores premiados como Alberto Adellach y Alberto Spunzberg. Pero lo más notable fue que la vasta mayoría de los que participaron en *Denuncia* eran trabajadores. Por ejemplo, Héctor Rodríguez y Eduardo Tesini eran obreros de joyería; Josefa Montesanto era obrera del vestido; María Eva Ruppert era empleada doméstica. Muy pocos, como Cecilia Castorino o Marta Fabián, eran profesionales universitarios o estudiantes. Y casi todos eran inmigrantes, no exiliados, testimoniando el impacto de la generación del Cordobazo más allá de las fronteras argentinas. *Denuncia* publicó setenta y un números, entre junio de 1975 y octubre de 1983, y cesó su tarea una vez que hubo elecciones en Argentina.

Lo notable es que nadie se acuerda de esta tarea. ¿Por qué? Una posible respuesta es que todas estas personas no fueron “importantes”, ni intelectuales ni políticos. Por ende, no escribieron sus

memorias ni hicieron películas, ni pidieron recompensa alguna. Si bien algunos de sus integrantes regresaron a la Argentina, muchos otros retornaron a su vida cotidiana en Estados Unidos. Pero quizás la mejor respuesta a esta pregunta sea la siguiente. Cuando el autor de esta nota se contactó con varios de ellos para preguntar sobre el reconocimiento que les haría Cancillería, el Archivo Nacional de la Memoria y CLACSO, la respuesta fue casi unánime: no hace falta ningún reconocimiento, hicimos lo que correspondía. O, como dijo la puertorriqueña Lourdes García, hoy en día delegada sindical en Nueva York: la solidaridad une a los pueblos. Ninguno lucró ni económica ni simbólicamente con su tarea; simplemente “hicieron lo que se debía”.

II

En agosto de 1978 se realizó una reunión de “solidaridad internacional” en la Ciudad Universitaria de París, donde fui enviado por los compañeros de *Denuncia*. Allí se discutió el papel del periódico, su distribución y financiamiento, y se acordó que Manuel Gaggero sería el nuevo director y Carlos Gabetta su secretario de redacción. Y si bien la gestión de ambos fue corta (unos seis meses), esta bastó para acercar una cantidad de gente al periódico. Una de ellas fue Alberto Adellach, que era el seudónimo de Carlos Creste.

Gaggero me presentó a Adellach en Madrid, después de esa reunión parisina. La idea era plantear que escribiera una columna en forma regular (o sea una por mes) comenzando en 1979. Ahí fui a su casa, donde me recibió su esposa Rebecca (que en realidad era el alma familiar y su fuerza) y sus dos hijos chicos, Alejandro y Enrique. Y si mal no recuerdo estaba su amigote, el gran pintor Ignacio Colombres (que después también colaboró con el periódico, y que es uno de los tipos menos pedantes que conocí jamás y eso que era Premio Nacional). Mi recuerdo era que Alberto me hizo una especie de interrogatorio, todo con una sonrisita tipo “con qué se

come este individuo”, y que después de pensarlo un poco me dijo que aceptaba. Todo en medio de anécdotas sobre su vida como publicista que complementaban el lungo anecdótico de Colombres sobre venderle cuadros “indigestos” (dijo él) a los alemanes.

Alberto mandó su primer artículo en marzo de 1979 y lo publicamos en la siguiente edición. De ahí en más envió su columna regularmente, que era muy bien recibida no solo por el exilio, sino sobre todo por la colectividad latinoamericana en Estados Unidos y en Europa. Es que tenía un estilo difícil de catalogar: muy culto en el buen sentido de la palabra (era un hombre *leído*), llano de expresión, pero con una complejidad y profundidad de ideas difícil de igualar, y una sabiduría popular notable. Pero sobre todo tenía una gran humanidad, y ahí recuerdo cuando escribió sobre “los quebrados” que, a mí, en particular, me emocionó. Creo que le encantaba escribir su columna, como a nosotros nos encantaba recibirla.

La columna de Alberto le daba color y calidad a *Denuncia*. O por lo menos eso pensábamos con Cecilia Castelar, que era la encargada de la sección “Cultura”. Cecilia hizo una labor impresionante que atrajo a una cantidad de personajes culturales que complementaban bien lo que nos enviaba Alberto. Y si bien Cecilia era la se comunicaba con él, yo seguí teniendo una relación política y personal durante unas dos décadas. Cuando los Adellach / Creste se mudaron a México, y yo hice lo mismo en 1981, nos veíamos regularmente a disfrutar del whisky de Alberto y las espectaculares milanesas de Rebecca. Claro que por ahí me encantaba porque andaba tan pobre que todo me parecía riquísimo, pero la realidad es que Rebecca le ponía tanto cariño a su comida y Alberto tanto humor a su whisky que eran un placer. De ambos aprendí pilas de cosas, sobre todo porque Alberto era de esa gente que te enseña cosas sin que te des cuenta. Es más, recuerdo que me invitó un par de veces a la casa de Miguel Bonasso donde se leían capítulos de lo que fue *Recuerdo de la Muerte*, mientras los asistentes comentaban y agregaban datos y yo me quedaba calladito mirando a esos

verdaderos intelectuales militantes ejercer su arte colectivamente. Reconozco que a mí no me gustaba mucho que digamos el planteo de ese libro que luego fue *best seller*: era una historia heroica la del Nariz Maggio, pero también daba pie a pensar que todos los desaparecidos estaban muertos con lo que se podía desmovilizar la campaña de la solidaridad internacional. Ni hablar que en mi imaginario los desaparecidos en los campos de concentración se comportaban más o menos como contaba Benedetti en *Pedro y el Capitán* o Fucik en *Reportaje al pie del patíbulo*. Me tomó tiempo aprender que Adellach y Bonasso tenían razón y yo no; había que conocer el horror en toda su dimensión no solo para combatirlo, sino para prepararnos a enfrentarlo.

La última vez que lo vi a Alberto fue en un departamentito de Astoria, Queens, allá por 1988. Se había trasladado a Nueva York y, si bien charlamos mucho, no tocamos qué hacían allí y por qué no regresaban. Hablamos de la situación argentina, y mucho de publicar este libro. Recuerdo que Alberto no quería hacerlo, o por lo menos no todavía. Me contó que había agregado cosas, que había corregido otras, y me mostró copia de los originales. Yo me quedé con la sensación de que él había cerrado su etapa “argentina”. Pero también me quedé con la convicción de que publicar este libro era una deuda que los compañeros de *Denuncia* teníamos con él; o sea, con alguien que nos había apoyado durante años sin pedir nada a cambio, con humildad, y siempre con buen humor.

Cada tanto me acuerdo de Rebecca y Alberto, de sus milanesas y whiskys, de viajar con Esteban y Horacio Suárez en los trenes mexicanos camino a Baja California. Pero sobre todo me acuerdo de cómo esperábamos sus columnas, que tenían la inmensa capacidad de hacernos sonreír, llorar, evocar, todo al mismo tiempo.

Pablo A. Pozzi

Cómo vivimos el exilio en torno a *Cuesta Arriba*

Los golpes en el teclado de la máquina de escribir es el sonido más asociado a mi infancia y adolescencia. Eran golpes que se sucedían rápidamente, y se interrumpían solo cuando sonaba la campanita de la Olivetti al llegar al final de un renglón, y era seguido por el arrastrado del rodillo con la manija en el lado derecho, que indicaba el comienzo inminente de la próxima oración. Era mi padre con su herramienta de trabajo. El teclado parecía una extensión de sus dedos; podía estar mirando a un lado, o contestando una pregunta, y las teclas seguían marcando letras sobre las hojas de papel que, por lo general, terminaban en completo orden y sin tachaduras.

Con su máquina de escribir, que cambió pocas veces a lo largo de su vida, escribió decenas de obras de teatro, ensayos, libretos de televisión, campañas de publicidad y todo lo que se puede hacer con una Olivetti con fines creativos y para alimentar una familia con cuatro hijos, en una Argentina que a través de los años nunca parecía —y aún hoy— salir de una profunda crisis económica para entrar en otra. Después, ya en el exilio, usó su máquina de escribir para continuar trabajando en proyectos e ideas que llevaba en “la valija al dejar el país”, como solía decir, pero también la usó para denunciar los horrores que pasaban en la Argentina durante

la dictadura, y para acompañar de alguna manera a aquellos que estaban en el exilio.

“Se fue el que pudo y se quedó el que pudo”, escribió en una de sus columnas publicadas en el periódico *Denuncia*, dando un poco de respiro a aquellos que se exiliaron y cargaban la culpa de haber sobrevivido el horror cuando tantos familiares, amigos, conocidos o compañeros de militancia habían desaparecido, quizás para siempre, y se temía que antes de eso hubieran pasado una o más sesiones de torturas.

Cualquiera entiende el significado de la palabra “exilio”. Muchos la entienden de forma abstracta. Saben que los griegos lo consideraban el peor de los castigos. En Argentina hay una larga lista de personajes históricos que pasaron o murieron en el exilio, como San Martín, Sarmiento y muchos más. Se entiende el concepto, sí. Pero otra cosa es vivirlo. Aquellos que lo han atravesado saben que el destierro, al menos para los exiliados de la última dictadura militar en Argentina, se compuso en la mayoría de gente sola, de algunos en parejas, y pocos en familias (la nuestra y un puñado más al principio del exilio, en Madrid). A nuestra casa llegaban todos los días, cabizbajos, preocupados, con sentimientos de impotencia y derrotados. Venían para comer las deliciosas milanesas que mi vieja cocinaba y encontrar calor familiar. Después se distraían jugando al risk o al truco, para terminar debatiendo sobre dialéctica marxista, política internacional, la transición democrática en España, *Cien años de soledad*, la poesía de Borges, fútbol o una vuelta por el Museo del Prado. Y así se generaba un círculo de pertenencias y compañerismo, con el que se derrotaban los peores pensamientos e instintos. La primera columna, por ejemplo, publicada en abril de 1979, se la dedicó a un periodista exiliado que tomó una decisión trágica y el viejo usó el espacio para decirles a otros, que quizá habían perdido su norte también, que por ahí no iba la cosa, que había que aguantar. Que el exilio era así, y no se podía claudicar, porque si no los represores ganaban la partida. Buscaba una

forma de unir a sus lectores, en distintos países, que compartían el dolor por lo que sucedía en Argentina.

Cuando los responsables de *Denuncia* le plantearon tener una columna fija sobre asuntos culturales, mi padre aceptó. Pero primero quiso estar de acuerdo en algo, como lo menciona en la segunda columna, publicada en mayo de 1979: “Empecemos por entendernos en esto: Troilo en un tema cultural; Discépolo es un tema cultural; mi viejo, que era tachero y se traía una anécdota todos los días, es un tema cultural”. Eso se refleja en el lenguaje que usa a través de todas las entregas, en que hace mucho usó del lunfardo. Si había un punto que tenía en común con sus lectores, se trataba justamente del lenguaje. Sabía que en algunas expresiones callejeras y en palabras específicas estaba tocando emociones y recuerdos en el exiliado, creando un espacio en común. Eran como un salvavidas emocional para el que las leía mientras se ahogaba en la angustia por estar lejos de los suyos y saber poco de ellos (recordemos que estos eran los tiempos antes de internet, que la comunicación era mayormente por correo postal y no por teléfono, porque era muy caro, y las cartas eran muchas veces escritas en clave, que causaban en algunos casos más interrogantes que tranquilidad). El exilio significaba que moría un padre o madre en Argentina, y el afectado no podía viajar para el entierro; en que algunos eran consumidos por el tormento, porque su pareja había desaparecido y no sabía absolutamente nada de él o ella; y todos o casi todos enfrentando la dura realidad de no saber si llegaban para pagar el hostel en que estaban, o incluso cómo pagar el próximo almuerzo. En esa segunda columna, mi viejo cita a Pedro Orgambide, amigo suyo desde la adolescencia, y que se había exilado en México en 1974, dos años antes del golpe militar, tras ser amenazado por la Triple A u otra organización siniestra similar. Cita una frase que Orgambide le escribió en una carta y mi padre asegura en su columna que no quiere ni debe sacarse de encima: “Tenemos que convertir el exilio en un hecho constructivo”.

Pero antes de seguir describiendo cómo desarrolló las columnas y que pasaba a su alrededor y el nuestro en esos años, revisemos cómo es que termina, con toda la familia, en el exilio. Mi padre tuvo una etapa de mucha producción creativa desde mediados de la década del 60 hasta que le —nos— tocó el exilio, después del golpe del 76. Para su producción creativa, mi padre eligió dejar a un lado su nombre de nacimiento, Carlos Creste, para adoptar un seudónimo, Alberto Adellach, compuesto por su segundo nombre y el apellido de su abuela paterna. Irrumpió en la escena teatral con obras que buscaban retratar los conflictos del argentino medio de esos tiempos, en que los protagonistas usaban un lenguaje, que era, de por sí, un quiebre significativo en momentos en que en los escenarios no se escuchaban diálogos conjugando con “vos”, sino bajo el estricto idioma castizo. A eso, le sumó la influencia del teatro del absurdo, de Ionesco y Becket, y el existencialismo de Sartre. En cuestión de estética, eliminar la escenografía, en lo posible, para qué las obras pueden montarse en cualquier ámbito. Hoy parece algo normal todo esto. Pero a mediados de la década del sesenta representaba un rompimiento con el orden establecido. En 1971 tuvo tres estrenos teatrales, con una de esas obras a teatro lleno la mayoría de las noches. Después llevó esas ideas a programas dramáticos (“unitarios” lo llamaban entonces, porque era un elenco fijo que cada semana contaba una historia distinta). Por unos años, estuvo estrenando teatro y trabajando para distintos canales de televisión, de los pocos que había en esa época. Entre los programas que escribió estaba “Nosotros”, que era semanal y lo protagonizaban Norma Leandro y Federico Luppi, junto a un elenco de otros grandes actores. También escribió para un programa de Irma Roy y otro para Teresa Blasco, dos actrices de renombre en esos momentos. Además, escribió una radionovela, con una trama de conflictos sociales y cierto trasfondo político que reflejaba los tiempos que se vivían entonces. En el 76 ganó el premio Argentores, por su labor teatral, y el Martín Fierro, por su trabajo en televisión. Ambos premios por la producción del año anterior. Hasta ese

momento, había sido el primero en ganar ambos premios el mismo año. Desconozco si ha vuelto a ocurrir. La entrega del Martín Fierro en ese año se hizo a escondidas en un hotel del centro en junio de 1976. Es decir, tres meses después del golpe militar del 24 de marzo. Muchos de los nominados y ganadores no fueron porque ya estaban amenazados por la Triple A. Algunos ya estaban exiliados. El evento no fue televisado, por primera y única vez, creo, y después de eso el Martín Fierro dejó de otorgarse por varios años.

Tras ganar los premios y estar activo en teatro, televisión, radio, periódicos y agencias de publicidad, de repente se encontró con que ya no podía trabajar más para ningún medio. Dejaron de llamarlo para encargarle libretos o hablarle de proyectos, como era de forma cotidiana. Se le cerraron todas las puertas, bastante rápido.

—Estás en una lista —le confesó un colega, confirmando lo que ya suponía.

Cuando quiso averiguar más, la respuesta que obtuvo fue que eran “órdenes de arriba” y que había un interventor militar en esos medios que aceptaba y rechazaba nombres para todo lo que era público.

Estar en una lista significaba estar prohibido. Entonces, ante la falta de empleo y con toda una familia al hombro, tuvo que optar por buscar trabajo en otros países. Finalmente, se fue a España, donde tenía una hermana que podría dar el apoyo inicial. Se fue de Argentina el 17 de octubre de 1976, pensando que tendría que estar fuera unos pocos años, hasta que pasara la dictadura de turno, como pasaron tantas otras en la historia argentina. Después viajamos en barco hacia España, mi madre, Rebeca, que entonces tenía cuarenta y un años, mi hermano Alejandro, a punto de cumplir los dieciocho años, y yo, que acaba de cumplir doce años. Detrás quedaron mi hermana Alicia, de veinticinco años, que ya tenía su vida encaminada, y mi hermano Enrique, de dieciséis, quien a último momento decidió quedarse porque quería estar más cerca de su madre, la primera esposa de mi padre. En la madrugada del 11 de

enero de 1977, un comando militar llegó a nuestra casa. Derribaron la puerta y los agarraron a los dos. Los golpearon, les pusieron una capucha en la cabeza y se los llevaron. Después nos enteramos de que, unas horas antes, habían estado en el barrio un grupo más pequeño de militares vestidos de civil preguntando acerca del escritor que vivía allí.

Alicia y Enrique estuvieron secuestrados por cinco días en Campo de Mayo, el mayor cuartel del ejército del país, a relativa poca distancia de donde vivíamos. Creemos que lograron salvar la vida por la presión internacional que mi padre y amigos impulsaron para pedir su libertad. Publicaron notas en varios periódicos del mundo y tocaron figuras e instituciones, incluyendo a un secretario del Papa, que le envió telegramas a Videla preguntando por nuestros hermanos. Un jerarca de la iglesia católica en España fue claro y directo con mi padre: “Prepárese para no volver a ver a sus hijos. Videla es alguien que puede asustarse ante algo pequeño y entrega el tablero, como que pueda enfurecerse y ordenar que los maten a pesar del precio que pueda pagar”. Mi padre salió de esa reunión y le costaba ponerse de pie y caminar. Dijo que sintió que las piernas eran de mantequilla. Finalmente, Enrique llegó a España el 31 de enero. Estuvo orinando sangre por varias semanas, por los golpes salvajes y repetidos que recibió en todo el cuerpo en esos cinco días. El mismo día en que llegó, mi padre se encerró con él en su oficina y le tomó testimonio, transcribiendo palabra por palabra, con lujo de detalles. Ese testimonio lo tituló simplemente “El relato de Enrique” y forma parte de un libro inédito aún. Sería el primero de una docena o más de testimonios de sobrevivientes de campos de concentración que recogería en los siguientes años. Muchos datos que esos sobrevivientes compartieron con mi padre, él los volcaba en sus columnas. A veces cambiaba nombres o descripciones físicas de estos sobrevivientes para ocultar su identidad, en caso de que a los milicos les llegara una copia de *Denuncia*.

Por lo general, antes de mandarlas al equipo responsable del periódico en Nueva York, el viejo nos las leía en voz alta a todos los

que estábamos presentes en ese momento, familia y compañeros del exilio. Las leía poniendo énfasis en algunas palabras, que en el texto estaban subrayadas o en negrita. Escribía sobre tangos (bueno, casi todos los textos evocan a tangos en algún momento), poetas y figuras importantes de la cultura argentina, como también mencionaba bares de barrio de los que guardaba un recuerdo, amigos de travesuras de la juventud y un tío bravo y de principios morales fuertes, surgidos de las calles. A veces nos dejaba a todos con la boca abierta por lo que describía. También nos dejaba con un poco de temor, pensando que podría estar diciendo mucho y muy directo contra los represores, a los que insultaba repetidamente, en un lunfardo llano o palabras duras y directas. En su columna de agosto de 1980, cuyo título es “Se están moviendo”, habla justamente de que los servicios habían enviado a oficiales al exterior para sacar del medio a los que hacían “campañas antiargentinas”. Así saca a relucir algo que en el momento se desconocía por su nombre: el Plan Cóndor. En la columna de mayo de 1981, señala que al desmantelarse los campos de concentración “algunos represores fueron a parar a Bolivia, donde dieron ejemplos de perversión suprema, otros más a México, país que los sacó carpiendo, otros más a Perú, Francia, España e Italia a perseguir exiliados”. Después supimos que el golpe de 1980 en Bolivia, también llamado “el golpe de la coca”, fue realizado con apoyo de militares argentinos que estuvieron presentes en La Paz, y que eso dio comienzo al ingreso de cocaína a gran escala a Argentina. También se supo que estos represores entrenaron a los contras nicaraguenses y otros cuerpos militares en Centroamérica en “técnicas antisubversivas”. O sea, lo que no aprendían en la Escuela de las Américas en Panamá, porque a lo mejor había límites legales en donde operaba la Escuela, ya que era territorio estadounidense, lo podían enseñar los discípulos de Videla y Massera a los militares en Honduras, El Salvador y otros lugares. Sí, el desastre y horror que esta gentuza realizó afectó a muchos países del continente.

En sus columnas, mi padre menciona cuanto nombre, sobrenombre y dato de cada represor puede. Los datos que le daba un sobreviviente de un campo los corroboraba con los testimonios de otros y con información que manejaban los organismos de derechos humanos en distintos países, con los que estaba en contacto. Así logró elaborar una lista que identificaba a los represores en la ESMA (la mayoría por sobrenombres, que eran casi todos de animales), pero también logró establecer que el “Tigre” Pernía, por ejemplo, tenía una flota particular de una docena de Peugeot 504, porque ese era su auto favorito, y por consecuencia era el que más robaba con su patota. Señaló que los represores no solo se robaban los títulos de propiedad de las casas que allanaban, porque contaban con abogados que les hacían los trámites, sino que se robaban hasta los cubiertos de esas casas. Por eso, cuando los militares trataron de recuperar las Malvinas, mi viejo predijo que todo eso resultaría en un desastre enorme y pondría en riesgo que las islas alguna vez fueran devueltas. En esos días, discutió con algún que otro exiliado que se juntó a la causa de los militares porque la consideraban un acto patriótico, más allá de quien lo hiciera. Y el viejo era categórico: “¡Cómo van a ser patriotas los que torturan y asesinan a sus propios ciudadanos! (¡No tiene lógica!)”. A las pocas semanas, y con muchos soldados argentinos muertos, se confirmaron sus peores temores.

Entre tanto, siguiendo el objetivo planteado por Orgambide, mi padre se tomó la tarea de hacer del exilio “un hecho constructivo”. Siguió trabajando en las obras que se había llevado en la valija, y una de ellas, “Cordelia, de pueblo en pueblo”, que era una adaptación de “El Rey Lear” a la realidad argentina, ganó el premio de teatro de Casa de las Américas en 1981. Antes de eso, trabajó con un grupo de teatro de jóvenes puertorriqueños en Nueva York, otro en Madrid, y muchas otras cosas. Durante esos años en Madrid, se juntó con David Viñas, el pintor Ignacio Colombres, y otros intelectuales y fundaron una revista *Diálogo Iberoamericano*, que al acercarse el 500 aniversario de la llegada de Colón al continente

que después se llamó América, tenía como objetivo replantear la relación de España con Latinoamérica, ya que en esos momentos “más que madre patria, España parece una tía lejana”, como se quejó algún exiliado alguna vez. De *Diálogo Iberoamericano* salieron unas pocas ediciones debido a los altos costos y cuán bajos eran los ingresos. En 1980 creó junto a otros exiliados una editorial, que llamaron Ediciones del rescate, para publicar un libro dedicado a Rodolfo Walsh, a quien mi padre conoció a principios de los 70 cuando trabajaba en una adaptación teatral de *Operación Masacre*. El libro sirvió como homenaje a Walsh y para resaltar su figura, en una España que no prestaba del todo la atención lo que estaba pasando en Argentina y a sus figuras. En ese libro publicaron la “Carta a la Junta”, la “Carta a Vicky”, fragmentos de algunas obras de Walsh y los textos de una veintena de autores que hablaban de las cualidades del periodista y escritor asesinado en la ESMA, después de ser abatido a balazos y secuestrado en una calle de Buenos Aires en 1977. Mi padre se ocupó de compilar los textos de Cortázar, Galeano, Paco Umbral y Zito Lima, y las ilustraciones de Colombres y Carpani, entre otros. Un año más tarde, ya en México, se encargó de publicar *Argentina, cómo matar la cultura*, que era la versión en castellano de un libro publicado en Francia, con textos adicionales, que también contaba con la colaboración de una veintena figuras de la cultura que participaron en el libro de Walsh, más Juan Gelman, Fernando “Pino” Solanas y Mercedes Sosa, entre otros. Poco después, junto a Viñas, Orgambide, Humberto Costantini, Jorge Boccanera y José María Iglesias, que no era escritor, pero sabía cómo llevar las cosas a cabo, fundaron la editorial Tierra del Fuego. En esa editorial publicaron un poemario de Orgambide dedicado a las Madres de Plaza de Mayo, una colección de cuentos del exilio, escritos por más de una docena de escritores, y *Por amor a Julia*, una trilogía teatral de mi padre.

Cuando la dictadura empezaba a resquebrajarse, una amiga de mis padres se enteró de que estaban en México y les preguntó si eso los acercaba al país, si significaría que pronto regresarían. “Por

supuesto”, escribió mi padre en la columna de octubre de 1982, y después continuó: “¿Qué otra cosa podría significar? Más pronto o más tarde —ya que un solo exiliado siempre será una denuncia de que algo no anda bien— volveremos a Buenos Aires, a besar la tierra o llorar de cara al cielo, agradeciendo a los dioses que lo hicieron posible”.

Pero eso nunca se dio.

Alfonsín fue elegido. Un poeta amigo, ya de vuelta en Argentina, pasó a verlo a la casa de México para decirle que debía volver a Argentina, a “hacer país”. Recuerdo que mi padre respondió: “El 10 de diciembre asume Alfonsín. Si el 11 de diciembre, plantea que va a hacerle un juicio político a las fuerzas armadas, entonces voy”. Pasaron los meses y no volvió a Argentina. En los momentos en que los exiliados comenzaron a regresar, nosotros nos fuimos en la dirección contraria, hacia el norte y empezamos de cero en Estados Unidos hacia finales de 1984, con poco dinero en el bolsillo, como la mayoría de los inmigrantes que llegan a estas tierras.

Al año siguiente tuvo lugar el juicio a las juntas. El viejo lo siguió, leyendo la cobertura del *New York Times* y otras publicaciones en inglés, con el diccionario al lado, desde un departamento en Queens, Nueva York, apenas amueblado (de nuevo, no eran tiempos de internet aún y si uno quería un periódico de otro país, debía ir a un kiosco, en la calle 42, en Manhattan, donde vendían diarios de muchas partes del mundo, pero con retraso de varios días). Mi padre vio el juicio como un buen hecho, pero temía que eso quedaría solo ahí, en enjuiciar a unos pocos, cuando los responsables eran miles, y que, si no los enjuiciaban, volverían a las armas tarde o temprano. En los años siguientes tuvieron lugar tres levantamientos militares y la negación de los reclamos de justicia, seguidos por el punto final y obediencia debida del Gobierno siguiente.

Entre tanto, en 1985, terminó de escribir la única obra de teatro que no se había llevado en la valija, que la habría elaborado completamente en el exilio. La escribió en una máquina de escribir IBM eléctrica, de esas que tenían una esfera con todas las letras en

vez de teclas separadas. Por la rapidez con la que escribía, parecía que la esfera iba a salir volando en cualquier momento. La obra en cuestión se llama *El romance de Tudor Place*, y es sobre una Madre de Plaza de Mayo que reencuentra un amor de juventud al llegar a Nueva York para denunciar la violación de derechos humanos en las Naciones Unidas. La obra está libremente inspirada en algunas de las Madres y Abuelas que él conoció en el exilio; algunas de ellas compartieron un almuerzo o cena en casa. Y una de ellas, Estela de Carlotto, asistió en abril de 2004 al Teatro Cervantes a la presentación de las obras completas de mi padre, publicadas por el Instituto Nacional de Teatro. Hablé con ella un rato. En un momento, abrió su cartera y sacó con cuidado lo que parecía un artículo de un periódico, y me lo entregó. Era la columna publicada en julio de 1982 en *Unomasuno*, de México. El título de esa columna era “El cadáver de un ser vivo”. Trataba sobre el secuestro y asesinato de su hija. Yo lo recordaba; igual lo volví a leer y después se lo entregué con el mismo cuidado que ella mostró.

Mi padre murió en Nueva Jersey en septiembre de 1996. Siempre lamenté —y aún lamento— que no pudiera llegar a ver el arresto de Pinochet. Lo hubiéramos celebrado con un buen vino o whisky. Después vino el encarcelamiento de Videla por robo sistemático de bebés y los juicios a cientos de militares genocidas más, que aún continúan. Si hubiera estado vivo, entonces, es posible que hubiera vuelto al país.

Por último, debo resaltar la noble labor y agradecer a Pablo Pozzi y todo el equipo de *Denuncia* que le otorgó el espacio a mi padre para escribir esta especie de *Almafuerte* del exilio. También debo agradecer a Walter Canevaro y Carlos Barbieri, dos artistas que durante los años que duró la columna de *Denuncia* la acompañaron con sus excelentes ilustraciones.

Esteban Creste

Nueva Jersey.

1.o de mayo, 2023.

I

Safián¹

Denuncia, abril de 1979

No conocí a Safián. Nunca vi siquiera una foto suya. Me lo imagino desgarrado y triste, como Roberto Arlt; o flaco y distante, como Jacobo R., capaz de guardar silencio ante un tranvía que se hunde en el Riachuelo;² o mentonudo y miope, como Norberto C., quien pronostica: las minas son para el que se las gana... y las tiene por un rato, y no se queda con ninguna. De un modo u otro, siempre surgirá algo gris y melancólico de su figura, algo de no dar más, de haber aguantado silenciosamente hasta el último embate y decir:

—Está bien, que reviente, que se acabe la cosa.

Tenía 36 años. Había sido redactor de *Crónica* y estaba exiliado en España “por asco o por miedo”, como me dijo el colorado L. cierta vez;³ había yirado por redacciones y editoriales sin conseguir un encargo, sin meter una nota, sin lograr nada, pero nada de nada que pudiera ayudarlo a recordar quién era, qué sabía hacer en esta vida; había aguantado ese tiempo en la marginalidad y la

¹ N. del E.: Se mantuvo el estilo original de todos los documentos recuperados.

² Referencia a un hecho real, ocurrido por 1930.

³ Edgardo Lusi, actor radicado en Francia, en carta personal, hablando de la diáspora en su conjunto.

indocumentación. Un día, como Discépolo, se dijo “no doy un paso más...” y procedió contra sí mismo, pese a todo lo que uno le hubiera dicho si lo hubiera conocido.

Estuvo mal. Ya vamos a ocuparnos de por qué motivo y en las presentes circunstancias estuvo mal. Pero, mientras tanto, empecemos reconociendo que la suya fue una —la más fatal, la más terrible, la más conmovedora— de las muchas manifestaciones del exilio.

- - -

—La migración, política o económica, es la mayor calamidad de este siglo. —Me lo dijo Ramón P.,⁴ de visita en mi casa, cuando junto unos mangos y se pegó el viaje a Europa.

—Dejate de joder, loco. Pensá en las guerras mundiales...

—Sucede que las guerras mundiales también provocaron esa migración forzada, política y económica.

Me habló de *En cualquier lugar de Europa*. De los parias e ilotas, en siglos muy remotos. De las dos, tres o cuántas diásporas judías. De los palestinos, marginados en la tierra vuelta a ganar por mi stirpe. De las levas medievales. De la guerra de los Cien Años y los Treinta Años. De las expulsiones hispánicas (moros, judíos y jesuitas); los puritanos del Mayflower, los galeses de nuestro sur... Y los gallegos, los tanos, los polacos, los turcos, los japoneses, los chinos, emigrados a toda América, en sus dos costas, con la loca esperanza de hallar un destino mejor del que tenían en su país. Toda la humanidad fue un *progrom* en un momento dado y todo *progrom* fue un arco iris, que tenía en la otra punta las maldades de una bolsa de oro o las ternuras de un desencanto. De ahí salió el grotesco criollo, o sea el género que picó más alto en nuestra dramaturgia nacional.

⁴ Ramón Plaza.

Escuchando a Ramón, yo me negaba a aceptar sus razones. Entonces empezó a hablarme de las migraciones y los exilios que hubo en nuestro propio suelo.

- - -

Hay un exilio externo y un exilio interno. Paraguay fue una comunidad **nuestra**, condenada al exilio interno hasta que la Triple Alianza procedió a su total destrucción. Uruguay fue otro sector de nuestra geografía condenado al exilio externo, a pesar de que su prócer —**nuestro prócer**— Artigas jamás llegó a aceptar ese desmembramiento. Los caudillos, que al final no eran tan locos, salvajes y absurdamente heroicos como se dijo, padecieron el exilio interno, en defensa de los intereses que representaban. Y los unitarios, que tampoco eran tan finos, exquisitos y nobles como pretende Grosso, padecieron el exilio externo, al amparo de otras aristocracias: degustaron *el amargo caviar de la distancia* (que denunciaría Enrique Silberstein en nuestro tiempo, con frase tan feliz que llegó a ser famosa) y nos hicieron pagar su desventura al caro precio de los ripios y las solemnidades que en la escuela nos enseñaron después a todos los argentinos. Alberdi pasó por cincuenta años de exilio o **distanciamiento**, a causa de tomarse en serio lo que para Mitre era una provechosa mentira.⁵ Manuel Ugarte las conoció todas, desde que descubrió una cosa: el imperialismo, y que este no solo se aposentaba en la Inglaterra de entonces, sino en el creciente poder de los Estados Unidos. Lisandro padeció el exilio interno, cuestionando un sistema que lo negaba todo con un “supremo descaro”, según denunciarían sus contemporáneos (aunque no coetáneos) Jauretche, Hernández Arregui y Scalabrini Ortiz.

⁵ Que el progreso argentino podía financiarse con el capital extranjero dominante: más o menos como supusieron los desarrollistas de este siglo.

Todos nosotros venimos de la inmigración, porque es raro el argentino de pura cepa nativa. Y, cuando dejaron de venir gringos, cuando dejaron de venir gallegos (excepto los exiliados de la Guerra Civil y los *ingenieri* inventados tras la Segunda Guerra Mundial), conocimos la migración de los propios hijos del país: *cabecitas negras* les decían, por comparación con el pintoresco y bello pájaro; *payucas*; *veinte y veinte* (pues veinte valía el vaso de vino, en la pizzería, y veinte el disco de Antonio Tormo...). También se los tildó de *aluvión zoológico*, al gusto de las inteligencias más groseramente clasistas.⁶ Y tenían sus *ghettos*: el *ghetto* de la vivienda (Bajo Flores, Barrio Los Perales), el *ghetto* de la diversión (Pacífico, Plaza Italia, La Enramada, Palermo Palace). De esas despreciadas categorías iba a surgir una generación de activistas, después del 55. Y en largos años posteriores vimos llegar chilenos a nuestra Patagonia; paraguayos a las provincias del norte; uruguayos a Buenos Aires; bolivianos a los mercados y ferias de distintas ciudades, vendiendo cabezas de ajo y limones por docena... Por último, de nuevo: uruguayos perseguidos (tan hostilizados en nuestra patria como en la suya: despuntaban ya los tiempos de López Rega...); chilenos desalentados, desesperados; paraguayos que intentaban una nueva oposición al colifa de Stroessner. De Buenos Aires saldríamos casi juntos, cuando llegó el momento. Los que logramos salir, por supuesto.

- - -

Hablando de la psicología del exiliado, me decía Arnoldo L.,⁷ noble amigote y curandero de almas, que todos hacen una curva idéntica en sus procesos: primero, negando la desgracia (“yo estoy fenómeno aquí, no extraño nada”); luego, empezando a asumir las pérdidas (“estoy jodido, hermano, esto es una mierda”); por último,

⁶ Ernesto Sanmartino, diputado conservador, fue quién inventó la expresión.

⁷ Arnoldo Libermann.

aceptando su nueva realidad o cayendo ante ella, postrándose. Esto vale para los médicos y los sindicalistas, para los torturados y los que salieron a buscar mejor fortuna. Me contaba también Arnoldo, tipificando lo siniestro del drama, que en cierto núcleo aborigen de la Argentina se dio este caso: contratan a una indiecita para llevarla como sirvienta; la meten en un tren y le dicen: en tal sitio te espera una señora que tiene tal aspecto y se llama de tal modo. La indiecita llega y la señora no está (vaya a saber por qué banal motivo); ella hace un brote sicótico, entonces, del que ya no se recupera... ni siquiera volviendo a su rincón natal. Así es el extrañamiento, así es la torva desgracia de abandonar lo que es de uno para ir a meterse en otra parte, impulsado por qué, sino por la injusticia, o por la necesidad, que es una de sus caras.

Por mi casa de Madrid pasan decenas de argentinos. Vienen, toman su trago, se comen la nostálgica milanesa; hablan de lo que han hecho y de lo que van a hacer... Nunca vino Safián. Uno no sabe: de pronto era esa casa, esa ronda de chistes —no siempre buenos—, ese sitio donde llorar callado, lo que hacía falta para reconectarlo con la vida. Nunca soportaré la idea de no haberlo conocido a tiempo, aunque ningún mesianismo me puede asegurar que eso hubiera modificado nada. Pero, si existe un cielo o un limbo para los exiliados (aunque sea, un infierno donde se hable siempre un lenguaje ajeno), allí nos encontraremos algún día. Pediré una asamblea en ese caso y haré la crítica constructiva al compañero triste, al amigo vencido por la desesperanza.

—Así no, Turco. Así no vale.

¿Cómo vamos a perder dos veces el mismo partido? ¿Cómo les vamos a regalar un muerto más, sin que se ensucien —por lo menos— en lograrlo, sin que demuestren lo que son afanándose de paso cuatro mangos, un televisor viejo, dos cuchillos de postre...

sin que se lleven, inexorablemente, su propia condición como botín de guerra?

—Hay que pensar con calma, Turco... y algunas cosas dejarlas otra vez para mañana.

II

La columna

Denuncia, mayo de 1979

Todo el que escribe ha querido alguna vez hacer realidad el sueño de la columna propia. No es un problema de vanidad o prestigio. No lo es, al menos, en mi caso: vengo llenando páginas, horas de radio y televisión, con la más variada cantidad de seudónimos (no necesariamente por vergüenza; más bien, por esa cosa de no mezclar la hacienda); me han rechazado artículos y libretos por tan acentuada afición a la seudonimia (“si no lo firma, ¿para qué lo escribe?” pensaba el tipo; “hay más cosas entre el cielo y la tierra que las que sospecha tu filosofía”, le respondí yo, también con el pensamiento). En concreto, que de eso ni medio. La columna viene hacia uno, o uno va hacia la columna, por una cuestión de ganas, de gusto, de soltura, de comodidad y complacencia: por pura y llana voluntad de comunicación.

Meterse a intentar la gran obra es como trepar al palco del Colón, con el definido propósito de mandarse un concierto a lo Segovia. Abordar la columnita, en cambio, es como ponerse a guitarrear en casa, ante los amigos. Algo que resulta mucho menos importante, a ojos vista; pero, también, mucho más divertido.

Por eso, cuando la gente de esta publicación vino y me dijo: “Che, flaco, ¿por qué no te escribís una columnita...?”, agradecí lo de flaco y repuse:

—¿Sobre qué?

—No sé. Sobre temas culturales.

—Ningún problema. Pero, empecemos a entendernos en esto: Troilo es un tema cultural; Discépolo es un tema cultural; mi viejo, que era tachero y se traía una anécdota todos los días, es un tema cultural...

—¡Por supuesto!

Partiendo de ese sentido acuerdo, se puede llegar a muchas otras cosas: porque los temas culturales son todo aquello que abarca al hombre y —esencialmente— aquello que modifica, para bien o para mal, su conciencia. Pero si no arrancamos de lo propio, si no partimos de lo **estremecido** —como quería el viejo Goethe—, si no ponemos lo inherente, lo intransferible en juego, tampoco entregaremos lo mejor de nosotros ni le seremos útiles a nadie, en suma: no pensaremos en nada.

Aceptadas estas disposiciones, donde refulgen en igual medida lo coyuntural y lo pragmático, se levantó la sesión. Fue cuando uno de los presentes me dijo:

—Loco, ¿y no vas a escribir sobre Gardel?

—¿Cómo no voy a escribir sobre Gardel, yo que lo conocí a Julio Jorge Nelson?

Entiendo que el primer columnista de la historia debió ser el rey David. Se mandaba los salmos (bellísimos, por cierto) y como tenía la manija, o sea el aparato oficial de comunicación, los hacía difundir automáticamente.

Los pensadores griegos iban al ágora y allí tenían su columna oral (además de las otras, las jónicas, en que se apoyaban para tomar el viento fresco después de la chamuyeta).

Entre los judíos ulteriores, el predicador sabático era el columnista, que tal vez empezaba su parla con el consabido *oi, oi, oi*, referido a los *tsures* o problemas cotidianos. Ahí mismo le daba pie a un feligrés para que respondiera:

—¿A mí me lo va a decir?

Con similares intenciones, pero más empaque, instituyó el cristianismo su sermón dominical. El mismo que sirvió, durante siglos y más siglos, para imponerse en cosas bien de este mundo... porque la página la firmaba Dios, pero el que la escribía era un astuto fraile, morrocotudamente acomodado.

Los bufones palaciegos, los trovadores ambulantes, los pregoneros, fueron otros tantos anticipos —y otras tantas metáforas— del columnista de hoy. Pero, lo cierto es que este no aparece hasta que Gutenberg crea la imprenta, la imprenta al periodismo y el periodismo a la caterva de monos opinantes, especialistas en todo, sabios en nada, redimibles por su descaro, condenables por su pomposidad, maniobreros en el pensar, sinuosos en el decir, astutos en el ocultar, que son —que somos— los columnistas de cualquier pelaje. Un producto de la moderna sociedad tecnológica; fatal, cuando hace lo suyo sin la responsabilidad de una ideología; descomedido, cuando se puede respaldar en ella. Como yo, por ejemplo.

En nuestro país, la cosa empezó con Mariano Moreno: el de el *Telégrafo Mercantil*, *La Representación de los Hacendados* y las ofrendas florales en Plaza Lorea (que no pagan, pero deberían pagar, los hacendados). El pintoresquismo apareció con el padre Castañeda, que en su santa furia creó *El Desengañador Gauchipolítico* (sic) para volcar en él sus quejas contra todo aquello que le parecía mal, era pecado o atentaba contra el buen gusto de las artes y las letras. Años después, Alberdi comenzó a publicar su columnita, que firmaba “Figarillo”, un poco en homenaje a Larrea (alias Fígaro:

peluquero, chusmón), otro poco por esa disposición —ya apuntada— a seudonimizar las ocurrencias... y si es con un apodo pintoresco, mejor. Con él nace el artículo de costumbres en la Argentina; el mismo que picaría bien alto en las manos de Fray Mocho y Félix Lima, cincuenta años más tarde; y reverdecería —ya en este siglo— con las *Aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt, en Buenos Aires, y con las pinceladas perfectas de *El Hachero* —ese gran columnista uruguayo— en Montevideo. Todas las camadas de *Patoruzú* y *Rico Tipo* le abrieron paso a un prodigio de humor: Wimpy, otro uruguayo, que nos dejó el sabor de un vino generoso a quienes tuvimos la suerte de leerlo o escucharlo.

Cuando Carlos Pellegrini fundó el Jockey Club, lo que menos imaginaba era que esa institución pituca serviría para hacer posible los columnistas de turf: Last Reason, en primer lugar; el inventor de un rezo que empezaba así:

—Tata Dios, vos que siempre fuiste tan bueno con los muchachos burreros...

Y el notable Tresydós, que sacó su firma de la apuesta mínima (tres a ganador, dos a placé), con quien llegué a trabajar en el cincuenta y tantos. Recuerdo que decía:

—A Leguisamo no se le pueden vender nueces por naranjas, ni engrupir con que un gorrión es un cardenal en ropa de trabajo...

Existen los columnistas de fútbol, también; pero no hacen honor a esta reseña. Son los que escriben, por ejemplo, que “ante la problemática del medio campo, el equipo visitante presentó una formación coyunturada en una estrategia polivalente...”, o bien incursionan en exaltaciones de este tipo: “Hubo un largo silencio en las tribunas y de pronto la tarde se hizo gol”. Chantas por el artificio, chantas por la pretensión, chantas porque se proponen lo inauténtico como objetivo.

Pero, en esencia, hay dos clases de columnistas, según creo: los que suben de vaya a saber dónde a esa categoría y los que descienden afablemente hacia ella. Confieso que me quedo con los primeros. En la literatura, como en la vida, suelo optar por lo reo, lo desmañado, lo que tiene más de calle que de biblioteca, o —mejor dicho— lo que no olvida la calle, por mucha biblioteca que lleve encanutada. Ahí están los valores, según mi gusto y entendimiento; ahí está lo que se debe rescatar pese a todo: en ese tango, esa puteada, ese grito de horror, esa imagen tierna (la primera que llega a la memoria del que fue torturado), esa melena de novia en el recuerdo que —el que más o el que menos— lleva flotando en el adiós toda su vida.

Ellos, los otros, quieren convertir lo nuestro en el Bazar Dos Mundos de la frivolidad, la mentira y la entrega:

—Y esta bandera patria, que los próceres nos legaron... Y esos cóndores criollos que surcan el firmamento... Y estas lindas y honradas familias argentinas, pobre o ricas, pero ante todo criollas...

Lo nuestro es preservar, para ese día que siempre llega, todo lo que hay de verdad, de hondura, de grandeza, por debajo, por encima o enfrente de esos pomposos enunciados.

Desde México me escribe Pedro O.,¹ con una frase que no quiero ni debo sacarme ya de encima: “Tenemos que convertir el exilio en un hecho constructivo”.

Como ves, Pedro, algo se está haciendo: la columna.

¹ Pedro Orgambide.

III

Don Roberto

Denuncia, julio de 1979

Gran tipo usted, don Roberto.

Ni se imagina, es capaz, cómo lo quiero, cómo lo queremos los que vinimos detrás. Detrás suyo en el tiempo; pero no solo en el tiempo, don Roberto.

Me lo estoy viendo. Con esa jeta cuadrada que Dios le dio; con esos pelos hirsutos y esos ojos fijos —alucinados y fijos— de mirar al dolor, de seguirlo largamente cara a cara, de preguntar al fin de cuentas: ¿qué mierda pasa?

Y pasa mucha mierda, don Roberto. Si yo le contara...

Usted se fue un 26 de julio. El de 1942. Había viento y llovía en Buenos Aires: fíjese si uno sabe de sus cosas. Usted anduvo caminando; se tomó un cafecito con no sé quién, por Corrientes y Callao —y eso que el médico se lo tenía prohibido, lo del cafecito—; evitó fumar, para hacer un poco de buena letra; y siguió hasta el Sindicato de Prensa. Toda una firma, usted, don Roberto; pero, ¿cómo iba a dejar de presentarse en la asamblea? Estuvo un rato, oyendo las discusiones; después siguió, rumbo a su casa, siempre con el dolor, ese maldito dolor, que el médico decía:

—Son gases. Y los gases aprietan lo de arriba.

Pero, macanas. Era algo mucho más serio. Y usted, don Roberto, se acabó esa noche siendo un pibe, un pendejo realmente, teniendo aún tantas cosas que hacer y que escribir sobre esta tierra.

Se mandaron inventos, después:

—Estaba haciendo el amor. Para una vida tan amarga, hubo una muerte tan dulce...

Ocurrencias flojas; trovatas de redacción en turno noche, pero que tienen su significado: porque la gente como usted crea leyenda, don Roberto. Y eso es por su grandeza.

Fue un 26 de julio y llovía en Buenos Aires. Lo tengo presente porque en esa misma fecha y con ese mismo clima cayó el Gobierno de Juárez Celman, allá por el 90, y nadie lo lamentó.

También en esa fecha, y casi diría con la misma lluvia, fue que murió una mujer, ya en el 52. Evita Duarte. ¿La recuerda? Era actriz, pero no hacía teatro independiente. Estaba en otra. Se jugó una parada que Dios te libre. Y claudicó al final, casi sola, vencida por la intensa lucha y por la enfermedad. Largas colas de gente, durante días y días, aguantaron interminables horas para darle un beso al cristal de su ataúd. Y era invierno, y llovía en Buenos Aires.

Pero otro 26 de julio, algo más tarde, unos muchachos se fueron al asalto de un cuartel en Cuba. Y no anduvo bien la cosa; pero después volvieron, insistieron. Y había un argentino entre ellos. Vea si le dice cosas a uno ese 26 de julio suyo, tan prematuro y arbitrario, descabellado, mangoneador de talentos...

Porque usted sí que tenía talento, don Roberto.

Me imagino su lucha por hacer una literatura con lo que estaba negado como literatura; por encontrar un lenguaje mediante el cual soltar la bronca, pintar el escarnio, mostrar que es así, que no

hay grupo: que estamos jodidos en la Argentina y que eso merece ser contado. No solo los abismos del dolor eslavo (“el alma rusa”, como decía Chamico en sus remedos de Gorki y Turgeniev); no solo el satanismo escondido en el buen burgués de Thomas Mann o los espiros de Malraux al Lejano Oriente; tampoco esa exclusiva y distante memoria del señor Proust o el fecalismo matutino de Leopold Blum, que a usted le cayó tan mal sin conocerlo realmente... No. De ningún modo eso, solo eso, ni inapelablemente eso. También los fiolos, **nuestros fiolos**; los turros, **nuestros turros**; los vagos, **nuestros vagos**: soberbios y desclasados, refundidos y espléndidos, ominosos, bestiales. Usted los vio, don Roberto, y armó con ellos una literatura que hoy queda, una narrativa desmañada y rotunda, que no la borra el puloil de ninguna preceptiva, el jabón de olor de ninguna crítica especializada.

Y fíjese: todos sus personajes, pero todos-todos (a los protagonistas, me refiero) son tipos que intentan algo grande, algo importante en esta vida... y que la opacidad del medio no los deja. ¿Notable, no? Ahora, yo digo: ¿para qué quiere grandes hombres la oligarquía vacuna, que todo lo compra hecho, menos el pasto? ¿Para qué necesita inventores, como Erdosain y Silvio Astier; líderes turbulentos y revulsivos, como el Astrólogo; ingenieros con decenas de ideas propias, como Estanislao Balder... si a ellos les alcanza con un buen médico que los atienda y un brillante abogado que dé lustre a su estirpe, como Saavedra Lamas por decir algo? La inteligencia no existe para modificar la vida; el talento no está para manifestar lo oculto, lo gris, lo denodado, la dignidad que crece desde las peores existencias; el espíritu no es algo que habite en el conjunto de la especie: todas esas son flores del privilegio, nacidas para adornar salones que revientan el cursímetro. Porque lo rico es cursi —¿se fijó, don Roberto?— hasta cuando intenta formular códigos de la no ostentación: el traje gris, el peinadito liso y a la gomina, los zapatos gastados de antemano, para que nadie diga que se anda de estreno... y así todo.

Yo estudié bastante a sus siete locos, ¿sabe?, y llegué a esta conclusión: que eran un solo loco (usted mismo) y que los siete eran tan locos porque igual, como cuerdos, no hubieran tenido la menor de las oportunidades.

La gente lo recuerda como si fuera Gardel: “paraba en tal boliche”, “fui su amigo en tal año”, “una vez me dijo cómo andás, negro”... todo eso. Los porteros de Editorial Haynes lo tenían por el hombre más respetuoso del mundo; y los periodistas, por el más descarado. Cuentan que hablaba a gritos en todas partes y le decía a cualquiera una barbaridad en la cara. Yo tenía apenas nueve añitos ese 26 de julio en que usted dejó dos viudas —su mujer y la “Underwood”—; pero, aunque hubiera sido más grande, no habría podido acompañarlo en esa. Me da pena, ¿comprende? Siento vergüenza ajena cuando a un pillo le dicen “sos un pillo” y también a un cretino “sos un cretino”. Quisiera estar en otra parte, borrarme a lo Casildo (¿no sabe quién es Casildo? Bueno, otra vez le cuento); ser quien recibe la afrenta en vez de verla. Yo dejo estar la cara en cualquier parte y oigo al primer rayado que me cuenta una historia; festejo un chiste, aunque sea lamentable; y una canción, aunque resulte espantosa. Usted se embroncaría conmigo, de seguro; con su jerga, tomada a medias de la calle y a medias de las malas traducciones, me diría:

—No te rías, boludo. ¿No ves que el barbián solo está diciendo majaderías?

Pero, contra eso no se puede. Y la piedad más triste con el furor más claro y más violento se encontrarían entonces solo en un punto: allí donde a los dos nos duele la postración ajena, donde hay que reaccionar puesto que ya es el colmo, donde el asco es muy grande... y donde el amor a todos empieza por el odio hacia algunos. Irremediablemente.

Su tema fue la vida sucia, don Roberto. De haber vivido más años, se habría encontrado con la muerte sucia: una puerca cosa, que quiere postergar lo impostergable, repetir lo irrepetible, consumir lo impracticable, a través del horror, la locura o lo que sea. ¿Qué hubiera escrito y desde dónde?... No desde allá, supongo, porque el que escribe, suena; el que opina, revienta; y el que solo con la calma hace señales (como diría Vallejo), se esfuma por sospechoso, se diluye en el aire.

¿En qué boliche, entonces, en qué rincón del mundo nos estaría planteando a los que venimos después —siempre después— su opinión sobre los matasiete del tercer ejército, sobre los jayanes de la represión y los menstrales del entongamiento? ¿En qué país perdido estaría soltando una pulla, con respecto a otras ancianidades más complacientes?¹

Cuando yo empecé a escribir, don Roberto, casi no había antecedentes en qué apoyarse: la década infame había pasado el rastrillo sobre todo lo nuestro, había borrado del panorama —fugazmente, por cierto— todos los atisbos de nuestra propia cultura, había dejado en su lugar las remotas adquisiciones de doña Victoria Ocampo. Solo en usted yo percibí un hilo conductor. Solo en una tardía reedición de sus obras² nos encontramos muchos con la evidencia de que nuestra desgracia hecha literatura era un asunto posible. Y en aquel prólogo de *Los lanzallamas* nos topamos, de golpe, con las escasas palabras necesarias para afirmar nuestras búsquedas: “El porvenir es nuestro por prepotencia de trabajo”. Nunca las olvidamos y usted tal vez ni sabe cuánta falta nos hicieron a lo largo del tiempo...

Gracias, don Roberto.

¹ Borges había dicho, al comienzo de la dictadura, que “por fin gobiernan caballeros militares”.

² Editorial Futuro. Recopilación de Leónidas Barletta (1950, aprox.)

IV

El fascista que hay en mí

Denuncia, agosto de 1979.

Se lo escuché a David Viñas, en un reportaje por televisión:

—No solo debo combatir al fascista que hay en ellos, también debo cuidarme del fascista que hay en mí.

—Hoy gordo y sin bigotes —dijo, con referencia al sedimento de canalladas y mezquindades, a la cosa jodida, represora, usadora de los otros, mangoneadora, prepotente, cobarde y en resumidas cuentas repulsiva, que la sociedad deja en nosotros, que la sociedad nos inculca desde que somos así de chiquititos y que, de pronto, reaparece para hacernos cometer cualquier barrabasada en la relación con la noble esposa, el buen amigo, la amante de un día o el compinche de siempre: con la persona equis, por decirlo de algún modo, que cometió el error de mostrar ante nosotros una peregrina o constante debilidad.

Eso ya nunca nos lo quitamos totalmente de encima. De eso no nos purgamos, ni con limonada *rogeé* del cristianismo, ni con el ricino de todas las ortodoxias políticas, ni con las píldoras Ross de psicoanálisis o las ganas de ser un poco mejor todos los días.

Que yo sepa, el más sensacional escrito antifascista de la historia es el Sermón de la montaña, en el cual no suelo ver las pasivas ternezas que generalmente se suponen, sino una enérgica, contundente admonición contra el fascista que hay en uno. El sermón no se ocupa de hacer definiciones, más o menos abstractas sobre lo

lindo o lo bueno de esta vida (y la otra), sino de plantear normas bien prácticas y concretas de conducta: y te dice que el que las asume es un hombre, un ser humano, en el sentido lato de la palabra, y el que no se las banca es un ratón sin queso, un cuis, una lagartija apenas digna de ir a encerrarse en la madriguera oscura de los prejuicios, de las pequeñas o grandes canalladas, de los beneficios conseguidos vaya a saber cómo. “Si tu mano derecha te fuere ocasión de caer, córtala.”, afirma. Si esto no se hubiera cumplido, no existiría el derechismo, desde entonces. “Concíliate con tu adversario mientras estás con él en el camino”, postula, y “al que te llene de carga por una milla, acompáñalo dos”. O sea que se juega por una tolerancia activa, por una solidaridad militante, que respalda al que es “perseguido por causa de la justicia” (o sea, por su amor a la justicia) y que no duda en esto: aquellos que sufren “heredarán la tierra”. Todo lo contrario de lo que, en su nombre, se aplicó por centurias: nada afín, por supuesto, a lo que piensa (o piensa que piensa) cualquier boludo ilustre encaramado a una jerarquía, cada provocador que surge —a título profesional o no— para arruinar la cosa, allí donde se manifiesta el que padece; en modo alguno próximo a los muy diversos expositores del privilegio y la represión, con su caudal de necias, torvas, jocundas y descabelladas justificaciones: la de “defender la patria” contra sus supuestas “doctrinas materialistas” por ejemplo, mientras se destina el producido de tan alto patriotismo a una cuenta numerada en Suiza.

“El fascismo es el derecho a no dar razones y aún el derecho a no tener razón”, decía Ortega y Gasset, que vio la cosa cuando Mussolini ya era un payaso y muchos ignoraban de qué tamaño era el circo.

Pero, esa no es la cuestión. La cuestión es que yo, por no ser menos que Viñas, de puro copión y perdulario, me puse a hacer este artículo para hablar del fascista que hay en mí. Y a eso me remito.

El fascista que hay en mí aprendió en el cole que los próceres son de bronce: eternos y superiores...en tanto los demás son una porquería de gente: que algunos nacieron para mandar, en tanto

que otros para obedecer y cerrar la boca, lo cual no tiene nada que ver con el origen de clase, porque una vez hubo un muchacho que nació pobre y llegó lejos; que la historia no se hizo por el empuje, el dolor, el coraje de los pueblos, sino por las altísimas decisiones de unos pocos iluminados (y así va la historia).

El fascista que hay en mí se atragantó con D'Annunzio y Maurrás, hasta descubrir que, si el estilo es el hombre, la verbosidad es la hombría llevada al encarajinamiento... porque la cosa o resuena o es como si no se hubiera dicho ni escrito.

El fascista que hay en mí rescató con Lugones padre la hora de la espada y con Lugones hijo la de la picana eléctrica, todo con mucho asunto marcial y trascendente.

El fascista que hay en mí sabe que nadie es igual a nadie y algunos son menos todavía: que la lucha de clases es un invento judeo-marxista para acabar con el orden establecido y que toda infamia se justifica con tal de que la cosa siga igual.

El fascista que hay en mí, por último, se hace pis y caca de alegría cuando ve que alguien ejerce el privilegio, pero bien ejercido: con todo a su favor y nada en contra, como tiene que ser: sin riesgos, pero con desplantes, qué joder: para que los demás sufran y aprendan, oh también: y se las aguanten, porque si no... ¿adónde va a parar el mundo en que vivimos?

Estas cosas no se me ocurrían a mi antes de escuchar a Viñas, ni tampoco a Viñas antes de vivir en El Escorial, de cara —como dicen los españoles: de cara— al famoso monasterio que se hizo construir Felipe II para honrar al fascista que había en él.

Una vez integrado a la cosa, insuflado de aires mesiánicos, belicosos y potestarios, me fui hasta el Valle de los Caídos, a nutrir mi espíritu de solemne arquitectura franquista, inspirada en el lema: lo feo, si grande, dos veces repugnante (como hubiera sido el Altar de la Patria, si cuajaba el proyecto de López Rega... y como es, en gran medida, el aparatoso monumento a la bandera que tenemos en Rosario, si usted me lo permite: mucho espacio abierto, mucho hemicycleo con columnatas y pocas ganas de aceptar que

el hombre es la medida de las cosas y los símbolos —aun los más bellos— su representación). Volví a mi casa, dispuesto a poner en acción al adjetivado fascista que llevo en mi interior. Como un personaje de Forges¹ me dirigí a la matronil consorte que comparte mi lecho desde el connubio.

—¡Mujer! —le dije, le grité más bien— ¡Quiero un cafecito! ¡Ya mismo! ¡Caliente y con poca azúcar! Servido en la recoleta paz que corresponde al Jefe Indiscutido de este hogar.

—¿Estás enfermo, Pichi, o fumaste algo que no debías? —me respondió, con esa dulzura que tienen las mujeres cuando lo están sacando al corner a uno.

Encendido en lógica, viril e incontenible furia, me dirigí al mayorcito, que estaba por ahí leyendo una revista, vaya a saber de qué tipo.

—A ver, vos...—le espeté—. ¿Qué hacés si tenés un rojo delante?

—¿...?

—Un rojo. Uno de esos tipos sin patria ni Dios y que tampoco respetan la propiedad.

—Cuando te ponés rompedor, viejo, no hay quien te gane —masculló, moviendo la cabeza resignadamente y yéndose con la revista, que es como decir la música (valga el tópico, la recurrencia, la frase hecha, que también forma parte del decir fascistoide) a otra parte.

Sumido en el desconcierto, estuve por llamar a la Embajada: díganme algo, oriéntenme un poco sobre cómo llevar la cosa por los rectos senderos del orden, el respeto a los valores consagrados y a los sistemas jerárquicos; mándenme una frase para inscribir en el pórti- mándenme un pórtico. Hagan algo.

¹ José María Fraguas, alias "Forges". Incomparable pintor del franquismo en sus tiras cómicas. Por el uso de un localismo muy ceñido, se hace difícil la divulgación de su humor fuera de España.

Conteniendo ese arrebató de sumisión, salí a la calle. Ahí me encontré con Celestino, el portero del edificio. Olvidando las nítidas e inapelables distancias que nos separan, lo saludé cordialmente.

—¿Qué hay, Celestino? —le dije.

—Pues, nada. Tomando el fresco. Pensando en ir hasta la esquina, a por un vinillo.

—¿Cumplió ya con su humilde, aunque apreciable menester?

—¿Qué queeeee?

—Digo que si terminó su trabajo.

—Pues, sí, hombre. Hace rato.

—Entonces, venga. Lo invito yo.

Y el fascista que hay en mí claudicó esa noche, ante el riguroso Valdepeñas, compartido con Celestino, que es hombre de Extremadura, cetrino, enjuto, algo gritón para hablar, muy bondadoso en el mirar y buen conservador sobre las cosas de su tierra, donde solo la miseria es más intensa que el sol, donde se riegan a mano las modestas parcelas y donde, a fuerza de sudor y aguante, se logran unas coles así de grandes; pero, hombre, le juro que así de grandes; y unas habas que no vea usted; y unos pimientos verdes que ni pintados, unos pimientos que ¡vaya! se hace un pisto manchego que ¡vamos! cualquier día se viene usted por mi casa y lo prueba, y después me cuenta...

V

Olvidos

Denuncia, noviembre de 1979

Llegan de la Argentina ciertas noticias acerca de un Acta, o Pacto, o Estatuto del Olvido. Su propiciante: Massera.

—¿Y qué es lo que hay que olvidar? —pregunta uno, sorprendido por el asunto.

Lo que hay que olvidar son las torturas, los afanos domiciliarios, los parientes muertos de un amigo de un tipo que cierta vez —sin saber cómo— apareció en la agenda telefónica de una monja que pudo resultar algo así como tercermundista y, por ende, *sub-versiva*. Lo que hay que olvidar son las uñas que no crecen, porque en la punta de los dedos ya pasó la picana; los pezones mochos; los testículos yertos; la locura del padre ante el tormento del hijo¹ y el dolor de la madre ante el feto perdido por tantos patadones en la barriga.

—¿Y la sierra eléctrica de la Escuela de Mecánica de la Armada?²

¹ “He aquí a Pirro, que sabe inmolar al hijo ante los ojos del padre y al padre al pie de los altares”, decía Virgilio, anticipando estas hazañas. Pirro, llamado también Neoptólemo por lo bisoño e inexperto, fue un hijo de Aquiles que participó en la parte fácil y cómoda —en la carnicería final— de la guerra de Troya. Se casó con Andrómaca (viuda de Héctor, secuestrada) como Pernía se unió a *Lucy*, viuda del *Monra*, para después desecharla en los mismos términos. No confundir con Pirro II, rey de Epiro, que pagó cara alguna victoria, pero era un general en serio.

² Ningún sobreviviente de la Escuela de Mecánica corroboró, finalmente, el uso de la sierra eléctrica. Eso invalida: a) que hayan aparecido cuerpos mutilados en el Río de la Plata; b) que se haya utilizado otras formas de tortura y eliminación en la ESMA.

—Esa está en el Preámbulo de esta Ley del Olvido o Acta de la Amnesia General.

—Muy bien pensado.

Como tiene que ser todo en este Proceso Histórico de Recuperación Nacional: muy bien pensado.

Zeus, dios de la lógica, el orden y la razón, engendró a las musas en el vientre de Mnemosis (la memoria) y estas promovieron, bajo el mando de Apolo (el sol, la luz) todas las artes y oficios de la creación y el pensamiento. O sea que los griegos, más o menos duchos en la cuestión, sembraban en el recuerdo y segaban en el deschave las flores blancas, negras, fucsias, lilas o turquesa de su elevada civilización. Pero Massera, alias “el Negro”, Emilio para los amigos, viene y corrige esa tesis: la cosa no es empezar por el recuerdo, sino por el olvido. Esta es la verdad inicial de un proyecto que apunta mucho más alto, según se verá.

—Y con los exiliados, ¿qué pasa, Negro?

—Podrán volver todos aquellos que no tengan cuentas pendientes.

—Pero... ¿qué clase de Olvido es este, que guarda cuentas pendientes?

—Un Olvido Selectivo.

—Genial.

Massera olvida lo que quiere y recuerda lo que le conviene. Maneja las musas del resentimiento contra *la zurda loca* (definición preciosa, acuñada por Rucci) y arrastra, como Apolo, el carro de fuego de las vindictas últimas contra aquellos que obligaron a las Fuerzas Armadas a desempeñar su duro papel en esta lucha y llenarse inesperadamente los bolsillos. Por último, con una suerte de grandeza olímpica, postula el olvido hacia su propia corrupción y barbarie; sugiere que empecemos de nuevo en un país absolutamente condicionado por ellos.

—Tampoco se le pueden pedir peras al olmo.

Es la guitarra de Balbín, preludiando en do menor esta aquiescencia.³

Y bien, no. De esa manera, no. Soy yo, desde un reducto de Madrid, juntando los cinco duros para el faso, quien lo dice. Es Rafael F., a quien le mataron ocho de los diez miembros de su familia. Es Ema C., que salvó la vida por un pelo mientras peinaba a la mujer de Lanusse.

Es Rogelio H., que salió con *la opción*⁴ a los veintiún años, después de estar tres adentro, sin una acusación. Son esas dos muchachas (ni las iniciales quiero poner) que aún hoy reclaman por sus padres secuestrados en momentos que ellas —inquietas estudiantes universitarias— no estaban en casa: nobles gallegos, los viejos, dulces gallegos que se salvaron de la represión franquista para ir a caer después en la videliana, sin comerla ni beberla. Son, somos todos los que tenemos algo que preguntar cuando triunfe la paz sobre la barbarie; y guardamos la necesidad de mirar en los ojos —aunque sea una vez— a los responsables, para decirles:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Para qué lo hiciste? ¿En nombre de quién? ¿En mérito a qué bajaste tantos escalones?

Ellos apelan al terror animal, en todas sus actitudes. En nosotros, ante ellos inclusive, apelamos a la conciencia.

Al cabo de cuarenta años, España también olvida. Mejor dicho: no olvida, recuerda con criterio. Así procederemos nosotros, cuando llegue el momento. Preguntaremos, daremos vueltas en torno a la cuestión, nos agarraremos —una vez más— la cabeza al escuchar cada testimonio: le concederemos un abogado a la bestia y un psiquiatra al engendro de la bestia; pero impondremos, eso sí, la moneda del cambio como requisito. Sin cambio, no hay olvido

³ Ricardo Balbín, líder del radicalismo, había hecho campañas en el exterior del país, diciendo que “los desaparecidos están muertos”, pero sin aclarar cómo lo supo, quién lo había hecho ni dónde se hallaban los cadáveres.

⁴ Miles de personas salieron del país con *la opción*. Esta tenía dos ofertas: o permanecer preso y maltratado, sin encausamiento, o salir del país bajo el amparo de un Gobierno extranjero.

ni tolerancia; sin cambio, no hay perdón (que es la manera tierna del olvido, o la memoria); sin cambio, no hay negocio alguno que efectuar en este atormentado cambalache.

Viene una actriz, N. L. (confieso que estoy cambiando la segunda inicial). Me dice:

—¿Te parece bien que se reclame por los combatientes, como si fuera gente que nunca hizo nada?

Le digo que no entiendo. Me puntualiza:

—Una cosa es el que cayó de manera totalmente injusta. Otra, el que estuvo metido en algo.

Ahí me empiezo a aclarar: entienden la acción militante como una culpa y el riesgo combativo como una perversidad que nunca debió intentarse. Sufren con el exilio y el malo de la película no es —para ellos— el represor de turno, sino el que dio motivo a esa represión. Son masseristas a la distancia, malinchistas en desgracia, que sufren por no hallarse a los pies del “vencedor”. Tienen los ojos cortos y el olfato mezquino; y, si hay proyecto, es un mal proyecto: entonces, tiene poco futuro. Miran sin ver todo un sistema de predominio que existe contra natura, como los ultrajes que ellos ejercitan: destruyendo lo humano en sí mismos, para poder destruirlo en los demás, con un único objetivo que es contener o postergar la evidencia de su propia inutilidad.

Cuarenta años de franquismo no han podido evitar que hoy prospere, “aunque sea a barquinazos”, como diría don Osvaldo, todo lo que ayer se le impidió a la República.⁵ Treinta años de aramburismo, de onганиato, de videlismo, de presbichismo, also-garaysmo, krieggerismo, rodrigazos, mondelliadas o ganado orejano en Economía, tampoco terminarán con las alternativas de un país que ha pagado —y seguirá pagando— un caro precio por lograr esa autodeterminación que aún le falta.

⁵ “Aunque sea un barquinazo, siempre triunfará la fe”, dice el tango de Pugliese. Ignoramos el nombre del letrista.

Pero, “el *Negro*” Massera, tipo piola, canchero, sabe cómo tratar a la gilada. Muestra su cara de cantinflero y dice:

—Lo pasado, pisado.

—¿Y los que están reventándose adentro todavía, Emilio...?

—Eso, pasado.

—¿Y el derecho a la bronca, a la huelga, a la disidencia, al pataleo?

—Pisado.

Quiere un olvido que ampare lo establecido y consolide lo perpetrado; sueña el sueño del pibe, aunque sea un pibe atroz que hizo todas las fechorías imaginables: el secuestro, la tortura y la muerte, para empezar; la desaparición de personas físicas y reales; el robo descarado de los escasos bienes de un país; y, por si esto fuera poco, el deterioro industrial, la reducción de los sueldos, la conversión de una sociedad productiva en antro de especulación, la postergación indefinida de todo lo que sea extracción y uso de los recursos naturales; la reducción de Buenos Aires a una especie de puerto hanseático; el vaciamiento cultural, instrumentado en todas sus variantes posibles; la expulsión de “cerebros” o trabajadores culturales, la imposición de una censura por demás sofisticada,⁶ la persecución de enunciados que no son zafios, colonizados, vulgares, huecos, conservadores o liberales de la peor especie; el uso de los medios de difusión para inundar de imágenes alucinadas, triunfalistas, ajenas a todo espíritu crítico, la conciencia de un pueblo ya saturado de muertes, de horror, de un estado de inseguridad inexplicable.

No, Negro; no, Emilio; no, flaco, che, coso, maringote, almirante flotante, timonel de balurdos, Lord Jim en camiseta, Simbad ensangrentado, capitán Ajab perseguidor de una ballena negra; la del

⁶ Usaban epistemólogos (sic) en el análisis de las obras a divulgar, según información que nos llegó. De Córdoba sabemos, exactamente, que los actores debían presentar los libretos antes de iniciar los ensayos y que un oficial se aparecía posteriormente para verificar si estos se decían en forma textual y si no había algún matiz de inflexión que les diera un significado imprevisto.

horror en los ojos de cada torturado; vendedor de arenques; charlatán portuario. No.

Mientras ustedes duren, no habrá olvido. Porque no habrá progreso ni esperanzas. Ni campo abierto para la conciencia. Ni ilusión frente a nada. Después de ustedes, sí: habrá entusiasmo, habrá esfuerzo creador, habrá alegría superando el espanto. Y habrá olvido.

VI

Don Enrique

Denuncia, diciembre de 1979

Le voy a confesar algo, don Enrique: usted es lo único en la vida que se pareció a mi viejo. No en el aspecto, ya que él era robusto y usted todos sabemos la facha de pijindrín que tenía. Tampoco en la profesión, pues él era tachero (digamos, profesional de la banderita) y usted todo un portento como creador de canciones, un hombre múltiple del espectáculo. Pero sí en el carácter; sí en esa trabajosa voluntad de dedicarse a pensar la vida, en la manera tierna y melancólica de dirigirse a los demás; y en la pésima, escandalosa tendencia a morirse muy jóvenes. Además del nombre. Porque mi viejo se llamaba igual que usted, don Enrique. E igual que un hijo mío, aunque jamás se había dado esa cosa de repetir los nombres en la familia. ¿Curioso, no?

Usted murió de pena y de cansancio —*de ganas*, dijo el médico— un 23 de diciembre: en vísperas de Nochebuena y con un mundo de hostilidad a su alrededor. Lo puteaban por la calle; le negaban el saludo hasta los viejos amigos; lo llamaban por teléfono para decirle barbaridades; le mandaban excrementos por correo (soretas, dicho en cristiano) con sus tangos cortados en pedacitos.

¿Y todo por qué? Por los diálogos radiofónicos con un difuso personaje, Mordisquito, y por su inútil inserción en una mal pensada campaña electoral. Una campaña que iba a ganarse de cualquier modo, pero agrandó los odios en lugar de atenuarlos.

Nadie le objetó su intervención a Hugo del Carril, por ejemplo, porque tenía la imagen de hombre fuerte y de aguante (lo era, lo es, realmente); tampoco a Tita Merello, que podía resultar agresiva como la gran puta y dejar mal parados a más de cuatro; menos aún, a Sandrini, que sabía disculparse como el que más. Pero a usted, sí; a usted, que rechazó el panfleto de circunstancias y empezó a escribir por las suyas; a usted, que llevó testimonios y evidencias en lugar de consignas que puso agudeza y criterio allí donde eran negados sistemáticamente; a usted le dieron con todo, don Enrique. Le cayeron sin asco. Lo acabaron.

—Me van a volver malo —decía. Pero eso ni ellos podían lograrlo.

—Las próximas inyecciones me las tendrán que aplicar en el sobretodo.

Y claro: ni cuerpo tenía ya. Mordisquito se lo había roído con sus dientes de laucha; el infundio, que sabe levantar “la medianera de las palabras sibilinas” por usted mismo denunciadas (*Discépolo se vendió, Discépolo se entregó por un plato de lentejas*), fue terminando con sus pocas fuerzas, con sus minúsculas energías. Y aquella Nochebuena, la del 52, lo encontró con la sonrisa ya fría, de la muerte, pero aún enternecida, del perdón.

Usted debió pasar hambre, le diré. Mucha hambre. No sé cómo, ni cuándo, porque lo cuidaban: su hermano Armando, que era bastante mayor; unos tíos, que trataban de compensar esa temprana orfandad que lo señala...Pero, el primer tango se llama “Bizcochito” (¿le dice algo?) y la última tristeza, Mordisquito. En sus charlas aparecía habitualmente la referencia gastronómica: “Soy de esa

clase de gente que se emociona cuando le encuentra la pasa de uva al buñuelo”, decía. “¿Qué es una empanada? Es un baúl alimenticio, cargado de misterio”. Usted veía una empanada y no podía dejar de preguntarse: ¿qué tendrá adentro? Descubría otras comidas “excesivamente municipales”, como el arroz o la carne. ¿Y, por qué no, la olla popular? Uno supone un universo gastado, de cafés con leche, de pan y manteca, o medialunas chorreantes, de sanguchito adquirido en el bar automático, cuando una automática miseria — la del treinta, la de otro golpe militar, otra crisis, otra bestial represión— imponía su tristeza de largo alcance en el país; y El Vómito Negro, La Fonda del Pinchazo, El Chorizo Honrado hacían sentir su mítica presencia sobre las clases hambreadas. Usted sabía mucho de eso, don Enrique. Se lo dijo a Mordisquito, en el 52: “Vos que pasaste de náufrago a financista sin bajarte del bote...”. A usted, ¿quién se la iba a contar? Si aún tenía ante los ojos a la mirada de los *bochas*, de esos *guachitos* que habían sufrido la espantosa caridad de los ricos y a los que se había educado en el principio de que “no tener madre no era un drama, sino una vergüenza”. Si aún estaba viendo a los viejos, esos pobres viejos del arrabal porteño que “se volvían a mirar el camino recorrido y tenían que preguntarse ¿para qué caminé?”. Si aún quedaba en sus manos la intención de una caricia al más triste de los desconocidos, “esos que tienen un destino negro como un café negro, como un túnel sin salida y con un negro adentro”. Si todavía impregnaban su afilada nariz todos los aromas de la miseria: el ácido y el espeso olor de las trastiendas; el largo y pegajoso de los conventillos, inundados por vaharadas de fritura; el vanamente provocativo de las yirantas que habían poblado las cansadas esquinas de Buenos Aires. A usted nadie se la podía contar, don Enrique, porque de esas se las sabía todas.

Lo tenían por “ingenuo”, por vanamente sentimental o sencillamente exitista. Ignoraban el rechazo hacia sus primeros tangos,

que se salían de toda norma; su fraterna amistad con la gente de Boedo; su bohemia literaria —a tono con los tiempos— y su frecuentación de los talleres de arte: el de Facio Hebecquer, por ejemplo, y el de Riganelli. No suponían la compleja elaboración de sus canciones, que podían llevarse año y pico en la búsqueda de una palabra (“y esa palabra era *desnudez*”) Con usted se pasó del sanateo a la injusticia. Y a ocurrencias tales como *tanguidad*, que fueron usadas para hablar de su obra y su persona. Era Mordisquito que volvía para atrapar el buñuelo escamoteando la pasa de uva, como siempre. Porque lo suyo es tango, es cadencia, es canyengue y es metáfora arrabalera, ¿quién lo va a negar? Pero, también, es paradoja, contradicción, desconcierto. Es el asombro de ese malevo que pierde “la fe, el coraje, el ansia e’ guapear”; la alegría absurda del personaje que grita “victoria / yo estoy en la gloria / se fue mi mujer”; y el laberinto interior del que afirma “hoy me odias y feliz / me arrinconan pa’ llorarte”. Así como es la delicadeza del Sr. Blum cuando exclama, ante un conflicto de amor, que se encuentra ante “la pequeña cosa más grande que me ha pasado en la vida”.

Sus primeros tangos, los del grotesco, se identifican con el teatro de su hermano, ya que este pinta el drama de los padres (tanos, gallegos, turcos) estafados por nuestra oligarquía, en tanto que usted —como Roberto Arlt— muestra la desazón de los hijos (ya argentinos) atrapados en un tiempo de callejón sin salida. Sus tangos del desparpajo (“Que vachaché”, “Cambalache”...) son un grito de denuncia dicho en tono de broma, pero en los que no hay broma. Y sus grandes temas pasionales (“Uno”, “Canción desesperada”...), casi todos escritos en el 40, son la demostración de que se vuelve hacia los conflictos interiores del hombre cuando ya no hace falta rajarse buscando ese mango que lo haga morfar. ¿Me explico? Ni pesimista ni negativo: doliente y esperanzado, usted es un Fénix que renace en el alma de cada generación para mirar la cara de la verdad, sucia y estremecida.

Le pusieron dos veces su nombre a un teatro. Y dos veces se lo quitaron. Luego a una calle: se lo quitaron también. Usted es algo que les pica o les duele a los que consagran otros nombres, supuestamente mayores. El de Lugones, por ejemplo. El de Larreta. El de un señor que se llamaba Calixto Oyuela. ¿A quién le importan? ¿A quién le interesan, pregunto yo, desde esa inmediata vuelta del tiempo en que nos encontramos? Son solo rayas en la pedana, polvo de los tinteros de sus propias estancias.

Lo suyo es otro modo de perdurar. No solo como autor de canciones imbatibles, como protagonista de un rico anecdotario, como figura que sabía inventarse un humor en sus desgarramientos... sino también como conflicto, como problema en vilo, como arquetipo que no deja de golpear en nuestras conciencias. Entonces, usted resulta la pequeña cosa más grande que le ha pasado a la cultura argentina. Lo cual no es decir poco, don Enrique. Palabra.

VII

Mi Tío León

Inédito

Hombre del Pinal, mi tío León. Lo recuerdo, aún joven, con el cabello crespo, engominado; los ojos claros; la nariz prominente (que también llevo, a Dios gracias); el dejo lento en el hablar; la actitud pesada, cachacienta, que combinaba poco con su tipo judaico, con esas dos estrellas de David que llevaba con el nombre y el apellido... Pero, era porteño el hombre. Y atorra. Como en todo atorra porteño, esa era la condición que más se imponía en su rotunda personalidad.

Empezaba temprano y le daba fuerte; con soberana paciencia, llegado el caso. Tres aceitunas negras, bien salpicadas con ají molido; un sifoncito; unos cachos de hielo, cortados a punzón con el bolichero; y meta darle. Los vasos bajaban como si nada, con la suave cadencia del tiempo cuando pasa, porque era discreto y taura el que tomaba.

—Ssss ssserá terrrranova esse chabónnnn...

Estiraba las eses, las erres, las enes, con una calma filosófica, armando frases que no todo el mundo comprendía. Porque lo de terranova se origina en terrán, ya no es tan boncha. O, de pronto, algo pasa.

—Ssssi lo tennndré mannnyao...

Mayaba a todos: los de su barra, se entiende. Gente de boliche, cantina o lechería: el cortadito matinal, el Comi & Pini en cada mediodía y cada atardecer, el succulento bife en cada cena y —si venía al caso— el pucherete de yoti. No sé si me explico, o si lo hago con suficiente claridad: el pucherete rante de los conventillos, con la mesa de hule junto a la cama, para ahorrar dos asientos; el viejo Toro (no el Toro Viejo, que va para reserva e ilustra mesas más prestigiosas, sino el toraba, en su botella de litro) animando la conversación; el piso de listones limpio, reluciente a fuerza de estropajo; y, por si esto fuera poco, una vecina —hacendosa, amén de churrasca— jugando al ama de casa y cuidando el prestigio del hombre ante sus amigos. Porque con León no se jugaba, le diré, y ante un chancleteo provocativo respondía en forma, toda vez que ocurriera. Nadie lo vio temblar ante las consecuencias.

—Ssssalvo que no me guste la rrrredoblonna...

—¿Y si le gusta, León?

—Ssi me gusta me prennndo como el aro a la orejja...

La vecinita atrevida y preguntona no sabía dónde meterse.

- - -

De pibe había conocido la calle, eso está claro. Mi abuelo (herrero de profesión, hombre religioso y de severas costumbres) lo llevaba al cole, para asegurarse de que concurría. Pero, era inútil: León entraba por una puerta y salía por otra; prefería el juego duro de los oficios —lustrar zapatos, vender diarios— a esa mariconada de la regla de tres. Era zurdo y, cuando metía un piñazo, rompía al que estaba enfrente, tomándolo además desprevenido. El día que, sin aviso, lo planchó a un vigilante en plena calle, fue a parar al correccional. Sus hermanas, o sea mi vieja y mis dos tías, le llevaban comida, chocolates; aguantaban los chiflidos de los atorras (poco habituados a ver mujeres jóvenes por ahí); ignoraban que adentro venía el saqueo: una manta en el lomo, muchos casotes y

elpreciado botín yendo a parar a otras manos. Claro que León veía, junaba el expediente; detectó, por ejemplo, un par de zapatillas que usaba alguno de sus agresores. Y la armó: cierto día, el de la mancada, con sus zapatillas y su sonrisa orgullosa, recibió tal palazo que lo debieron hospitalizar. La ley de la jungla cubrió el hecho. Y León desde entonces comió solo o compartió con quien quiso los manjares que recibía. Un silencio largo rodeaba las visitas de sus hermanas. Hasta que salió.

Mi viejo le enseñó a manejar. Se hizo chofer y pasó a la historia como conductor de los primeros colectivos: aquellos que se inventó la crisis en el 30, cuando un taxi se tomaba entre varios y se pagaba *colectivamente*. ¿Para ir adónde? A los chuchos, compañero.

Yo llegué a ver esos recorridos que iban de Once a Palermo, con la rosa y la verde aflorando en los bolsillos y la ansiedad en los ojos de los burreros. Recuerdo también los puchos que pulsaban las manos nerviosamente; la angustia por llegar, por usar a tiempo el dato recibido... (Si eso sigue, lo ignoro; si eso perdura, lo sabe aquel que está allá).

Cuando largó el colectivo (o el colectivo pasó a manos ajenas, con ese lenguaje de la Corporación), saltó al *remisse*. (Hay que ver lo que es el *remisse*; se lo digo yo, que lo manyé de chico y que saqué de ese mundo uno de mis turbios personajes). Hacía un velorio, un casamiento; de pronto una ceremonia pública, como la llegada de Pachelli al Plata, aquella que dio motivo a esos versos (de Iván Diez, según creo):

*...cuando laburé de escruche
al paso de Monseñor.*

(Rivero lo canta. En el primer Vaccarezza hay una buena pintura de “Los escuchantes”). León, con su pilcha negra, su cuello palomita y su moño brillante, cumplía la misión encomendada: impecable,

serenamente. Usted lo veía y podía decir: este es un tordo. Y, sin embargo, no: era un atorra; un gavión que estaba en peso y a la monta acostumbrado, al que no se le movía un pelo en el momento de mascullar su reflexión predilecta:

—Ssssi ssserá terrrrranova ese chabónnnn...

Porque el chabón era más rana que ninguno, en aquel caso. Había acudido a bendecir, de buena gana, los monumentos de la oligarquía vacuna; apuntaba para Papa, respaldando la *strasciatella* del Duce y los potajes franquistas (o sea, los más indigestos que conoció la historia), se preparaba para ignorar —piadosamente— el revulsivo *choucroutte* de la barbarie nazi. Sabía a qué jugaba.

Pero, León —ajeno a esos *malanfios*— solo pensaba en la pelusita del tapizado; en la lubricación de los cambios, asegurando una perfecta marcha para Su Ilustrísima; y en muy otros asuntos que hacían a su vida particular: la familia, siempre tan *rompe-kneiglaj*, con las premisas sobre cómo hay que actuar o no hay que actuar en cada caso; la soledad, las siompes, los bulines...ya que un hombre como él —díscolamente individualista— no podía aguantar mucho tiempo la proximidad de nadie; los amores, entre los cuales dos marcaron para siempre su destino: en su caso (ignoro el nombre) ella era casada; el marido, consciente de la situación, le salió al cruce:

—Quiero hablar con usted, León.

—Cuando guste.

Se fueron a un boliche. Tomaron el amargo cafecito de rigor...y el buen hombre salió con cualquier cosa, menos aquello que lo escocía. Incapaz de aprovechar esa debilidad ajena, de ganar ante quien quiere, pero no puede presentar combate, León dejó estar las manos sobre la mesa.

Aceptó con la calma de la piedra, que la oportunidad había pasado sin dejar rastros y que el amor sería —en el futuro— solo esa cosa de la pasión furtiva; el placer culposo y desesperado, que no se revierte en vida cotidiana; la emoción que no se traduce en “che, viejo, ya que vas, traé la soda”. Esas cosas.

El otro romance fue con la tisis: perdió por uno a uno, ya que dejó solo un pulmón. Fue casi empate.

Usaba su vaso propio, su plato exclusivo, sus cubiertos que nadie debía tocar. Yo era chico y envidiaba esos privilegios, pero no podía imitarlos. La suya era una enfermedad mal vista por aquel entonces. Su rudeza y su misterio, también. Sus pocas pulgas, sus costumbres de borracho y solitario; pendenciero, llegado el caso.

Dejé de verlo, en rachas de meses y años. Lo busqué, cierta noche, por reductos de Donato Álvarez y la Avenida San Martín. Recuerdo su emoción, al verme. Al vernos, con mi hermano.

—¡Mis sobrinos...! ¡Estos son mis sobrinos...! —exclamaba; me dio curdita, para variar. Llamó al mozo, para presentarnos. Y al ver que su euforia no era correspondida, agregó en tono grave y sentencioso: —Carucha, ¿no me das bola?

Un par de manos ciñeron de inmediato las nuestras. Algo le había hecho saber al aludido que no era conveniente su actitud. En reuniones familiares, de esas que se producen de tiempo en tiempo, se me dio por leer a De la Púa. Donde “el malevo” dice: “Del grilo la chasimba daba boca”, saltaron las preguntas.

—¿Qué es el grilo?

—El bolsillo —dije yo.

—¿Y la cachimba?

—La cachimba es la música —repuso él, con ese tono apagado y suave de quien apunta verdades ya sabidas. Me tocó aclarar que “cashimba” es la billetera y “música” la guita, el vento, el toven: la mosca, en el lenguaje de estos tiempos. Pero no dejé de observar que León había agregado un enigma a otro, una metáfora a otra, con esa explicación que no aclaraba nada.

Al cabo de andanzas —y malandanzas, si usted me lo permite— aterricé en Morón, provincia de Buenos Aires. Supe que León estaba cerca y lo busqué, lo convoqué a mi casa, ya setentón, cargado de pirulos, jubilado y dueño de un humor más suelto que en sus años mozos. Tenía pocas —y más bien melancólicas— ocupaciones: hacer los crucigramas de *La Prensa*; hablar más de política que en otros tiempos (radicha viejo, apoyaba a la joven guardia del alfonsinismo, contra “el charleta ese” de Balbín); carpetear el hembraje, que iba y venía (de la estación a casa, de casa a la estación), hacerle sentir de vez en cuando el peso de su parla intencionada. También, ¿por qué no?, palpitarse una jugadita en Palermo o San Isidro; llenar la boleta del prode, con lentas, minuciosas disquisiciones. Tenía los trece puntos cierta tarde, cuando un gol de última hora volcó la millonada en manos de un paraguayo (Mercedes Negrete, ¿lo recuerda?). Eso acabó con él, según parece: su pulmón único y su corazón trajinado dijeron “cartón lleno”, una apacible tarde de primavera. Sin resquemores, como sobrando la cosa.

Dos discretas cuarentonas (una, soltera; otra, viuda) se disputaron, entre lágrimas y miradas fulminantes, el derecho de permanecer más horas, aguerridamente, junto a la cabecera del cajón.

VIII

Los quebrados

Denuncia, febrero de 1980

Triste destino, el de los quebrados. Más triste que el de uno, por ejemplo, ya que este puede ser fiero, portador de angustias, aguantador de lejanías, de improbables olvidos, de rostros y de nombres desde siempre queridos y tal vez para siempre “desaparecidos”; pero, también sustentador de un alivio, aportador de un beneficio incomparable. Y es que nos deja jugar del lado de la esperanza, lo cual no tiene precio.

Con los quebrados eso no va, no funca, no se arranya. Los quebrados son como los críticos y los eunucos, según la vieja definición de Toscanini: *quieren, saben cómo, pero no pueden...* Los quebrados se descolgaron de ese hilo conductor hacia el futuro, que es la solidaridad en resistencia. Y golpean a la puerta de quien no los llama. Ofrecen las nalgas y el testuz ante aquellos que los observan con desconfianza. Brindan todas las garantías, reniegan de afectos y admiraciones, hasta que un día —con bastante suerte o con viento a favor— ingresan a un terreno de sumisiones perfectas, donde tal vez les vaya bien, tal vez les vaya mal, tal vez deban pagar —pese a todo— por lo que hicieron o no hicieron en algún momento de sus inquietas vidas.

A los quebrados los mueve el triunfalismo, los aprieta la necesidad del arrime, los apabulla la idea de jugar a destiempo, de

contramano, a contrapelo; en cualquier forma del error, aunque sea heroica; o del acierto, que no sea ostensible.

Los quebrados no aman sino lo que se impone; no entienden sino lo que está en la peregrina superficie de las cosas; no se identifican sino con lo astuto, lo circunstancial, lo que resuelve el conflicto en esta página y —si es posible— en este párrafo... pues, cuando hay que esperar hasta el final del libro, la novela es buena o el autor no les gusta.

Muy premiosos, los quebrados.

Cuando se jugaron, si se jugaron realmente, conocían los riesgos; pero no imaginaron que no podían cumplirse. Triunfalistas entonces, triunfalistas ahora, los quebrados apostaron siempre a los favoritos de la cátedra. Hoy mendigan un dato, aunque sea falso, para seguirle el juego al presunto ganador.

En el cole nos enseñaron que un quebrado es un asunto matemático, según el cual tantas partes son la expresión de un todo, si contamos también lo que le falta. O algo así. O viceversa, según la clara definición del Gallego F., que allá en el barrio puntualizaba:

—El orden de los fateros no altera el balurdo.

Los quebrados son, pues, las dos terceras partes de una mujer o de un hombre, sabiendo que en algún sitio está lo que les falta. O las cuatro sextas partes de una conciencia, que en algún lado dejó el sector restante: en la nostalgia, en el sentimiento de que los regañaron, o se engañaron solos, más la cosa de “qué boludos fuimos”, y que “cómo nos la vendieron”, y “qué chantas, los locos”, y hasta una serie de consideraciones especializadas:

—Porque hubo errores tácticos, no me vas a decir.

Errores tácticos y estratégicos. De la mañana a la noche, los quebrados se saben de memoria a Clausewitz ¹(sic); pueden ana-

¹ Carl von Clausewitz, militar prusiano y teórico de la ciencia militar moderna.

lizar la carga de la brigada ligera, en blanco y negro o en colores, y todos los aciertos de Gary Cooper en los tres lanceros de Bengala. Pero, eso no es todo...

— ... porque, además, se portaron como unos hijos de puta.

—Seguro.

Los que murieron combatiendo, los que tragaron la pastilla² para no entregarse, los que sufrieron el tormento, los que salvaron la vida por milagro, fueron, son serán —mientras no triunfe la cosa, naturalmente— unos hijos de puta: empezando por Tupac, que levantó a la indiada sin una *correcta evaluación dialéctica de la coyuntura* y terminando por cualquier muchacho que haya engrosado la lista —tremenda, impresionante— de una trágica generación.

Yo no estoy aquí para justificar a nadie, ni para hacer ultrismos que no me cuadran; menos aún, para asumir defensas que no me encomendaron. Pero algo, sí, puedo decir: y es que las críticas valen desde este lado, nunca del de enfrente; y menos aún desde la repentina asepsia de los quebrados.

Hay quebrados de afuera y quebrados de adentro. Los de afuera son los que lloran ante quien no deben y piden entrevistas al embajador, para contar su historia (también la ajena) solicitando perdones y garantías, de tan dudoso cuño como la integridad de quien los otorga. Los de adentro son lo que buscan a un periodista amigo, para que les haga un reportaje, con preguntas como este:

—¿Y qué hay de tus antiguas simpatías hacia la subversión?

—Nunca tuve ese tipo de simpatías. Acudí engañado a alguna reunión, eso fue todo.

² No era pastilla, en realidad. Era una especie de sachet, que contenía un jugo espeso de fácil deglución.

—Pero, tenés amigos en el exterior, de esos que se prestan a hacer campañas *contra el país*...

—Cuando son honestos, les digo que hay que estar aquí para saber cómo son las cosas... Y también hay que estar aquí para opinar, porque afuera no vale...

—¿Y cuando no son honestos?

—Dejo de escribirles.

La consecuencia de estas declaraciones, para un actor, por ejemplo, puede ser que le levanten la prohibición en los teatros oficiales; pero, no en televisión, ya que ese es otro cantar. Para ingresar, o regresar, el cine, también: hacen falta más méritos.

—Seguí así, pibe, y un día quedas limpio del todo —dice el funcionario ocasional, con el recorte en su despacho. Alguna vez les contará a sus nietos que él no estuvo allí al servicio de la dictadura, sino para ayudar a unos cuantos.

- - -

Hay quebrados lógicos, como los que sufrieron el horror y la cárcel, y a los cuales no se refiere este artículo. También quebrados tristes, como Safián y Camperchioli³ que al optar por la muerte no se dan cuenta de que nos dejan solos, con una soledad en la que faltan ellos. Y, por último, hay quebrados frívolos, resentidos maniáticos, que muestran su agresividad de salón y dicen “solo hay una vida”, sin pensar que es una pena de vida para vivirla con vergüenza.

A nuestros enemigos los esperamos en algún punto del futuro. A los quebrados, en ninguna parte.

³ Sobre Safián, ver artículo 1 de esta serie. Domingo Camperchioli era un periodista cordobés exiliado en Madrid tras el secuestro y eliminación de su esposa por cuenta del Ejército. Al cabo de los años, intentó una nueva experiencia de amor, que fracasó. Cierta noche, tomó unos veinte somníferos y casi un litro de coñac; inseguro del resultado, logró llegar hasta el balcón, para arrojarlo desde un décimo piso.

IX

Locas

Denuncia, marzo de 1980

Se están juntando firmas en Europa para auspiciar un premio Nobel de la Paz: el que se vienen ganando, con su larga paciencia, su dolor, su esperanza que no claudica, las *locas* de la Plaza de Mayo.

Yo adhiero.

Señores de la Academia Sueca o Noruega: entre yogur y yogur, pueden ir tomando cuenta de esta decisión histórica. No solo adhiero, sino que les pregunto: ¿a quién se lo van a dar, sin el dolor, sin la vergüenza, sin la tristeza de los escamoteos melindrosos, mientras estén ahí las *locas*, con sus pañuelos blancos, llamando ante la puerta?¹

Ellas no buscan premios, por supuesto. Buscan maridos, hijos, nietos que de pronto no están. Piden devoluciones más preciosas que todo el oro del señor Nobel, desde el primer cataplum de su invento: la dinamita. Reclaman rostros y miradas que tal vez aún pueden volver desde el horror. Y, mientras tanto, necesitan presiones, piden solidaridad para salvar lo que se pueda —si es que aún queda algo— de lo que alguna vez tuvo que ver con sus seres queridos,

¹ El otorgamiento ulterior del Premio Nobel a Adolfo Pérez Esquivel resultó una forma de convalidar lo aquí escrito: Pérez Esquivel fue y es una personalidad alineada junto a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, estrechamente vinculada a las distintas comisiones de familiares de desaparecidos que hay en toda América Latina.

formó parte de ellos, les dio una humana envoltura a los latidos de su humano corazón. Al reclamarlos nos obligan a reflexionar que la paz es eso: es un pañuelo blanco atado a una cabeza desesperada; o no, o todo lo contrario: es la papada de Harguindeguy cuando dice *no sé, no pude averiguar nada*, ante quienes auscultan el maca-neo en el fondo turbio y gris de su grosera mirada.

Cualquier referencia a la locura, para nosotros, es carnal, amorosa, sanguínea, afectiva. “Qué loco lindo” decimos, ante el sujeto divertido. “¿Andás triste, loco?” le preguntamos al amigo contrariado. “¡Locos de mierda...!” exclamamos, ante la bajeza del mandón y el represor. Mi amigo Benigno M. tipificaba una situación cualquiera con esta pregunta:

—¿Decime si hay piantuje o no hay piantuje?

Para ellos, no. Para ellos es una cuestión semántica. Instruidos por la CIA, o por sus agentes de tercera clase, en el sentido de cuánto y cómo hay que tergiversar los valores, confundir los códigos y los significados, un buen día se encuentran con que las Madres existen: están ahí, dan vueltas a la Plaza, buscan refugio (que se les niega cristianamente) en la Catedral de Buenos Aires, aguantan los palos y los insultos, vuelven —como las sombras, cuando la tarde se inclina— a la semana siguiente. Entonces ellos reaccionan, buscan el término, acuñan la expresión: son locas.

—*Locas*, porque no cuidaron a sus hijos como era debido —explica un oficial.

—Seguro —responde el lumpenazo que lo acata, escondiendo bajo su uniforme unas carencias de hijo, unas ausencias de madre que Dios te guarde.

En los albores del teatro europeo (así se dice desde la cátedra: *en los albores...*) salían unos monjes al atrio del templo y, como remotos antecesores del travestismo, personificaban a las *vírgenes locas* y las *vírgenes cuerdas*. Las locas eran aquellas que gastaban su aceite (la virtud) durante el día (la juventud) y no guardaban un resto para alumbrar la casa (el alma) cuando viniera a buscarlas el Esposo (Dios) a la llegada de la noche (la vejez, la muerte). En el fondo, reclamaban un tributo a la Iglesia, pues era *cuerdo* el que lo pagaba y era *loco* el que no.

La locura como culpa y el tratamiento como castigo están en el origen mismo de la psiquiatría. “Todo disturbio psíquico se debe al comportamiento pecaminoso de la gente” decía un tal Christian Henriot, a fines del siglo XVIII. Y agregaba: “El médico debe proceder con ellos como si los reglamentos y las instrucciones fuesen decretos inexorables de Dios”. Porque “en la voluntad de los pacientes reside la enfermedad” (hoy uno se pregunta: ¿no será cierto...? Quizás la piantadura es rechazo y solo al belilún le está negada). Para destruir esa “voluntad” se apela al encierro, al confinamiento humano, a la tortura (un aparato girador en el que se ata al paciente y que produce “intensa angustia, falsas sensaciones, miedo al ahogo, náuseas, vértigo, vómitos, orines, defecación...”). Finalmente, se lo liquida al ñato y chau pinela. Emil Flesting, en el siglo pasado, llegó a practicar y recomendar las castraciones. ¿Recuerda en algo todo esto a Bergen-Belsen² (sic) o Campo de Mayo, a Dachau o La Perla, a Treblinka o la Escuela de Mecánica de la Armada?

Para Paul Federn “los psicóticos no son buenos padres”. Y para Videla las *locas* no son buenas madres. Sin embargo, muchas de ellas cuidaron el aceite de la juventud; sembraron e impusieron en sus respectivas familias la sana práctica del *no te metás*; cumplieron con esa maternal expresión —de las ideas y los sentimientos— que

² Bergen-Belsen fue un campo de concentración nazi ubicado en la Baja Sajonia. Durante la mayor parte del tiempo en el que estuvo en funcionamiento, albergó prisioneros pasibles de ser intercambiados por pares alemanes, mayormente judíos extranjeros.

la sociedad les encomendara: seleccionar por códigos sociales en amistad y en amor; conservar el buen gusto, en el que no entran las ideas de izquierda “el mal humor proletario”, señalado por Borges alguna vez); ejercer la prudencia, que siempre es buena consejera (“porque, igual, vos solo, Juancito, no vas a cambiar el mundo; la vida es como es...”). Y, sin embargo, un día se les quemó la lámpara. Y, sin embargo, un día la tragedia puso su rostro helado en aquella casa férreamente propia, insultando los retratos de los abuelos, rompiendo el piano, destripando los sillones que solo se desenfundan cuando hay visitas. ¿Qué había pasado? Que el muchacho estaba *en algo*, pese a lo mucho que se le dijo de no estar en nada; que figuraba en la agenda de una persona comprometida; tuvo un romance con cierta muchacha que no parecía lo que realmente era: una activista o algo así; pasó por una calle, cuando no tenía que pasar; tomó un ómnibus que era mejor no tomarlo; entró a un café cuando lo lógico era pasar de largo; ocupó un sitio en el espacio, con su cuerpo de tales y cuales proporciones: estaba en Buenos Aires, en Córdoba, o en Mendoza, cómo se está en cualquier otro lugar del mundo. O, lo que es peor, miró un procedimiento. ¿Cómo se le ocurre mirar, cuando nadie mira...? ¿Detenerse, cuando todos siguen...? ¿Desatender la voz de “circulen” y cosas por el estilo? No son tiempos para actuar de ese modo.

Los milicos se enojan; pegan culatazos, sobre las personas y sobre las carrocerías de los coches; preguntan:

—¿Qué te pasa, boludito...? Si alguien no se intimida, ellos proceden.

No fue por pensar ni por combatir, en muchos casos; no fue por atentar contra nada ni contra nadie; fue por mirar la infamia en pleno rostro, por quedarse evaluando: *qué poco sos y qué poco valés, para actuar de este modo*. Fue por eso.

Tras recorrer comisariás y ministerios, cuarteles y despachos judiciales; tras recordarle a un funcionario que es amigo de fulano y pariente de zutano; tras escuchar las evasivas de un burócrata y las afrentas de un penoso brigadier, la pobre madre, la virgen loca, se ató un pañuelo a la cabeza y fue a engrosar la fila de las que aguardan y callan, de las que solo confían en la fuerza del mundo para ablandar a un corrupto que además es imbécil, a un imbécil que además es corrupto, a un pelandrón con mando que no tiene conciencia de su propia desmesura (*the emptiness of the evil*, dicen los ingleses), a un monigote sin luz en la conciencia, que apela a los desplantes de cuartel hasta que algo pasa, hasta que las papas queman, y alguien le dice que en el mundo se habla, y en cierto caso puede ser peliagudo, y que el *paquete* aún vive, quizá, en su chupadero...³

Entonces algo suelta, algo entrega, algo devuelve contra su voluntad. Y esa es la esperanza final de las *piantadas*.

“Lo único cierto, respecto de las enfermedades mentales, es que algunas personas afirman que otras las tienen”. Eso está en Morton Schatzman un especialista de nuestro tiempo. “Y, sin embargo, estoy loco”, reconoce Gibrán, tal vez coincidiendo con Baudelaire en aquello de que “el loco siente pena por el cuerdo”. Son todas citas que junté para este artículo; ni mamado las tenía en la cabeza. Con un poco de suerte, servirán para decir que las *locas* son hoy una bandera contra la represión, contra el horror instrumentado, contra la vesania estructural para imponerle a un pueblo que este no quiere; son la única expresión rotunda y cierta —carente de segundas intenciones, de oportunismos y transfuguesos— de lucha a favor de una vida vivible en nuestro país, de vida perceptible como

³ La palabra paquete como definición de cautivo o prisionero se usaba, típicamente, en Coordinación Federal. Pudo saltar desde allí a otros núcleos de represión.

vida: whitmaniana, corpórea, inteligente, buena; porque dieron vida y reclaman vidas, inexplicablemente hurtadas al cauce de la vida; por todo eso: son las únicas que pueden hablar en nombre de la vida, frente al sucio murallón donde se oculta la muerte.

(¡Qué curioso! En la rebuscada oratoria militar de estos tiempo, también los jefes y comandantes dicen que luchan “por la vida”... y desde que ellos mandan con poder absoluto, manda la muerte en nuestro país; desde que ellos mandan, hay menos vida en las escuelas y en las fábricas, ya que han disminuido la escolaridad y la ocupación; desde que ellos mandan, hay menos vida en los hogares, ya que los despobló la muerte y el exilio; desde que ellos mandan, hay menos vida en los estómagos, ya que se come menos; hay menos vida en la economía, pues todo fue devorado por la corrupción y la especulación; hay menos vida en las conciencias, pues las habita el miedo; hay menos vida en la cultura, ya que entre los censores y el apriete económico, ahí se queda el mensaje: sin cosas que decir ni a quién decírselas...). Pero, mientras las madres salgan a la calle y se pongan el pañuelo en la cabeza, la verdad será la verdad; la mentira, mentira; el amor, amor; la crueldad, crueldad; y el lenguaje humano una cosa sin vueltas, que no da para dos ni tres interpretaciones: porque la situación es la que habla, junto con el dolor; y el dolor el que alienta, atrás de las palabras.

- - -

En cuanto el mundo se muestre solidario con ellas, habrá una muerte menos, una gota menos de sangre que lamentar, un minuto de espanto ahorrado al inocente y al vencido. No es poco. De ahí la necesidad del premio. De ahí, la posibilidad de recitar algún día, siempre con Gibrán: “Mi camino no es el tuyo; eso qué importa: igual marchamos juntos, tomados de la mano...”

X

Don César

Denuncia, abril de 1980

¿Cómo decirle, don César, que usted está más cerca mío que el propio corazón con que me late, o me siento latir? ¿Cómo decirle que su burro peruano del Perú me camina en el alma, y no solo en el alma sino también en esta gana dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición, a mi enemigo? ¿Cómo explicarle que, cuando hablo de usted o escribo sobre usted, sube y baja, al natural, sin hilo, mi esperanza?

Cuando leo sus versos, cuando descubro que usted marcha a matar con su agonía, no sé —auténticamente— qué hacer, dónde ponerme. Aplaudo, lloro, atisbo. Digo a mi pecho que acabe, al bien que venga. Me pongo el cuello y vivo. Paso mi eternidad bajo los puentes. Y subo hasta mis pies desde mi estrella.

Eso me pasa. Y mucho más, también.

Porque no puede ser, don César, no puede ser. Usted es mucho poeta para que yo lo lea. Es demasiada América, con su burro peruano del Perú (y perdone la tristeza). Es un montón de exilio que no cabe afuera de ningún país. Y yo lo sé, lo intuyo, cartesiano, autómata, en fin, espléndido. Veo que en sus sustantivos crece yerba. Descubro con usted mi cosa-cosa, mi cosa tremebunda; mi inmensidad en bruto, a cántaros. Y entonces, claro: quiero escribir, pero me sale espuma, quiero laurearme, pero me encebollo. No es para menos.

Me lo imagino a usted, don César, con su burro peruano del Perú (y perdone la insistencia), pero no con un cóndor. Porque lo dijo alguna vez: “Me friegan los cóndores”. Lo veo entonces, digo, cruzando de Trujillo hasta Santiago, a lomo lento, atrapando el paisaje, pensando en su andina y dulce Rita de junco y capulí, viendo las imperiales nostalgias del crepúsculo, descubriendo un sonido nuevo, viejo y nuevo otra vez, en la palabra *coraquenque*, bajo eternas Américas inéditas; y regresando a comprobar que hay soledad en el hogar sin bulla, sin noticias, sin verde, sin niñez; y que todos nacimos un día en que Dios estuvo enfermo, grave.

Todos nacimos un día en que Dios estuvo grave, enfermo, como aquel en que lo llevaron preso a usted, por incendiar —decían— el almacén del pueblo. Pero, ¿cómo? Pero, ¡vamos! Pero, ¿a quién se le ocurre? Y sé que, en las cuatro paredes de su celda, que fatalmente dan al mismo número, después de almorzar solo (sin madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua, ni el facundo ofertorio de los choclos), preguntándose quién tropieza por fuera y quién hace tanta bulla que ni deja testar las islas que van quedando, descubrió, comprendió, estableció de representante que para Samhain el aire es quieto y de una contenida tristeza, pero para Vallejo hay toronjiles que cantan divinos almácigos en guardia. O sea, que nacía otra cosa. Y esa cosa era América, con sus burros peruanos del Perú (y perdone los perdones), con su dulzura a gajos y su sermón de la barbarie. No era Europa, con su literatura en pijama y sus inteligentes juegos de salón relativos a la escritura automática. Era América, con su vaca inocente y su inocente asno, y su gallo inocente; sus tristes paras, sus entonces fúnebres, su ñandú desplumado del recuerdo, su cobre americano y su lluvia que llueve de arriba para abajo y llueve más de abajo, ay, para arriba.

Usted dejó esa América un buen día. Un mal día. O vaya a saber qué. Y se fue a esa ciudad grande, lejana y otra vez grande, que se

llama París, a comprobar que allí también el dolor crece a treinta minutos por segundo, y a soltar su discurso: jamás, hombres humanos, hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera... y jamás, señor ministro de la salud, fue la salud tan mortal. No le entendieron. ¿Qué le iban a entender, a usted, con esa gana ubérrima, política, de querer, de besar el cariño en sus dos rostros; con su capacidad enorme de posar unos versos, considerando en frío, imparcialmente, que el hombre es triste y tose, y paga con lo que no tiene —el muy bruto, ¿el muy filósofo— y lleva un pasaporte blanco en su sonrisa? ¿Qué lo iban a entender a usted, con su puñal florida, transido, salomónico, decente, ajeno al firmamento gringo, pidiendo en español un poco de comer, de beber, de reposarse, afirmando: ¿concíbbase el error, puesto que lloro, y que si un hombre pasa con un pan al hombro nadie puede hablar del no-yo sin dar un grito? Usted, de cara a España que se rompía en pedazos; usted, con Pedro Rojas y Ramón Collar, comprobando que todo acto o voz genial viene del pueblo o va hacia él, y que la cólera del pobre es un aceite contra dos vinagres, y que solo la muerte morirá, porque al fin, a la larga, de algún modo, por cierto, vencerán los voluntarios de la vida.

Usted, don César, llegó hasta la pared de enfrente de la vida, sin probar ni agua de lo puro triste, y con su ser parado y en chaleco. Pensó en el pobre-pobre, el pobre miserable, en esas gentes tan desgraciadas que ni siquiera tienen cuerpo; y les hizo trocitos de pan fresco dentro del horno de su corazón. Eso no es todo; también clamó, exclamó: oh, frenos, los tascados por el pueblo. Y les dijo a los otros: que se lo coman todo y acabemos. A ver si se atrevían. Finalmente, don César, se nos murió en París, con aguacero, un día del que todos tenemos ya el recuerdo. Inolvidable. Por eso sus preguntas, dichas en cobre americano, nos siguen resonando. Hoy —como ayer España— está la madre América con su vientre a

cuestas: bicolor, urgente, linda. Y gana y pierde. Y avanza sin caerse de la tierra para abajo. Y se llena de nombres que crecen desde el polvo hacia el futuro. Con cada uno de ellos, acaba de pasar el que vendrá: aquel con quien la espiga será por fin espiga. Se lo afirmo, don César, y hasta se lo prometo, en este sueño práctico del alma. Son testigos los días jueves y los huesos húmeros, la soledad, la lluvia, los caminos...

XI

Uruguayos

Denuncia, mayo de 1980

Me van a hablar a mí de los uruguayos.

A mí que trasegué incontables *cocktail-colas* en el Expreso de Benito Blanco y Avenida Brasil; otros tantos *gin-fizz* en las inmemoriales mesas de Jauja, por la Ciudad Vieja; y para qué hablar de los *claritos* en la Confitería Americana, cuando aún alzaba sus mármoles negros sobre las rosadas veredas de 18 de julio. A mí, que aguanté soberanos mediodías con una pizza a la pala o un frankfurter con panceta, y me regalé el paladar con la gama de sabores de un *chivito* (sánguche de churrasco, en realidad, pero hecho con más arte que un *Tournedós*). Me van a decir lo que es aquello.

Le pedí a Walter Canevaro:

—Dejame todo el espacio, negro. Lo necesito para hablar de Uruguay.¹

Yo, que encontré respuestas a muchas preguntas ante las aguas ocultas y las ocultas piedras de La Estacada: esa playa chiquita y rodeada de inmensas rocas —frente a la extraña casa en forma de castillo y de barco— que ignoran los del Pocitos bacán. ¿Cómo no voy a hablar del olor a pan que flotaba en las calles; de la ligera salinidad del *mario* (o *riomar*, si usted gusta, como es el Plata tocando

¹ Canevaro ya había iniciado la ilustración de la columna, lo que significaba una reducción de casi 30 líneas en los textos.

esas orillas); de las lentas y sabias conversaciones, que seguí con asombro en mesas de redacción o de cafetería? Lentas, porque el tiempo era holgado; y sabias, porque no hay nada más culto que un uruguayo culto, así como no hay nada más zafio, más desubicado y fuera de estilo, que un argentino medio —medianamente informado sobre unas cuantas cosas— cuando le sigue el tren, confiado en su aparente campechanía.

Ellos dicen *argentino* y quieren decir porteño, lo que les cae mal. En cualquier otro caso explicitan: tucumano, cordobés, mendocino... y les parece bien. Solo al porteño le retacean ese instantáneo y universal afecto que los caracteriza. Alfredo L., montevideano de pura cepa, me lo hizo ver un día:

—Usted es *argentino*, pero no parece...

—¿Por qué?

—Porque no es compadrito.

Sin embargo, en el fondo, uno es compadrito. Y, a las primeras de cambio, se manda una baladronada:

—Hay que conocer Salto para saber qué hermosa ciudad es Paysandú.

Lo decimos en Salto, como es de imaginar. Entonces, claro, hay que salir rajando, pues —con la pica que existe entre ambas ciudades— el clima se empieza a poner caldeado. Llegamos a Artigas, en la frontera con Brasil: el punto exacto donde, año tras año, arrancaba la marcha de los cañeros, con Sendic al frente: cuando aún pensaba en la protesta y no en los fierros; cuando no había incurrido en la perversidad de los fierros, pese a lo mucho y bien que era atendida su protesta.

Llegamos a Melo, en Cerro Largo, donde no vamos —como chicos de escuela— a ver a Juana de Ibarburu; vamos a ver al Nano Pérez, gordito y simpaticón, imitador de Haedo en todo su estilo, dueño de una inefable astucia provincial. En su casa-museo-pulpería

bebemos largamente, observamos los cuadros, los objetos históricos: un Blanes, un puñal que fue de Urquiza...

—Y ese presunto Blanes... ¿dónde lo consiguió? —pregunto.

—O retira su *presunto* o yo retiro mi whisky —responde. Y manotea la botella, como para llevársela. No lo hace, pero se queda con la sangre en el ojo y años más tarde toma venganza. Es en Montevideo, ante un escaparate de Barreiro.²

—Distinguido caballero, ¿se lo puede saludar?

—Por supuesto, Nano. Y qué gusto verlo.

—La joven que lo acompaña es... su hija, ¿verdad?

—Ma' qué hija, uruguayo turro, jetón. Es mi esposa, apenas dos años menor que yo.

En las charlas de familia, aún le pago tributo a esa cachada.

Sé que los toco a los de *la otra orilla* con mis recuerdos. Sé que *les muevo la calavera*, como se dice allá, si hablo de la Pasiva³ y de la grapita con limón, de la palabra *bichicome* que no se escucha desde entonces y de la pasión de Rosa Luna, cierta noche en que flotaba la tragedia en el aire.⁴ También si les recuerdo el Boulevard Artigas: para mi gusto, una de las calles más hermosas del mundo. O el viejo Mastra, cuyo olvidado trío llegué a escuchar, y que murió olvidado —malhumorado como siempre— frente al mercado de la Aguada, después de haber compuesto cosas como esta limpia endecha:

*Canción,
una canción para mi pueblo,*

² Librerías Barreiro. Tenían una sucursal en cada barrio de Montevideo.

³ La Pasiva: área de soportales, o Recova, que bordea la Plaza Independencia.

⁴ Rosa Luna: era morena y altísima; encabezaba los grandes desfiles de carnaval, con trajes sorprendentes; ejercía la prostitución. Mató a un proxeneta, a navajazos, cuando este la agredía con una silla. Todo Uruguay fue solidario con ella y la Justicia, por último, le dictó un fallo muy complaciente. María Esther Gillio relató el caso, para el periódico *Marcha*.

*hecha con luces de otro cielo
en las horas rojas
del atardecer...*

Sé que les hago un daño noble, un mal que cura, porque la añoranza es un mate lento, que se sorbe entre amigos, para aceptar el pasado y reconocer que era lindo, pero también se acababa. Porque “las viñas no duran”. Me lo dijo un jubilado que estaba en lo cierto, ya que una *viña* en Uruguay es un fato servido, una naranja mecánica que se aprieta sola y da jugo todo el tiempo: en suma, el régimen batllista, que estaba pegando sus últimas boqueadas cuando empezó el sacudón. “El país en que vivíamos ya no existe”, nos dice hoy Cristina Peri Rossi, “lo perdimos en el intento de lograr el país en que queríamos vivir”.

Piolín de Macramé, o sea Florencio Escardó, tenía en su “Libro de los oh”, publicado allá por el 40, un trabajo que se llamaba “Oh, el amigo oriental”. Guido Castillo, que es oriental y amigo —como el menor de mis hijos, pero con muchos más años dedicados a serlo— me lo citó varias veces, recordando que para Macramé-Escardó los uruguayos son buenos en las humildes y duros en las soberbias. Por eso, el amigo oriental es el mejor que existe para aguantar una racha de mishiadura y el peor cuando uno empieza con las comparaciones... “porque ellos sacan *La Cumparsita* de Mattos Rodríguez y *La leyenda patria* de Zorrilla, y nosotros no tenemos ni un tango mejor ni un verso peor para retrucarles”.

El amigo oriental es también formidable cuando se pone memorioso y empieza a hablar de los tiempos que había un casino en El Prado, y Romay Salvo era pobre,⁵ y Millington Drake (alias

⁵ Estanciero, vinculado a la aristocracia local, dueño del Canal 4 de televisión, hoy en manos de sus descendientes. Había llegado de España como emigrado común. El Palacio Salvo de Montevideo tiene un aire de familia con el Pasaje Barolo porteño.

“don Melitón”⁶ hacía populismo desde su foránea aristocracia, y los Fontaina componían tangos porque aún no tenían su famosa radio,⁷ y Duvimioso Terra⁸ preguntaba a gritos en el Congreso:

—¿Qui ‘shtá hablando?

—Fulano —le respondían.

—Ah... no gashto pila.

Y se quitaba ostensiblemente el audífono de sordo. Eran tiempos en que la Troupe Ateniense⁹ descubría talentos para el espectáculo. Y el Parva Domus¹⁰ acumulaba anécdotas para contar a media voz. Atrás de las mismas —y casi todas las historias pintadas— solo latían los amores: discretos, frívolos, desesperados, locos... Los amores, que tanto pesan ahí donde la miseria retrocede; y Nicolás de las Carreras se los ganaba a punta de sable o de bastón; y Delmira Agustini se lloraba a sí misma para llorarlos todos, mientras “la noche bebe el llanto como un pañuelo negro”.

No voy a repetir lo que se sabe del Uruguay actual: que en su pequeñez crece el mayor porcentaje de presos, de muertos, de exiliados. Que su satrapía no tiene caras, no tiene nombres siquiera,¹¹ para cubrir con el odio: es una sórdida, burocrática máquina de horror.

Pero, quiero comentar esto: el *El País* de Madrid, publica Carlos María Gutiérrez un artículo explicando que los niños uruguayos

⁶ John Millington Drake: durante muchos años, embajador de Gran Bretaña en Uruguay. Auspiciaba torneos deportivos y programas de ayuda a la infancia. Su injerencia en la vida del país se hizo notoria con el suceso del “Graff-Spee”.

⁷ Eran varios hermanos. Uno de ellos escribió la letra de “Niño bien”. Poseían radio Carve y el Canal 10 de televisión.

⁸ Político conservador, famoso en la primera mitad de este siglo. Por su origen, en la zona de frontera, tenía ese acento abrasilero.

⁹ Grupo estudiantil que hacía espectáculos picaresco-musicales, famosos en su tiempo.

¹⁰ Especie de secta o club privado, que amparaba las travesuras de jóvenes con fortuna (casa de párvulos, en latín).

¹¹ No había asumido la “presidencia” el general Álvarez, al escribirse este artículo.

tampoco tienen nombre: tienen número y deben llevarlo sobre el pecho desde que entran a la escuela. No pueden leer otros libros que los indicados en el programa (porque eso los llevaría a “la subversión”), ni formar grupos en los recreos: como los presos, tienen que caminar todo el tiempo, bajo la estricta vigilancia de los bedeles, formados y entrenados por la maquinaria policial. “Son cuadros del mañana”, dice Gutiérrez, que “servirán a un poder militar perpetuado a través de la apertura hacia la democracia autoritaria”. En el país de Artigas, de José Pedro Varela.

Es como mucho, hasta para uno, que si viene a esta página es para hablar de la esperanza. No la pierdo, es cierto. Pero, a veces me entran ganas de pegar una aflojada y repetir cierta frase que guardo en la memoria: “Mozo, chapá la Vesubio y servite una amarga”.

Es solo una marca de bebida. Y un sabor.¹²

¹² La caña amarga es una especie de Campari, con más graduación y un sabor más recio. Para iniciados, digamos. La frase es de un anuncio publicitario.

XII

Don Homero

Denuncia, julio de 1980

Vamos, don Homero. La vida es un repecho, ya se sabe. Para usted, para mí, para cualquiera. Pero es triste quedarse. Y más triste aún hacerse a un lado.

Cuántas veces. Digo bien: cuántas veces. En esas noches largas de Buenos Aires; en esos amaneceres lechosos que enfrentamos con los ojos cargados de sombra y las solapas de caspa; en esas tardes grises como el desaliento, pesadas como la desgracia, no habremos dicho: “Ma’ sí, qué se va a hacer, paciencia...”. O bien, como Vallejo: “Que se lo coman todo y acabemos”. Y, sin embargo, no. Sin embargo, se lucha, don Homero. Se buscan nuevos caminos, como hizo usted. Y se aprende.

Porque usted era un lince, no hay que olvidarlo. Mire que haber catado ya en el treinta a “ese joven Frondizi, especialista en tribunas oscuras y en salidas tangenciales...”. O haber deschavado “la mentira de una prosperidad que solo consta en los balances del Puerto” (como ahora, don Homero, como ahora). Y más aún, haber

llegado a conclusiones como esa de que “hay que defender al colono contra el monopolio, y al peón contra el monopolio y el colono”. La pucha. No podía ser ningún gilito, para verlas así.

Profesor renunciado, activista encanado por el uriburismo, usted gustaba verse como “reconquistador en 1807, libertador en el 10, montonero en el 30, confederacionista en el 55, revolucionario en el 90...” e yrigoyenista todo el resto del tiempo. De Perón decía: “Mientras siga así...”. Y se bancó hasta el raje del partido, por no salirse de esa. En el mismo partido que allá en el treinta y tantos levantó la abstención (o sea, la actitud de no convalidar elecciones fraudulentas acudiendo a ellas) y después, ¿qué iba a hacer? “Apoyar una a una las leyes del coloniaje”... tal como usted lo dijo y lo cantó. Tal como pinta ahora, igualmente, el juego de marionetas de un presunto diálogo: el viaje tierno y conformista hacia una democracia pasteurizada.

- - -

Es fiero ver que una advertencia se cumple, don Homero. Y más fiero todavía ver cómo fracasan los mejores intentos: cuando Lisandro claudica en el chumbazo, porque ya no da más; o cuando FORJA se juega “el tres y don de la parada inútil”, pues otra cosa no le queda; y usted recuerda, en un raptó melancólico, esa confesión personal de don Hipólito ante sus asombrados ojos de muchacho: “Vuelvo a la presidencia por mi Ley del Petróleo, solo por eso”. Y ya el petróleo, como todo, desde el Banco Central hasta los colectivos, estaba regalado, muerto, ajeno. Regalado al vil precio de los malanfios que corrían entre pecheras lustrosas; muerto para generar riqueza y oportunidades, vida vivible, al conjunto del país; ajeno ante las propias narices de la gran comunidad que tenía a buen orgullo reivindicarlo como propio. Pero así se dio el juego, don Homero; así resultó la amargura que le tocó bancarse a una generación que fue la suya.

- - -

Sus amigos decían: “Homero se dejó caer, se entregó a la bohemia, a la noche porteña...”. No era así, por supuesto. Cansado y todo, usted luchaba. Había dejado la política de la política, para emprender otra cosa: la política de la cultura. Y lo hizo tan bien, tan finamente, que nadie captó el juego: entre los astutos, digo; entre los advertidos. Se saltó al rango y mida las prevenciones culturales. Se la enchufó hasta el mango a los sabiondos, a los gestores de un populismo con esquemas; y también, por supuesto, a los delicados custodios del sistema (directores de escuelas y teatros oficiales, de suplementos donde escriben exquisitos viajeros, de ateneos donde se pronuncia en perfecto alemán la palabra *unheimliche* para hablar de un horror que jamás fue sentido).¹ Ya estaba en esa línea usted, de algún modo, cuando buscaba el modelo en Carriego y los payadores, cuando atacaba —al mismo tiempo— los engendros tipo “Chispazos de tradición”² y postulaba sus propios recuerdos de Añatuya (Añamía, por el afecto) como exponentes de autenticidad. Estaba en eso cuando rastreaba con Piana los orígenes de la milonga y el candombe negro; y fundaba una editora de música, para oponerse a los trusts; y ponía en marcha Artistas Argentinos Asociados, con miras a hacer un cine verdaderamente nacional. (El revisionista histórico que había en su alma habrá sufrido mucho al escribir “Su mejor alumno”, con la famosa historia de Sarmiento y Dominguito, o al abordar “La guerra gaucha” a partir de Lugones;

¹ Por *unheimliche* definía Freud lo extraño, lo inusual, lo que quiebra sutilmente una realidad habitual, como una sombra que oscila cuando la luz está quieta, o una voz que susurra donde no hay nadie. Se ha traducido hasta ahora como **lo siniestro**, que significa en realidad “de mal presagio” (“lo funesto”, según apunta M. Moliner entre otros significados). Melville y Kafka encuadran más en esta línea que Poe, Maupassant o Quiroga, quienes acceden a **lo espantoso, lo tremendo**. A unos y otros los queremos cerca nuestro, por estremecida aproximación, y no en los perfumados salones de referencia.

² Programa muy popular en los orígenes de la radiofonía argentina.

pero, como explicó Jauretche alguna vez, “mejor era hacer eso que no hacer nada”. Y vaya si fue mejor).

Usted fue un militante todo el tiempo. Y ese militante es el que llegó al ministerio, decantado y profundo, de “Sur” y “El último organito”, a las funambulescas disquisiciones de “Che, bandoneón”, al intimismo casi decadente de “Ninguna”... El que podía pensar, en su momento: si esto es poesía, hemos vencido. El que venció, finalmente, porque eso era poesía y tuvo para nosotros —tiene, siempre tendrá— un valor de afirmación mucho más grande que cualquier enunciado. Y en eso consistió la sutileza, la astucia con que instrumentó —de una manera inapelable— su fina y decantada política cultural.

- - -

Veamos un caso: el de “Malena”.

María Elena Torterolo, hija de un cónsul español, había nacido en Argentina, pero vivió algunos años en Brasil, donde usted la oyó cantar —en San Pablo, exactamente— cierta noche de tragos y de nostalgia. Se deslumbró con su estilo; se regaló ante la magia, inexplicablemente cruel, que destilaba en sus canciones. Y le hizo ese tango, su tango, que iba a estrenar Fiorentino allá por los comienzos del 42.

Ella salió en gira. Se casó en México con Genaro Salinas, un cantante melódico, discreto y sobrio, de muy recia presencia, al que llegó a escuchar en su momento. Enviudó joven. Y, para ese entonces, ya había dejado de cantar: esto ocurrió desde el día en que escuchó ese tango, su tango y se encontró ante el miedo de no estar a la altura del mito que, sin querer, sin saber quizá, había gestado.

¿Son cosas, no? Son demostraciones de que algo pasa, cuando la gente define su existencia por razones de tangos y palabras.³

En cualquier otro caso —y usted lo sabe bien, porque vio muchos— ella se hubiera lanzado a conquistar América como “la auténtica Malena”, habría gastado su nombre y su leyenda en contratos rumbosos y miserias de alcoba, habría terminado haciendo un film como mamá de algún Chico del Clan, alentándolo a cantar, por si esto fuera poco.

Despacio, don Homero. No estamos solos, como ya se ha visto. Hay tiempo.

Usted no sabe, no se imagina quizás, cómo hubiéramos querido todos tener esa película que se quedó en veremos. ¿Sabe cuál? Aquella en que los próceres vuelven del pasado “y un niño escuálido le dice a Sarmiento que murió de hambre y frío en una escuela que llevaba su nombre” y a San Martín un viejo y cansado periodista le cuenta que a su hijo lo asesinaron por luchar contra el régimen. ¡Qué sacudón, don Homero! ¡Qué cachetazo en la jeta de unos cuantos! ¡Y qué vigencia! Porque hoy, más que nunca, “el alma está en orsai” en la Argentina. ¿Me entiende? Se vive un tiempo loco, un tiempo de alienación y entrega, de destrozo.

El ispa está “embalao en la locura del dolor y la amargura”. Pero, la historia no acaba, como no acabó entonces. Por eso es que hay que darle. Hay que seguir. Sin prisa, don Homero. A tropezones. Como sea. Aún falta un trecho. Largo.

³ Leímos la historia de Malena en: *Así nacieron los tangos*, Francisco García Jiménez, Editorial Losada, Buenos Aires.

XIII

Se están moviendo

Denuncia, agosto de 1980

—Guarda al hilo —me dijo R. M. —Ya se largaron al exterior.

—¿Y eso?

—Comenzó la campaña en el tercer frente.

Hay un primer frente, que es la guerrilla, **la subversión**, los réprobos o como cuernos acostumbran a llamarlos las fuerzas represoras. Un segundo frente (primero en importancia) que es la población en general: hay que mantenerla amedrentada, oprimida, lenta para reaccionar históricamente (porque esa reacción siempre se produce), sumida en la evocación del cuñado muerto o el primo **desaparecido**. Y un tercer frente, que es el del exilio, el de las **campañas antiargentinas** desde el exterior, aquel en que la omnipotencia de nuestros vándalos se choca con un hecho inevitable: no están en casa, no pueden ejercer pisonamente la delincuencia oficial. Salvo donde los dejan.

Lo cierto es que el secuestro de Montero Ruiz, a principios de junio, demostró que algo pasa. La autoeliminación de su yerno, Jorge Cedrón, también.

—Jorge o “el Tigre”, como lo llamaban familiarmente, era un muchacho muy depresivo —me explicó alguien—. Pero, últimamente

se sentía **demasiado mal**. Lo seguía por todas partes el “Gordo Pablo”. En la sede policial francesa lo estaba esperando gente de la Embajada, que había ido a interesarse afablemente por su caso...

En suma: lo venían apretando. La convicción de estar solo y poder poco hizo más grave ese aprete. Lo demás corrió por cuenta del dolor, la angustia, las viejas depresiones, según parece... Porque Jorge, pibe pintón, talentoso, atrayente, miembro de una familia que de la nada sacó un laborioso clan: flor y nata del reaje con espíritu, Jorge —repito— era, en el fondo, un tigre de blando y carcomido corazón.

El *Gordo Pablo* o *Pablo el de cine*, Pablo Szir o Pablo Szyr en realidad, fue dado por muerto en su momento. Un día se apareció en los estudios Alex, con dos o tres **pesados** de compañía. Temblaron hasta las baldosas. El saludaba cordialmente a todos, con un aire campechano y de predominio; y así como llegó se fue, llevando tal vez las latas de su películas sobre los hermanos Velázquez, filmada cuando era un profesional militante.¹ Dio, desde entonces, motivo a dos leyendas: una, que no cantó a nadie de los que estuvieron cerca de él, trabajaron con él o conquistaron su afecto alguna vez; otra, que —incluyendo o no a los anteriores— tenía unas doscientas delaciones en su haber: casi tantas como el *Gordo Alfredo* de la ESMA² y algunas

¹ Hermanos Velázquez: exponentes de la resistencia popular en Santiago del Estero y El Chaco. Murieron peleando, según indica la canción, en un lugar llamado “Pampa Bandera”.

² Alfredo Bursalino, empleado del SUP (Sindicato Único de Publicidad). Siendo afiliado a ese sindicato, lo conocí por fuerza; varias veces mis hijos fueron a los campamentos de vacaciones que él organizaba. Robusto y más bien de baja estatura, daba el tipo de criollo simpático; siempre ocurrente y siempre seguro del terreno que pisaba o de las verdades que lo respaldaban (demasiado seguro, para mi gusto). Una vez en manos de la ESMA, se convirtió en supremo delator; integró el mini-staff (equipo de máxima colaboración); votó la eliminación de su propia esposa, cuando esta llegó al lugar un año más tarde; fue el único prisionero con derecho a barraganía, que consumó con una tal Pety (también integrante del mini-staff) con quien sobrellevó un odio recíproco. Temblaba ante Pernía,

más que la Gorda Camps (todo entre gordos, iba eso) que cumplió su feroz campaña a favor de la muerta en La Plata e intermediaciones, cuando llevaba años como viuda de un mártir de Trelew. Según comentarios de sobrevivientes, Pablo usaba uniforme, participaba en operativos de **chupe** (es decir, secuestros, desapariciones), les hacía el bocho a las prisioneras para ver si alguna se entregaba, apacible y sumisamente, a la inepticia sexual de un represor.

—Así te vas salvando, ¿entendés, piba?

Estaba al servicio del regimiento de Tablada, pero un exprisionero me contó que lo tuvo a su lado, durante un par de noches, en un pozo que debía estar por City Bell: se lo habían puesto ahí para que ganara su confianza y le sonsacara cosas, antes, después o al margen de las habituales palizas e interrogatorios. Otros **chupados** se las ingeniaron para advertirle a mi amigo que se cuidara. Este no tenía mucho que decir, pero ese poco lo calló... ante los verdugos y ante el ocasional vecino de colchoneta.

De cualquier modo, fue en el mundo del cine donde causó más estragos el temor de lo que pudiera hacer o decir Pablo. Yo, por ejemplo, que en el 46 trabajé de extra en una de Serrano con Blanquita Amaro. ¿Cómo sé si desde entonces no me tiene marcado este gordito cabrón?

Tras el oscuro incidente parisino (pregunta: ¿qué estaría haciendo Lanusse en Buenos Aires, para que ellos lo apretaran a Montero en

pero hacía temblar a su vez a los restantes prisioneros. Pasó por su momento de mayor angustia al no poder entregar a Lu, su mejor amigo en los tiempos de militancia. La historia es esta, según me la narró una exprisionera: Alfredo iba por Liniers en un colectivo, cuando detectó a Lu en una esquina. Se bajó de inmediato, no para ir a saludarlo emocionadamente y advertirle del peligro en que se hallaba, sino para llamar a la ESMA y convocar a una patota lo más pronto posible. Cuando esta llegó, Lu ya no estaba. Por más que volvieron en sucesivos días, no lo pudieron hallar. Lu (morenito y alto, asumiendo ese apodo por su parecido con Lumumba) jamás cayó, según creo. Nunca vi su nombre, que empezaba con Q, en la lista de los victimados. Fue compañero mío, durante varios años, en una empresa de publicidad.

París?) se divulgó la atroz, espeluznante historia de los secuestros en Perú. Playa Hondable: América ya tiene otro nombre para su geografía de la vergüenza. Hubo complicidad del Ejército peruano. Y hubo, por cierto, un fracaso más en el historial de Galtieri, a quien ya podrían llamar “el general Catrasca”, por el nivel de acierto en sus gestiones.³ En vez de quince víctimas, se quedaron con cinco; en lugar de una secretísima operación, tipo comandos, solo hubo una monigotada sangrienta, de la que se enteró el mundo en pocas horas. Una de las víctimas, Julia Inés Santos de Acábal, fue suplicada como Tupac, solo que con automóviles en lugar de caballos. Y la comunidad exiliada, activa o no, a la que quisieron tomar por sorpresa, ya sabe que **se están moviendo** y que la mejor defensa es armarles un escándalo de proporciones ante cada atropello. ¿Me quieren decir, en términos políticos y militares, cuál es el resultado —para ellos— de este operativo genial?

- - -

“Como el hambre y la muerte, cumplen su menester”, diría Cendrars. Como el hambre y la muerte, lo cumplen mal, porque fracasan donde no las tienen todas consigo; retroceden en cuanto la solidaridad recupera aliento; claudican en el instante mismo en que la justicia asoma su luminoso hocico, en que renace o reverdece la esperanza humana. Forman ejércitos, cuerpos armados, que no sirven —que nunca servirán— para el combate: solo para la represión.⁴ El terrorismo de Estado que ejercen deja de ser **terrorífico** cuando deja de ser **de Estado**. Y pueden secuestrar a su propio embajador en Venezuela, cuando este vuelve a la Argentina; pero no se animan a tocar, en territorio venezolano, a un empresario argentino por el que sienten un largo encono y al que sueñan con enajenarle fuertes recursos. Dos agentes que enviaron para el caso

³ Opinión dada en 1980, es decir, antes de los “sucesos” de las Malvinas.

⁴ El empresario era Julio Bronner, antiguo dirigente de la Confederación Económica Argentina. Encargado del fallido chupe fue Pernía, alias *Rata* o *Trueno*.

subieron y bajaron con él en un ascensor. Solos. No obstante, se volvieron con las manos vacías: tenían miedo.

Sus agentes toman copas en Madrid, París y Roma. Pagan con dinero público el amor tarifario, en la “costa Fleming” y la 42. De vez en cuando, para justificar el sueldo, le pegan un tubazo anónimo, amenazante, a cualquiera. Y vuelven a su trago abotagado, a su vaso de whisky caro y malamente bebido (yo, que soy poco amigo de los abstemios; yo, que siempre advierto: cuidado, la sobriedad uno sabe dónde empieza, pero no dónde termina; no dejes para mañana lo que puedas beber hoy; en fin, yo que entre todos los perfumes prefiero el de una botella recién destapada, no tengo palabras para expresar la repugnancia que me causa el alcoholismo de un hombre envilecido). Consciente de que sirven para poco, la Junta Militar manda a veces enviados especiales, para cumplir tareas especiales. Y resulta que también fracasan: después del asunto Valenzuela, “alguien” se ocupó en México de atender a los tres pesados de la Patota Galtieri (o “Catrasca”). Les hizo dar tal biabón que quedaron tirados por el piso. Y llamó al embajador, para decirle:

—Por esta vez, se los devuelvo así. La próxima será en una caja de veinte por veinte: convertidos en cenizas.⁵

“Cada muerto, un nuevo Letellier”. Me tocó decirlo en un coloquio de exiliados que hubo en Madrid. Pero, esto significa varias cosas: primero, que el exilio es un riesgo, un compromiso, y no una aliviada (lo cual, como las lentejas, o se toma o se deja); segundo, que es así porque a ellos **les preocupa**, como les preocupa toda actitud no entregada, no gris, no melancólica; y tercero, que a causa de esto se están moviendo. Mal.

⁵ En realidad, no fue el embajador sino el agregado comercial quien debió acudir, en hora desusada, al despacho del entonces canciller Jesús Reyes Heróles. Para el relato completo del caso Valenzuela, ver *Recuerdo de la muerte* de Miguel Bonasso.

XIV

Colombres

Denuncia, septiembre de 1980

Esto no ocurre siempre. Llega el sobrecito con la invitación y uno se anota, urgentemente, en la agenda infalible de la memoria: día tal, no dejar de ir a ver la exposición de Colombres.

Yo le rajo, más bien, a eso que podríamos llamar *eventos artísticos y culturales*. Me va mal en ellos. Empiezo a meter la pata; después no la arreglo, ni con ayuda.

Cierta noche, durante una *party* en Nueva York, me presentan una señora rubia, alta, con aire de profesora inglesa o norteamericana. Yo pregunto: “¿Habla español?”. Resulta ser la esposa de Víctor Jara.

Otra vez, en Buenos Aires, me caigo por un estreno del teatro San Martín. En el entreacto se me acerca un tipo. “¿Qué tal... cómo la ves?”, me pregunta. “Como el culo”, respondo. Y empiezo a argumentar contra la obra, la puesta, los actores y —en especial— el lenguaje en que está vertido el texto. “Es el lenguaje más artificial y pedante que escuché en mi vida, desde un escenario”, digo. Veo que el individuo se aleja, con una sonrisa fría entre los labios. Es el traductor.

Llega el día indicado y, aún a riesgo de soportar mis propias tonterías, me sumerjo de cabeza en la inauguración de Colombres. ¿Cómo no voy a estar allí?, si es uno de los tipos más hermosos que conocí en estos años del exilio.

- - -

La relación empezó con un Coloquio organizado por el PSOE (Partido Socialista Obrero Español) y la Fundación Pablo Iglesias (lógicamente, vinculada al mismo). Yo había sido designado *a priori*, nunca sabré por qué,¹ como informante de una de las comisiones. Colombres apareció, de inmediato, como figura principal del “sector crítico”.

Esto merece una explicación. Los compatriotas “madrileños” estamos agrupados en dos entidades: el Centro Argentino y la Casa Argentina. Todos los matices políticos se ven en una y otra, o sea que la separación no es ideológica. Pero ¿qué clase de argentinos, qué clase de izquierdistas y de exiliados somos, si no empezamos por dividirnos? Como yo soy Casa y Colombres es Centro, es fácil suponer que se iniciaba una batalla campal al momento de salir a exponer públicamente nuestras cuestiones. Pero, Colombres viene, escucha el borrador y dice “eso está fenómeno”. Se aguanta, inclusive, cuatro o cinco lecturas más, convenciendo a este y aquel de que no estamos llevando agua al molino de nadie, sino al de todos, cuando planteamos las cosas de un modo abierto y sincero, y que es así como deben encararse estos asuntos. El divisionismo perdió por goleada esa vez, y no pidió revancha. Nació, al mismo tiempo, una limpia amistad.

- - -

¹ En realidad, sí, lo sé. Y lo sabía ya entonces. Viñas me había mencionado ante Ignacio Sotelo, secretario cultural del PSOE, durante un encuentro que tuvieron en Alemania. Sotelo me convirtió en orador de una comisión, sin esperar a que esa comisión elija a su expositor. Yo me aferré a esa designación por no dejar ese espacio a favor de algún epígono del mensajismo literario o del verticalismo cultural: lo que siempre saber que deben hacer los escritores, los poetas, los pintores...

Colombres coincidió con esa actitud, defensiva de la volición personal y los mecanismos subjetivos, dentro del compromiso, y de ahí surgió la entente en que nos afirmamos.

Recordaba su historia: una pintura fuerte, una mano agresiva, frente a los tiempos que se iban viviendo. Tenía presente el escándalo, en la época de Lanusse, por el cuadro de la picana con que ganara el Gran Premio Nacional. Sabía que algún viaje a Chile y a La Habana, invitado —naturalmente— por Casa de las Américas. Conservaba la imagen de un artista frontal, pero no panfletario: fuerte, pero no enunciativo: capaz de conmover al más indiferente, pero ajeno al propósito de convencer a nadie. ¿De qué debe convencernos un poema de Rilke, un tango de Cobián, un rosario toba hecho de madera negra, o una columna griega? De nada: en nosotros está el persuadirnos, el hacernos cargo, el reflexionar. En el artista y su obra está solo el empeño de acumular transparencia sobre transparencia, percepción sobre percepción, agonía sobre agonía, sueño sobre sueño, hasta evidenciar que la vida es de pronto lóbrega y de pronto esplendorosa.

- - -

Lo dice Colombres, en su autopresentación: lo suyo es “descubrir otros misterios”, expresar “la alegría y la plenitud de vivir”.

En sus cuadros late “un sentir constante, directo y hasta físico, de la enorme tragedia argentina de estos últimos tiempos”; pero, también, se hace visible “este ser contradictorio y conflictivo que se llama Ignacio Colombres” ... el mismo que “ni siquiera sabe lo que hay que hacer”, pero sabe muy bien “lo que no hay que hacer, lo que es antihistórico, lo que pretende ser vanguardia, pero apesta a arcaicas y caducas teorías del arte”.

“La alegría y la plenitud de vivir” consisten, entonces, en trabajar con “lo visceral”, con lo removido que hay en nosotros mismos, con el horror que nos habita y con el sentimiento de estar viviendo un tiempo despiadado. Habla de sus amigos, “baleados, tirados en un foso, **desaparecidos**” tal vez para siempre; recuerda a uno, Calabrese, que murió en el exilio (de tristeza, como don Quijote) después de haber pasado por las cárceles argentinas. Y se pregunta:

“¿Qué significa todo esto en un catálogo de pintura?”. Muy sencillo: significa **todo**.

Sus figuras son quietas, tristes, aletargadas. De pronto, las recorre un furor tenso, es el furor de Colombres, frente a las cosas que ha visto o sabido. Son feas, porque “lo feo puede ser hermoso, lo bonito jamás”, según decía Gauguin (o dicen que decía). Están ahí, mirando hacia ninguna parte, “como apacibles bestias que cuidan el olvido” (lo que suena a Neruda); plantadas un gesto mínimo, en un parco rechazo de su propia condena, de esa condena inexplicable que les ha tocado.

¡Cucha! ¿No has visto un mate que pasa de mano en mano? —Es Eduardo Bonati quien lo dice. Chileno, amigo, pintor, y sabio como pocos en la materia.

Por supuesto que sí.

Desde que él me lo dijo, empecé a verlo. “Esas figuras son de Buenos Aires; pertenecen al mundo del brasero y la pava”, me recalca, “son excelentes oidores, conversadores noctámbulos...” (hay que ver lo que es Bonati, asociando ideas y soltando cosas, ante una obra que le gusta). De acuerdo, respondo; pero también son pasmados, silenciosos testigos de algo que jamás debió ocurrir, portadores de ausencias que nunca se mencionan, calladas víctimas.

Amargamente, coincide.

Así como uno respondió al llamado de la tarjetita, también lo hicieron los demás. Hubo figuras y figurones, “de paso desde Buenos

Aires” o “de paso para Buenos Aires”. Muy, pero muy de paso. Celebraban encuentros. Armaban unos batifondos de la madona.²

En medio de ese trajín, que cubrió una calle, de esquina a esquina, le pregunto a Colombres:

¿Por qué hiciste vos mismo la presentación? Cualquier amigo podía haberse ocupado, metiendo algunos adjetivos que venían al caso y que así se quedaron en el tintero...

Él se ríe.

Es lo que no quería, precisamente: adjetivos.

Pero perdiste, Ignacio; yo te lo pongo igual, en esta página que es mía y que ni mentir me deja. **El noble, pulcro, intenso, profundo y entrañable** Colombres mostró su obra en Madrid. La **conmovida, fuerte, densa, cálida** honestidad de su pintura se hizo sentir en quienes la apreciamos y la compartimos. Su grave, y bella, y tierna, y cruel, y simple, y complejísima percepción del hecho artístico, venció fronteras, superó distancias, hizo visible lo invisible en este tiempo despiadado...

² Eran tiempo de la “plata dulce”. Los exiliados recibíamos visitas inesperadas o nos enterábamos de alguien que pasó evitando encuentros que podían resultar triste o incómodos.

XV

Formosa

Denuncia, noviembre de 1980

¿Por qué Formosa? ¿Por qué hoy, en esta exacta noche madrileña, con esos coches por la calle, este silencio largo en una casa vieja, frente a estos papeles y estos fasos, vengo a acordarme de Formosa, precisamente? Tal vez, porque el verano llega o se va de este hemisferio ajeno, y unos calores recuerdan a otros. Tal vez porque hay días en la que la sed crece y ya no se calma con una “cubata” (nombre corriente español de “Cuba Libre”), ni con una horchata de chufas (que jamás probé: a ver si eso se mezcla con la sangre), ni siquiera con un jerecito bien fresco, tan noble y espirituoso (tan lorquiano, caramba)... sino con un buen trago de agua corriente, impregnada en lapacho: el agua que se bebe en las largas siestas formoseñas, y no tiene un sabor especial, pero lo tiene, y cura enfermedades que ni usted ni yo sufrimos nunca.

Viajé dos veces a Formosa. Pisé la *huella del indio*, al parecer: esa huella que el que la toca vuelve, inexorablemente. Dejé algo grande e importante allá: mi corazón lanzado a la aventura, como una especie de Garibaldi sin huestes ni proclamas, sin pendones al viento, sin sueños de redención; pero sí, enfrentándome a sombras que

se alzaban con la magnitud del quebracho y que había que mirarlas, desde abajo hacia arriba.

—América Latina empieza, verdaderamente, en el Chaco —me lo había dicho, tiempo atrás, un gallego que la anduvo (alto y serriote, parecido a Fidel Castro, recorría con especial dedicación las zonas portuarias y las calles con burdeles. Las propuestas de amor le salían al paso. “Si me haces lo que en mi pueblo, voy contigo”, respondía él. “¿Y qué te hacen en tu pueblo?”, inquirían las muchachas, con razonable inquietud. “Pues, me fían”. Con la sonrisa en los ojos, ellas desechaban el asunto, pero le brindaban una amistad franca y segura).

Yo coincidí con él, en su visión de América, en cuanto llegué al norte: allá por el 58. Era redactor de un noticiero y me enviaron para cubrir —a título de curiosidad— la información sobre las elecciones de Constituyentes. Vi votar a los indios, con la misma apatía que tenían para todo: como quien cumple algo impuesto y sin esperanza de que eso modifique, para nada, sus vidas. Vi a las tribus errantes de chiriguano, viviendo al descampado, con tres palos por pared y techo, y unos cueros cosidos del lado que más sopla el viento o arrecia la tempestad. Vi los pechos caídos, como láminas sin vida, de sus mujeres; y los labios vaginales colgando como belfos hasta las rodillas. Mis acompañantes explicaron eso en términos científicos; yo solo puedo hacerlo en términos de indignación y tristeza. Los tobas y maticos, menos resignados o más levantiscos que los anteriores, iban de vez en cuando a protestar por su destino. Y los ministros de la *libertadura* los echaba a empujones, porque “tampoco se puede aceptar que vengan con insolencias”.

—Claro.³

³ La historia es esta: durante la época de Perón le habían dado a cada comunidad que quisiera organizarse un pedazo de tierra (es decir, su antigua tierra, ahora oficializada), más un tractor, un camión y una cantidad de bolsas de semillas.

^{Para} desgracia de los indígenas, les habían dado también un administrador, que... ¿qué hizo? Vendió la primera cosecha y se esfumó con el dinero. Los indígenas protestaron,

Un oficial naval, que había ido como veedor de las elecciones, se alarmó ante nuestras andanzas.

—¿Ustedes no van a filmar esa porquería, verdad?

—Ya la filmamos.

—¡Pero, eso es horrible!... No pensarán mostrarlo por televisión.

—Lo horrible es que exista, no que lo mostremos.

Se quedó rumiando ideas turbias, con respecto a los indios, a nosotros y a todos los peligrosos infiltrados en los medios de difusión. Recuerdo que, con la gente del lugar, lo habíamos apodado "*Cara de huevo*", por lo precoz de la calvicie, los ojos abotagados y la doble papada en que naufragaba su oscilante cabeza. Vaya a saber qué andaré haciendo *Cara de huevo* hoy en día; en qué Peugeot 504, incautado por la ESMA, estará paseando la yema de su indignación;⁴ a qué cesta lo mandó el omnipotente dedo de Massera, en la patriótica empresa represora.

- - -

Pasaron diez años desde aquel viaje. El director H. S. (cambio las iniciales para no fusilarlo) me llama un día:

—Quiero hacer una película sobre los comienzos del Che.

—Casi nada.

a través de sus propios líderes, que eran los escasos elementos bilingües. Nadie los atendió, ni en esa ni en la posterior administración. Cuando yo pasé por ahí, el camión estaba sin ruedas y el tractor hundido en la tierra, de tanta inmovilidad. Ellos mordían su impotencia, al no conseguir un crédito, un estímulo que les permitiera arrancar de nuevo; y el ministro libertador que manejaba la Hacienda de la remota provincia los echaba a gritos de su despacho, porque se ponían insolentes, según me dijo al entrevistarlos...

⁴ A los rotativos de la Escuela de Mecánica de la Armada los iniciaban en la clandestinidad oficial mandándolos a robar coches, según testimonio de los prisioneros sobrevivientes. Esos coches debían ser, con preferencia, marca Peugeot y modelo 504... porque le gustaban al Tigre Acosta, jefe del Grupo de Tareas. Disponía unos diez o doce para su uso personal, todos obtenidos de este modo. Algunos se utilizaban operativamente, o bien quedaban a disposición de la patota. Con respecto a los rotativos ver nuestro artículo sobre los chupados en el presente volumen.

Él me explica: cuando el Che se largó a buscar América no sabía lo que iba a encontrar. Ese avanzar a tientas, ese encuentro con la injusticia a partir del misterio, es lo que a S. le interesaba. Y la cosa no era trazar la biografía del Che en sus primeros pasos, sino recrear de algún modo esa experiencia, dándole pautas al espectador para que se fuera apiolando, para que fuera atando puntas y coincidencias, como hace Páez con la muerte del sargento Cruz (un bellissimo grabado) y como ha hecho todo el mundo tantas veces, en estos tiempos de acentuada simbología.⁵

Cachamos un avión (¡que distinto de aquel DC6 que actualizaba, usado la primera vez!) y nos fuimos para allá: a buscar un camino equiparable, pero no idéntico al de Guevara. Ya no estaba el Gordo Witis, para recibirnos.⁶ Tampoco aquel flaquísimo vendedor de billetes, sobre quien escribí en ese entonces que “ofrece a los demás una suerte que él no tiene”. Ni ese muchacho, corresponsal de *El Territorio*, que soñaba con triunfar en Buenos Aires. Ramírez, según creo. En cambio, sí, encontramos el viejo Hotel Ideal, con sus ceniceros de lata, marca Cinzano; la confitería Cabildo, con sus largas tenidas de ajedrez y el cantinón de los paraguayos, donde se comía una milanesa de cebú, tan machacada y compuesta, que parecía propiamente de Aberdeen angus. Partimos para Clorinda, ya sin *cachiveos* por el Pilcomayo,⁷ ya sin el esplendor del contrabando hormiga, pero siempre con gendarmes amenazantes... La tierra, roja, gredosa, nos hizo de las suyas en los días de lluvia. Pero,

⁵ “Cualquier cosa es texto”, se quejaba un observador, y “todo es un símbolo de todo” apuntaba otro, en aquellos años sesenta. Entre la hojalata y las frivolidades de una caudalosa “experimentación”, se estaban ampliando —quíerese o no— las posibilidades de un universo expresivo.

⁶ Corresponsal de *Clarín* en la capital formoseña. Ignoro el nombre de pila. Tuve que llegar al mundo anglosajón para enterarme que su apellido se vincula con la idea de chistoso, agudo, despreocupado, como era él efectivamente. Había muerto cuando pasé por Formosa, la segunda vez.

⁷ Cachiveos: pequeñas balsas, en las que se hace contrabando hormiga, atravesando el río. Tienen dos cuerdas, por las que se atan a un árbol o una estaca en cada orilla. El tripulante va tirando de una cuerda, mientras deja caer la otra hasta el fondo del cauce. Así va y viene, en lentos desplazamientos.

seguimos: hacia Comandante Fontana, zona del último malón, que según mentas ocurrió por 1919. Atravesamos pueblos minúsculos y rancheríos sin nombre (no lo tenían). Compartimos un trecho con actores paraguayos de radioteatro, que a mí me parecieron la comparsa de Maese Pedro, pero en versión guaraní. Nos detuvimos en Catáneo Cué, donde supe ganarle un truquito al juez de paz (por pura suerte, lo reconozco, ya que mentí con la verdad y me salió bien). Comimos empanadas de yacaré, en un boliche donde los jabalíes jugaban con las criaturas (o las criaturas con los jabalíes, póngalo como usted quiera). Y yo pude conversar con algún vecino:

—¿Qué hace falta para que esto progrese?

—Dos cosas: gringos y caminos.

—¿Acaso los criollos no sirven?

—¡Qué van a servir!

Los indios son una porquería y los criollos no sirven, allí donde el prejuicio se vuelve contra los mismos que se lo creen. Pues el que hablaba era un criollo.

Entre ocho y diez horas se podía tardar, a lomo y a paso lento, desde Catáneo Cué hasta la frontera, cruzando un monte tan cerrado que ni los carros entraban; lleno de troncos volcados, que cortaban el paso, todo el trayecto. Pero ese era el lugar en que debía perderse nuestro personaje. H. S. no quiso ir, aconsejado por los lugareños:

—Eso no es para ustedes.

Yo me largué, de cualquier modo, picado por la curiosidad o la inconsciencia. Acompañado de un peoncito paraguayo y un estanciero joven, salí a atravesar la gran mancha de palmar y viñales: algo tan conocido para mí como una sopa marciala. Con la camisa Ombú cerrada en cuello y puños; los pantalones metidos en las medias y estas en rigurosas alpargatas; una barra de pelente gastada por debajo y otra por encima de la ropa, también en las manos y el cogote: los mosquitos podían ganar por cantidad, pero jamás por calidad, ante esa enérgica y astuta defensa. Así emprendimos la marcha.

—Bueno, ¿y qué se lee en Buenos Aires? —pregunta el joven estanciero, por darme conversación.

—Borges, Conti, Sebrelli —le respondo (estaba de moda el ensayo de este último, sobre “Vida cotidiana y alienación”; Conti resultaba una estrella ascendente; Borges era Borges).

—Ajá —me responde parcamente.

—También está caminando alguna cosa de Martha Lynch y de Beatriz Guido, que para mí cuentan poco...

—Claro —argumentó él, con ese aire del que entiende.

—Y hay algún título de Cortázar, bien colocado.

—A ese no lo conozco, ¿ve?

De haberse jugado con cualquier otro nombre, le salía bien. Mientras tanto mi caballo se ladeaba, mal gobernado, y me encajaba raspones contra los troncos. El viñal, lleno de púas que medían hasta veinte centímetros, me jugaba batallas con los anteojos. Fue en esa situación y bajo el calor rajante de aquella tarde, que nos salieron al encuentro tres sujetos envueltos en capuchas de cuero, altas y picudas.

—¿Y esos? —dije yo. Ya me sentía víctima del Klu Klux Klan.

—Son los que salvan a los animales.

Arriesgándose a un pinchazo fiero, se metían en medio de esa planta asesina; rescataban vacas, toros, terneros, atrapados en su cárcel de púas. También, llegado el caso, animales silvestres: por cariño.

—Adiós...

—Adiós, don.

En una estancia pegada a la frontera, nos dieron agua y comida. Agua de aguada, opaca y verde, como el mate cocido. Guiso de arroz con cecina: lo único que se come por aquellas latitudes, donde abunda el ganado sin marcar, pero el asado es un sueño irrealizable.⁸ En la mesa se hablaba de armas y enfermedades.

⁸ Solo en una estancia había un grupo electrógeno y en otra una heladera a gas de kerosene. La conversación en frío era ajena al lugar, por ese entonces.

—Al trabuco hay que limarle la mirilla; si no puede frenar en caso de apuro.

Ahí supe que la forma de probar un revólver a tambor es vaciando el cargador dos veces a gran velocidad, un disparo tras otro: primero contra el piso y después hacia el cielo. Si no se trataba una sola vez el arma ya es confiable.

Con el capataz —hombre lento y sentencioso, de gran reciedumbre, pero tocado por un algo triste en la mirada— se dio la siguiente anécdota: él hablaba de curaciones que se hacían con yuyitos.

—Eso es medicina alternativa —dije, por decir algo.—Ah, no sé. Yo lo leí en Paracelso.

Sin darme tiempo a salir del asombro, continuó hablando de asuntos místico-filosóficos y prácticas naturistas. ¡Se sabía de memoria el catálogo de Editorial Kier!

De una galopada llegamos al río, oscuro y sereno, como de aceite. Y de allí emprendimos el regreso, en plena noche. Yo solo tenía una mancha clara ante mis ojos: la camisa del peoncito, que de pronto se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Están arriando las vacas.

Muy distantes, casi irreconocibles para mí, se escuchaban —efectivamente— las voces de un arreo; los mugidos, vagos y confusos, de una hacienda poco dispuesta a ser movilizada en horas tan impropias.

No eran cuatreros: eran los propios estancieros quienes hacían el contrabando, para vender en Paraguay sus reses y reclamar después la compensación, como auténticas víctimas del abigeato.

—Si nos ven, la jodimos.

Sin fumar, sin hablar, sin dar un solo paso, aguardamos que se perdieran a lo lejos. Reemprendimos la marcha. Ya solo nos acompañaban la oscuridad y los murmullos —monótonos, inagotables— de la noche y el monte. Llegamos casi al amanecer, pasador de sueño y cansancio. Sin hambre, pero locos de sed. Pocos

dispuestos al abrazo final y a la sonrisa: yo había empezado a perder la compostura en la última horita, horita y media del viaje; ellos lo comprendieron, pero también se amoscaron ante ese repentino malhumor que les sabía a ingratitud (cosas de puebleros, que no aprende nunca a comportarse en un medio ajeno).

Partí, partimos con H. S., dejando atrás al estanciero, al peoncito amigo, al tendero que nos prestara un par de catres, al gendarme retirado que llevaba años arreglando un camión (siempre el mismo camión, inmóvil bajo las ráfagas polvorientas), al juez de paz que perdió aquel truquito, a la buena señora que nos daba empanadas de yacaré, mientras sus hijos jugaban con jabalíes como si fueran gatos.

- - -

Nunca se hizo la película. Jamás se filmó el guion. El Che sigue saliendo al encuentro de América, día tras días, año tras año, sin que lo expresen nuestras imágenes o lo orienten nuestras especulaciones. Pero aquellos rostros, aquellos nombres y lugares, por algo me rondan hoy en la cabeza: con el cacique Lorenzo, siempre orgulloso y sereno a la hora de discutir con el burócrata arrogante; con Pirané ese lugar poblado de quebrachos imponentes y cuyo nombre quiere decir “pescado podrido”; con la colonia Naik-Nek, donde aguardan su tiempo los vencidos, cuidando huertos eclesiásticos...

Cuando vuelva allí, será porque ese tiempo ya ha llegado; o despunta a su modo sobre la tierra rojiza; o se anuncia, vibrante, como esas tormentas eléctricas que a veces sacuden la región, estremeciendo a hombres y pájaros, fieras y troncos, cargados de una oscura y repentina humedad, si no es así, no quiero, no suelo con pisar otra vez su suelo...

XVI

Los chupados (I)

Denuncia, diciembre de 1980

La cantidad de veces que empecé este artículo le haría agarrar la cabeza a cualquier lector, profesional o no.

—¿Con los años de pileta que tiene este coso, todavía no sabe por dónde largarse?

Es que los años de pileta no aseguran nada, no garantizan nada, no lo defienden a uno para nada, cuando se trata de abordar un tema como el de los **chupados**.

Para cualquiera de nosotros, un **chupado** es un sujeto que se pasó al enemigo, una víctima del meloneo o del terror, que opera unos grados más abajo —o más arriba— que el traidor descarado (o sea, del que se infiltró para traicionar o se vendió torvamente, lastimosamente, por la relativa promesa de una muy improbable sobrevivencia). Para las fuerzas regulares, no: un **chupado** es un sujeto que cayó, que está en sus manos, que ya se encuentra en el **chupadero** o que llegará en un rato a ese recinto del horror donde le ha tocado —o le tocará inmediatamente— vivir la etapa de su humana o inhumana desintegración.

Hay **chupados** duros, en consecuencia, y **chupados** blandos. Hay **chupados** tramposos, que enloquecen al enemigo con datos

falsos, nombres de gente que ya cayó, teléfonos muertos o citas falsas; y **chupados** inalámbricos, transparentes, ansiosos por demostrar que no se guardan nada, que está allí, a la vista, con nombres y fechas, su triste u ocasional vinculación con la cosa. Algunos padecen hasta el final en **la percha, la parrilla o el submarino**. Otros se dejan llevar como **identificadores** en las encerronas y como **marcadores** en los paseos de búsqueda callejera. Allí se juegan aún más su última y más desesperada aventura: la de no ver, no conocer a nadie.

—¿Cómo no viste, hijo de puta, si *Barbarella* fichó a dos?

Los riesgos son muchos, en el momento de simular colaboración y no ejercerla: uno, que haya un batidor real siguiendo los pasos; dos, que un gesto cualquiera lo traicione al **chupado** mientras está bicicleteando la situación; tres, que el sujeto marcapable pegue un respingo o se dé una espantada, al verlo en ese falso taxi o presunto *remisse*, que haga un gesto involuntario o que salga corriendo... En ese caso, los dos estarán perdidos: uno por no **marcar**, el otro por deschavarse...

Dadas las características que tiene la lucha insurreccional, un revés histórico se convierte en eso que hemos visto, que estamos viendo aún: la cacería humana.¹ Ignorarlo es contar la historia de Grosso de nuestra izquierda. Entenderlo, abarcarlo, a costas del dolor, de la inteligencia y la fraternidad más conmovidas, es prepararse para evitar la repetición de estos sucesos (o, al menos, su resultado); es capacitarse para superar tan crueles circunstancias

¹ Es curiosa la similitud con lo ocurrido en España, durante el levantamiento comunero del siglo XVI y la intentona liberal del siglo XIX. Los familiares, amigos circunstanciales, vecinos de los díscolos e insurrectos fueron perseguidos y eliminados mucho tiempo después de haber concluido una y otra gesta. Se castigaba no solo la participación en ella, sino el haberla creído posible, o el haber tenido un acto de conmiseración con los responsables: darles comida o alojamiento alguna vez, por ejemplo. Se instalaba al mismo tiempo un régimen de máxima corrupción y atraso económico, capaz de afectar por siglos (en el primer caso) o por décadas (en el segundo) la vida entera del país.

toda vez que la solidaridad y la justicia intentan asomar nuevamente su hocico luminoso.

—¿Vos sos el que escribió sobre “quebrados lógicos”?

—Sí.

El sujeto era pequeño, de rostro afilado, ojos como águila y que —sin embargo— reflejaban una evidente bondad.² Comencé a argumentar ante él que sí, que, en efecto, yo siempre había pensado que una cosa es estar afuera y otra allá adentro, aguantando las canalladas, los amasijos, las brutalidades...

—Cuando quieras, te puedo contar algunas más.

Me estaba privilegiando de un modo especial, y así lo entendí. Quedamos en vernos cierta noche, en la casa de alguien que resultó ser un amigo común. Después me invitó a su departamento. Y, por último, vino al mío, con su mujer y sus chicos.³ No había nada que ocultar: nombres, datos, domicilios. Hubiera sido al pedo. Y, por lo demás, no hacíamos otra clandestineada que recordar viejos, dolorosos tiempos.

—Yo estuve preso en Devoto, en Caseros y en una cárcel de Tucumán, durante unos veinte años de militancia...

—Ajá.

² Era Martín Grass, alias Chacho, personaje muy bien delineado en *Recuerdo de la muerte*, por Miguel Bonasso. No era “pequeño” como lo pinto aquí por desdibujarlo un poco, pero sabía achicarse —y hasta parecer tímido o evasivo— cuando le convenía. Su magnética personalidad iba surgiendo poco a poco, así como su seguro instinto para manejar situaciones. El encuentro no fue tan casual como aquí se pinta, pero su frase sobre los “quebrados lógicos”, sí, es cierta.

³ Ocurrió una extraña anécdota, en esos días: una niñita que estaba en casa le arrebató un juguete de las manos al hijo menor de Chacho. Este, en vez de agredirla o berrear con furia, mostraba una sonrisa, mientras le caían algunas —incontenibles— lágrimas por la cara. “¿Siempre reacciona así?”, preguntó mi mujer. “Sí”, respondió la madre, “porque Chacho no puede soportar que se lllore o se grite en su presencia”.

—Siempre como “legal”, o “por derecha” como dicen ellos. Cuando caí **chupado** o “por izquierda”, fui directamente a “Selenio”.⁴ Me dice el duque Whamond: “usted está en una comisaría provincial: sabrá que aquí somos duros”. “Ma´qué comisaría”, le contesto, “yo estoy en la Escuela”. “¿Y cómo lo sabe?”. “Porque el oficial, aunque iba de civil, tenía un ancla en el cinturón; y, cuando llegó el momento de arrancar, dijo *proa a la base*”. Es el lenguaje lo que los vende a los marinos. Y el amor por los símbolos. Creo que sonrió. “A usted le dijeron que aquí matamos a la gente, ¿verdad?”. Acepté, haciendo un gesto con la cabeza. Tenía la capucha puesta, las manos esposadas. “¿A cuántos quiere ver, vivos y enteritos?”. A todos los que sea. “Vamos”. No aguanté. Eran tantas voces, tantos rostros —cuando me destaparon—, tantas presencias que venían del pasado y la muerte, tanta emoción junta, que verlos ahí, flacos, sumidos, tristes, engrillados, pedí parar la mano. Vino el *Tigre Acosta* en mi auxilio: “Esto tampoco es una reunión social” dijo, con ese tono que a él lo hacía sentir siempre brillante y oportuno. En ese caso, era cierto.

Algunos prisioneros estaban en “Capucha”, o “Capucha House” (término inventado por el *Gordo Alfredo* para definir el reducto de los encapuchados); otros estaban en pequeños camarotes; y otros más en los sótanos donde aguardaba la tortura. Lo más impresionante era ver cómo algunos convivían con sus delatores, y estos con sus víctimas;⁵ los resistentes con los colaboradores, los astutos con los regalados, y todos ellos con las propias estrellas de la represión: Pernía, Astiz, el *Gato*, *Dante*... para quienes no había ya otro hogar, ni otro ámbito de pertenencia, más que el **chupadero**.

—¿Y la máquina?

⁴ Nombre en clave de la ESMA. El selenio es un metaloide de baja condición, parecido al azufre, buen conductor de la electricidad y que sirve para formar un ácido maloliente. Toma su nombre de Selene (la luna) que es representativa de las incursiones nocturnas...

⁵ No fue el Chacho, sino otro prisionero, quien me relató esta presentación hecha en un reducto militar clandestino: “¿Lo conoces a _____? Es el que me cantó. Buen pibe”.

—Funcaba mucho. Pero, con límites.

—¿Qué límites?

—Los que tiene la imaginación militar: “Batime el posta” (nombre real); “y el enegé” (nombre de guerra); “¿a qué teléfono te reportás?”; “¿cuál es tu cita?”. Punto. A mí me dieron bastante, porque no sabían a qué jugaba y tenían la convicción de que ese cuestionario habitual era escaso; entonces, la ignorancia los impulsaba a más violencia.⁶ Pero, habitualmente, ellos castigan hasta el quiebre; y allí paran.

—¿Qué hacen después?

—Te mandan “para arriba”, a “capucha” que está en el tercer piso, a esperar el traslado, “bueno” o “malo”.

—¿Qué es un traslado “bueno”?

—A otro **chupadero**, posiblemente en el sur.⁷

—¿Y un traslado “malo”?

—Al fondo del Delta, o del Atlántico.

—¿Una liberación es un traslado?

⁶ Acosta le dejó la máquina pegada en los testículos y se fue a atender otro asunto. Un oficial cualquiera que pasó ante la habitación en que lo torturaban se acercó a verlo:

—¿A vos, por qué te interrogan?

—No sé. Dicen que tengo algo que ver con la guita, o con las relaciones internacionales...

—Bueno, hablá, hijo de puta.

Empezó a jugar con el voltaje y a pasearle el aparato por el resto del cuerpo. Habiendo conocido ya la máquina en otras ocasiones, Chacho aplicaba cierta técnica: hablar de cualquier cosa, para estirar los intervalos del castigo. Esa vez optó por extenderse sobre los errores de la propia “Orga”.

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Y... fusilar “por traidora” a la mujer de Ramón. No se ganó nada con eso.

—¿Cuándo la fusilaron?

—La semana pasada. Es público y notorio, porque salieron fotos con el cadáver y un cartel que explicaba el hecho...

—¡Hijos de puta! ¡Nosotros prometimos respetarla y ustedes la matan! ¿Qué se han creído?....

La información convulsionó a la ESMA. De ahí sacó Chacho su espantosa reflexión de que “nos venció un ejército que no leía los diarios”.

⁷ Por ese entonces ya se sabía que no existían traslados “buenos”, pero se evitaba reconocerlo públicamente.

—No. Eso se llama “recuperación”. En vez de una inyección de Pentotal (*Pentonaval*, en el escaso lenguaje del Tigre) te dan una o dos noches de buen morfi, con vino y todo eso. La falta de hábito te descompone, pero aguantás el verso: que ellos no actuaron así por gusto, sino por necesidad... que no quedaba más remedio... y que en toda otra circunstancia “hubiéramos sido amigos, no enemigos”.

—Eso tenemos que seguirlo hablando, negro.

—Tenemos que seguirlo hablando.

XVII

Los chupados (II)

Denuncia, marzo de 1981

—¿Cuántos niveles de colaboración hubo? —le pregunté a mi amigo, el “recuperado”.¹

—Tantos como **chupados** —me contestó.

Quiere decir que los términos eran promediales, solo promediales. Y que los extremos de heroísmo y de indignidad se dieron de manera tan límite como la misma situación que se estaba viviendo...

—Exactamente.

El negro Ricardo² exigía que lo interrogara un capitán. Y, cuando tenía al capitán delante, lo puteaba o se limitaba a repetir sus consignas. Tieso, convertido en un hematoma viviente, destrozado a fuerza de picana y golpes de karate, aún mascullaba:

—Hijos... de... puta... Hijos... de... puta...

En Magdalena o La Plata (no lo sé bien: un lugar de la provincia de Buenos Aires) a un joven guerrillero le aplicaron máquina hasta

¹ La “recuperación de conciencias para el Proceso” fue un proyecto exclusivamente naval. Los oficiales de Ejército no veían en los prisioneros más que un banco de datos; los de Aeronáutica, educados por un bartolero ultramontano—Jordán Bruno Genta—no veían ni eso, lo que ya es no ver nada. A cierta prisionera, esposa de un importante cuadro montonero, le preguntaban sobre su vida sexual durante la tortura. Suponían bacanales por todas partes. Violaban a sus víctimas.

² Ricardo. Había sido entregado por Caín Lauletta, quien se dedicaba a producir documentos falsos para la Marina, a partir del *chupe*.

acabarlo. Cuando se lo llevaban, en agonía, arrastrado por los pies, aún encontró la manera de sonreír y hacer con la mano la V de la victoria.

En Córdoba, una madre se las arreglaba para actuar —pese a todo— como eso: madre de los restantes prisioneros.³ Un buen hombre, también algo mayor, fabricaba a escondidas piezas de ajedrez, con migas de pan; dibujaba en papel dos pequeños tableros: uno para sí mismo, otro para el eventual contrincante. Por un delicadísimo sistema de señales, se comunicaban las jugadas (*caballo-tres-rey, caballo-tres-rey, caballo-tres-rey...* correría el murmullo, de colchoneta a colchoneta a veces a través de prisioneros que ignoraban el juego) y cada partida era un soplo de vida que iba y venía, de manera asombrosa, por el antro de horror, de tristeza y de muerte.

Un hijo mío vio, en Campo de Mayo, cómo se llevaban a un sindicalista para tirarlo a los perros. Y cómo lo traían, rato después. Esos despojos, esas llagas vivientes, no habían perdido su dignidad por el camino.

- - -

Pero, eso no era todo lo que podía verse en los **pozos y chupaderos**. Estaban también los hundidos, los cómplices automáticos, los que no servían ni para víctimas: Pinchevsky, Remondegui y Contepomi, en Córdoba; Víctor o el Caballo loco⁴ en varias provincias y en la Capital (se lo prestaban entre sí las fuerzas represoras); la Pety, Barbarella, Coca, en Buenos Aires...

³ Ver informe de Graciela Geuna sobre el campo de concentración de La Perla (Córdoba), editado en Madrid por la Comisión Argentina de Derechos Humanos [CADHU].

⁴ Su apellido era Suárez, médico de profesión, de cabello crespo y mirada sombría. Una prisionera aseguró haberlo visto practicar un desollamiento, en Rosario, hacia 1979.

Algunos, como el Gordo Alfredo, soportaban un aprete de corto o largo alcance, antes de transferirse. Otros llegaban como quien va a un hotel: con la valija en la mano y las respuestas ya listas.⁵ Las justificaciones, también: “Yo lo hago para acabar con esta sangría, ¿te das cuenta?”. Con la capucha puesta y los grilletes quemando tobillos, se inventaban una repentina lealtad al Ejército o la Marina:

—¡Cayó fulano! —gritó uno con entusiasmo.

—A mí no me alegra la caída de un valiente —respondió Astiz, con esa parca soberbia de los duros de película.

O sea que los dejaban pagando en cualquier momento. Pero, ellos, igual: no perdían el impulso. Participaban en los interrogatorios; apuraban a los demás prisioneros con la premisa de que “hay que poner los dedos” para sobrevivir (hay que ensuciarse las manos, hay que enchastrarse delatando); se desesperaban cuando no podían recordar un nombre o reconocer una cara en las fotos que les exhibían.

—Sáquenme a marcar, hoy tengo palpito —reclamaba Pinchevsky, con ansiedad.

—Negro, esto no es de aquí, a vos te viene de antes —le respondía el milico, que obtenía tanta colaboración sin esforzarse siquiera, sin gastarse, aunque sea en una maquineadita de rutina. Y después comentaba: “Yo no sé para qué quieren vivir estos, si en cualquier momento se pegan un tiro”. Lo que falta es saber para qué vivía él, después de complicarse —y con más responsabilidades— en el mismo asunto.

Si a un titán se lo admira y a un renegado se lo desprecia, ¿qué se hace con todas las categorías intermedias? ¿Qué se hace, digo yo,

⁵ “Ni me muestren la máquina” gritó uno, al llegar, “yo estoy con ustedes...”, e inició su trabajo de colaborador. (Informe de G. Geuna).

cuando se los juzga desde la cómoda situación del que no cayó, del que no pasó por esas y, por ende, no pudo jamás probar su propio comportamiento?

Se llega a una generosa comprensión, propongo, a una fraternidad piadosa que ayude a salvaguardar lo que aún queda, de lo que fue alguna vez un ser humano: no a tirarlo por la borda.

Un caso muy representativo es el de Federico Frías Alberga. Cuando estaba en un **chupadero** del Ejército, evidentemente, no pudo resistir la imposición de ir a **marcar** gente al Perú. Cuando se encontró en Perú, tuvo el valor desesperado de intentar una fuga. A culatazos en el morro lo persiguió un oficial por la calle. Hasta que fue entregado por la policía local y asesinado.⁶ ¿Qué es lo que buscó Frías Alberga de ese modo? Un muy improbable reencontro con la vida y una casi segura remisión a la muerte: única posibilidad que tenía de no seguir **marcando**, de no continuar obedeciendo a aquellos que más odiaba... y único alivio para su conciencia de **marcador** que no quería serlo.

Adentro, los milicos veían cumplida la promesa de la serpiente: eran como dioses.

—¿Y ustedes, flaco?

—Éramos cadáveres con uso de licencia.⁷

Pálidas sombras, seres fantasmales que solo podían abrazarse y llorar cuando se encontraban allí adentro o cuando terminaban un castigo colectivo: correr como locos por un patio, con las capuchas puestas, dándose cabezazos entre sí y contra las paredes, por

⁶ Es impresionante el caso de Frías Alberga tal como lo contó en su momento “Marka”, una publicación limeña de coincidente título. Él logró refugiarse en una comisaría, cuyo responsable le brindó protección: expulsó a los seguidores, haciéndoles notar que no estaban en su país, ni podían hacer allí lo que les diera la gana; tranquilizó al perseguido y le dio garantías por su vida. Poco después, obedeciendo “órdenes de arriba”, debió entregarlo al comando asesino. Sobre esa operación, ver nuestro artículo “Se están moviendo”, en este mismo volumen.

⁷ Definición predilecta de M. Grass.

ejemplo. Al que se detenía, lo castigaban de manera peor o amenazaban con eliminarlo.⁸

—¿Vos tenés hormigas? —le preguntó una piba a su compañero, cuando les permitieron juntarse.

—¿Hormigas? Sí, claro...

—Pero, muchas. Yo digo **muchas** —agregó ella. Y se le quebró la voz: había pasado varios días convertida en un hormiguero humano. A espaldas de ellos, un oficial sonreía. Ambos estaban enfundados, engrillados, esposados, y mantenían esta conversación de cara a una pared.

Años tardaremos en rescatar este anecdotario de la desgracia, este repertorio del pánico y la desesperanza en que se encastró —durante una oscura etapa— toda la estructura policial, militar y penitenciaria argentina, sin excluir servicios de frontera ni guardacostas: toda. Y de punta a punta.⁹ Con sus jefes que repiten a cada paso el absurdo sueño de que “no habrá rendición de cuentas” y sus subordinados que se ofuscan cuando oyen la palabra Núremberg. Porque saben que sí, que habrá Núremberg y habrá rendición de cuentas, que habrá revisión de lo actuado y vergüenza histórica; en suma: que habrá todo lo que tiene que haber... más

⁸ Informe de G. Geuna. A título de entretenimiento, se estilaba también organizar matches de box entre los encapuchados. Con mucho alcohol encima, en las largas noches del **chupadero**, a los oficiales de Ejército les daba por formar parejas casuales y obligarlas a fornicar públicamente. Con grillos, esposas y capuchas puestas, un hombre y una mujer macilentos, que tal vez tuvieran una relación fraterna anteriormente, debían dar ese espectáculo lastimoso a los custodios del “ser nacional”.

⁹ El oficial era García Velasco, alias *Dante*, quien tenía un hermano gemelo en el Servicio de Informaciones Navales. El matrimonio lo constituían un joven de apellido Peralta y la hija de un general retirado. Nuestro relato es de primera agua. En cierto informe que circuló posteriormente, aparece el modo en que *Dante* tomó contacto con la madre de Peralta. Luego de misteriosas e inquietantes llamadas, la citó en una esquina, “cuidando lo que hace, si quiere saber algo de su hijo”. De ahí la hizo llevar a una residencia en las afueras, donde la esperaba con... una espectacular cena, tal vez demostrando lo elegante y caballeresco que puede ser un oficial de la Armada en estos casos. Con el corazón temblando y sin probar bocado, la buena mujer aguardó el final de ese inoportuno vodevil y pidió ser devuelta a su domicilio. No se llevó un solo dato sobre la situación de su hijo ni las posibilidades de sobrevida que este tenía.

esta curiosa, sorprendente, repentina evidencia que ya se dibuja de manera tan nítida como irrisoria: y es que los auténticos **chupados** fueron ellos.

XVIII

Los chupados (III)

Denuncia, mayo de 1981

Dijimos que los verdaderos **chupados** habían sido los milicos, a cargo de la represión. Ahora trataremos de demostrarlo; y con esto se acaba la serie, por el momento.

Hubo milicos entrenados en West-Point o en Panamá. Y milicos que recibieron al Dan Mitrione del caso en sus propios cuarteles. También hubo milicos que “se hicieron” en la práctica cotidiana. Los de la ESMA (o “Selenio”) por ejemplo, se formaron así: a los ponchazos y en tareas tan elementales como secuestrar a Norma Kennedy y Julio Yessi, creyendo que eran unos tremendos enemigos, romperlos a patadas y hacerles confesar sus relaciones con “el mal”. Un prisionero¹ debió explicarles que no luchaban contra una conjuración diabólica, concebida por seres de inexplicable perversidad, sino contra grupos razonablemente organizados, con una práctica política y cultural bien definida, emergente de su análisis de la realidad y en absoluto impulsada “desde el exterior”, como ellos suponían. Un oficial de policía, —el subcomisario Wehber, alias “2-20”— los inició en el uso de la picana eléctrica.² Así

¹ El *Gordo* Alfredo, según se dice.

² Después perfeccionada por alguien de la casa: un profesor, a quien apodaron *Gato Electrónico*... tal vez para diferenciarlo del Gato a secas, González Menotti, oficial del Arma y feroz torturador.

nació la más macarrónica —pero no la menos aberrante— de las organizaciones creadas para aterrorizar a un país.

- - -

Massera buscaba porciones de poder, que solo se lograban —en su momento— con la presencia del Arma en las tareas de represión, o sea con logros en la escalada del terrorismo de Estado. No podía contar con los pitucos del SIN, dispuestos pero melindrosos ante el trabajo sucio y, por lo demás, enemigos suyos. Encontró el personal necesario entre los instructores de la ESMA: gente que no había aprobado ningún curso de capacitación superior, que ni los diarios leía³ y que respondía muy bien a su estilo: simple y astuto, pedante y populachero,⁴ con una historieta de Misterix en el alma... (¡Y pensar que yo las escribía! Mi paradigma en el oficio era Germán Oesterheld, quien terminó en un **chupadero** del Ejército). Confundidos e ingenuos, locos y despiadados, todo a la vez, así acometieron la absurdidad de su empresa y sus apodos: el *Tigre* Acosta, la *Rata* Pernía, el *Cuervo* Astiz, la *Jirafa* Damario, el *Puma* Perrén, la *Cobra* Yon, el *Halcón* Savio, el *Delfín* Chamorro... a quien llamaban también Máximo, por su cargo de director. Todos ellos compartían honores con *Pantera*, *Bicho*, *Hormiga*, *Toro*, *Colibrí*, *Tiburón* (en su mayoría suboficiales y provenientes de otras armas) que completaban el bestiario. Había otros, humanoides de apelativo, como Suárez o el *Loco* Antonio, el *Duque* Whamond y el *Gordo* Linares, que tenía una pasión: los bizcochitos, y una especialidad: los estrangulamientos. “Si me mandan de nuevo a la Federal, ¿qué hago? —se preguntaba hamletianamente— ¿dirijo el tráfico?”.

Todos (pero, todos-todos) pasaron alguna vez del desparpajo a la contrición; todos conocieron el asco de sí mismos (aunque lo

³ Ver nota 56 en “Los chupados” (I).

⁴ “Me equivoqué de tren”, dijo alguna vez, “y fui a parar a Puerto Belgrano, cuando mi sitio estaba en El Palomar”. Vivía convencido de que, en el Arma de tierra, hubiera llegado a presidente, estableciendo un populismo fascista de largo alcance.

negaran altaneramente), la tristeza de ser quienes eran y estar en lo que estaban. Excepto Astiz (y nadie más, posiblemente) todos lucraron con la situación, miraron con recelo al que se llevaba un peso de más o una joyita mejor. Algunos se estafaron entre sí, como Acosta y Radizzi, en los negocios marginales que emprendían.

Se enamoraban de las prisioneras, colaboracionistas o no. Caían en raptos de culpa, a lo personaje de Roberto Arlt: “¿Cómo me podés querer a mí, si soy una bestia?”, le gritaba Pernía a *Lucy* (una prisionera que había soportado salvajismo sin límite); luego le reprochaba: “Yo maté a tu marido y vos estás conmigo, en la cama”. La leyenda dice que mató al marido, pero salvó a la hija, por lo cual Lucy pasó del horror a la locura y de la locura a una especie de sumisión victoriana: hablaba de las palizas que le daba “su hombre”, regalaba medallas y estampitas a las demás prisioneras, se convirtió en una excéntrica santulona. Jamás entregó a nadie.⁵

Algunos reclamaban a la amistad de los prisioneros. Lloraban ante ellos: “Porque yo tengo ochocientas muertes ¿sabés?, y no me las agunto”. Otros más se quebraban, hasta el punto de reconocer que “aquí nos tapó la mierda” y “yo sé que ustedes tienen razón” y que “la basura somos nosotros”;⁶ o preguntarse —cuando menos— “si las cosas no se arreglan, ¿habrá que empezar de nuevo con esto dentro de cinco o diez años?”.⁷

Casi invariablemente, guardaban una secreta admiración por sus víctimas; les asombraba su inteligencia, su valentía, su capacidad de actuar con nada a favor y todo en contra, su resistencia

⁵ Escribió, en cambio, una Historia de los Montoneros que —a juicio de otros cautivos— era un modelo de honestidad y rigor. Alguna vez la Marina deberá entregar al uso público e interés histórico ese y otros documentos que se hallan en su poder: los papeles póstumos de Rodolfo J. Walsh, por ejemplo.

⁶ Diálogo de un oficial con el prisionero Jaime Dri.

⁷ Diálogo de un suboficial con el prisionero Martín Grass.

al martirio (pese al nivel final de ablandamiento o **quiebre**, debido —en muchos casos— no a la astucia o violencia del represor, sino a una crisis de confianza en la propia e inepta conducción). “A mí me dan una **maquineada** y canto a toda mi parentela, en tres minutos” afirmaba el *Tigre Acosta*. Todos sabían que era cierto. No creían en ellos mismos. Y, menos aún, creían en los **rotativos**: esos oficialitos de salón que pasaban un tiempo en el **chupadero** nada más que para ensuciarse los dedos, para sellar el “pacto de sangre” que los convocaría al secreto posteriormente... (era sangre ajena, derramada sin gloria y con impunidad, no nos olvidemos). Se ufanaban por último ante sus jefes y comandantes, cuando podían mostrar las mortecinas sombras en que se habían convertido algunos cuadros notorios: ellos habían logrado esa transformación, ellos habían reducido igualmente a la nada a otros enemigos reales o imaginarios.⁸

Al terminar la etapa más fuerte de la represión, se dedicaron a secuestrar ginecólogos —porque “hacían abortos”, estaban “contra la vida”— y homosexuales —porque “ofendían la moral pública”—. Cobraban rescates en dinero o en bienes. A veces devolvían sus víctimas, a veces no.

Corrió la guita y corrió la corrupción, como nunca en la vida de los argentinos. Más aún: todo se hizo para que esa corrupción fuera posible. Menéndez, en Córdoba, enganchó a delincuentes comunes en la actividad represiva: los sacó de su celda, les dio un arma, un sueldo y cierto derecho al botín. Estos no superaron, al parecer, los desmanes de los efectivos regulares ni sus urgencias de aprovechamiento.

⁸ “Si de cada cien prisioneros cinco estaban metidos en algo, nuestra acción está justificada”, le dijo el general Suarez Mason a un familiar de desaparecidos (Emilio Mignone). El subrayado es nuestro.

Levantaban radios, tocadiscos, televisores, tostadoras de pan, calefones, juegos de vajilla, ropa... Llegaron a utilizar camiones de mudanza para el saqueo. Pusieron locales de venta al público, para convertir esos objetos en dinero. Se inventaron una inmobiliaria, para colocar las propiedades obtenidas bajo tortura (el *Chancho Caprioli*, un traidor bastante más sucio que otros, se encargaba de “legalizar” esas transferencias). Crearon una empresa de audiovisuales para ofrecer, a título mercenario, sus servicios en el exterior. Nadie los quiso, al menos como grupo orgánico. Excepto Sudáfrica, ningún país los aceptó en misión oficial: allá fue el *Delfin Chamorro*, con la *Negra Coca* a la rastra, a instalar sus reales como Agregado y *garçonniere* de picaflor; después de cada encuentro, él se acordaría de *Gaby* (Norma Arrostito) a la que admiró con cautelas de adolescente... y ella de aquel muchacho rubio y judío, que le enseñó el amor de los idealistas, de los que besan y mueren, convirtiendo una pasión villera en circunstancia histórica.

Cuando hubo que dismantelar el **chupadero**, algunos represores fueron a parar a Bolivia, donde dieron ejemplos de perversión suprema;⁹ otros más a México, país que los sacó carpiendo; otros más a Perú, Francia, España e Italia, a perseguir exiliados, a realizar procedimientos famosos por su torpeza. Los restantes, o buena parte de ellos, fueron a continuar su historieta en Centroamérica, a seguir con sus apodos, su vesania instrumentada, su personaje de Alan Ladd amparado por terceros, su vocación de servicio puesta al servicio de lo que ofende y degrada a la humanidad.

Igual que sus víctimas, hoy miran la vida desde el otro costado: el de los que pasaron por *aquello*, causaron, vieron o sufrieron la degradación que allí se alcanza; quedaron para siempre tocados por esa marca. Saben que están perdidos, más aún, saben que ya no van a encontrarse, que no pueden decir “yo no inicié esta

⁹ Pernía, en particular. Durante el alzamiento de García Mezza —según testimonios bolivianos— usaba una ambulancia para andar entre los heridos; a medida que estos se acercaban, buscando auxilio, él los remataba.

historia...”, pues ellos la iniciaron con su permanente intromisión en la vida argentina y porque con ellos, y solo a través de ellos, se alcanzó la etapa de lo abominable; saben también que al final del camino solo espera, como un cuchillo robado, el miedo. Pero se sienten fuertes todavía. Con derecho a ser tontos y a ser necios. Soberbios en su mediocridad, seguros en su probada cobardía. Altaneros para responder al que no está en igualdad de condiciones.

Interrogado por unos visitantes sobre la “filosofía” que orientaba su conducta, el *Tigre Acosta*, con sus dientes de leche, respondió: “Muy sencillo, es la filosofía de mamá”. Y parpadeó repetidamente, alzó sus deditos índices (los de ambas manos) para recalcar en el aire esta definición; se paró en las puntas de pies, para hamacar su cuerpo, en lo que consideraba una brillante actitud. Y siguió especulando sobre las limpias e inobjectables premisas que encarna tan doméstica filosofía, con solapitas de libros leídas aquí y allá, ora en un tomismo condensado, ora en una bella página de *Vosotras*, *Atlántida* o *El Hogar*... Pero olvida un detalle: y es que, cuando llegue el día, ese que siempre llega, nadie se acordará de tan modosa preceptiva. Ni siquiera su dulce y encantadora mamita...

XIX

Chau, Videla

Denuncia, julio de 1981

Chau, flaco. Chau, nariz.

Sos un personaje histórico, a esta altura de los hechos. Y yo te trato, como ves, con el debido respeto. Con un respeto histórico.

Porque, ¿quién iba a decir que vos, con esa cara, llegarías a donde llegaste y terminarías haciendo lo que hiciste...?

Me podés contestar:

—¿Y vos, con esa cara, qué?

Pero, hay dos cosas: unas es que yo... ¿adónde llegué, como no sea a una filosófica mishiadura? Y la otra es que llevo pintado lo que hago y lo que soy. Se me embroca desde lejos. En cambio, a vos, ¿quién te junó antes de ahora el colmillito de vampiro, las uñas negras de sepulturero, la mirada loca de los grandes traidores a la patria, el gesto operístico de los villanos embozados?

Y lo sos, flaco. Pucha, si lo sos. Laburaste de eso hasta hace muy poco. Hasta el Relevo, digamos. Ahí se extienden, como una mancha de ácido pestilente, las consecuencias.

Vos actuaste **administrativamente**. Como un gerente de sucursal (eso es, hoy en día, la presidencia de nuestra república: una gerencia) o un contador encumbrado (eso son las comandancias

militares: un balance perpetuo del horror y el entongue). Entonces, la enormidad de las cochinas, la desmesura de los malos pasos, la bestialidad de los comportamientos, se desdibujan ante la escasa entidad de sus responsables: pequeños mandamases, vivillos de esquina.... Compadres de calesita; tipo Massera; piolitas de esquina, como vos.

Tengo la rara costumbre de adjudicar, *in mente*, un puesto de trabajo a cada uno de esos personajes que imprevisiblemente brotan en la historia argentina, de esos partos torcidos que insólitamente produce nuestro tiempo. Y entonces resulta que a Onganía lo veo —siempre lo vi— como un jefe de depósito en Gath & Chavez: el guardapolvo gris, los bolígrafos de tres colores en el bolsillo superior, el cuadernito en la mano y el gesto tenso, enérgico, para decir “esas tres piezas, a la planta dos”. A Levingston lo detecté, desde el primer momento, como el melancólico dueño de un bar nocturno, de esos que toman su trago amargo mientras observan todo desde una bruma interior y de pronto musitan: “A ese no se le cobra; chicas, atiéndanlo”. En cambio, a Lanusse le mantuve siempre el cargo de represor, de mandón con jinetas y pocas pulgas, que sabe actuar **por derecha** o **por izquierda**, pero al que no le gustan los excesos al pedo. Cuando mira, observa; no hace que mira. Y hasta podría inferirse que escucha cuando le hablan.

¿Querés saber más? A vos, desde el primer momento, te fiché como un perfecto, eficaz, correctísimo vendedor de *La Mondiale*. La actitud obsecuente, la sonrisa a punto, para decir: “¿Cuál le gusta, señor...? ¿El espigado...? Pase al probador”. Las directivas al sastre (“tómeme un poco la sisa, por favor”) y a la cajera (“anote la dirección del caballero”) completan la función. La pilcha es un desastre. Pero el tipo se va con la impresión de haber sido atendido hasta con los tics del nerviosismo.

Marx opinaba que, en el Renacimiento, la historia necesitaba gigantes...y parió gigantes. Del mismo modo, se podría afirmar que en la Argentina reciente hacían falta soretitos... y soretitos hubo: participaron con gran empaque en las sesiones de la Junta Militar;

tomaron las riendas de un país que debía ser convertido en cambalache económico a través del horror; pusieron su pizca de astucia y sus toneladas de mediocridad al servicio de tal ejecutoria.

Porque yo a vos te veo así, como te decía. Pero a tu sucesor lo ficho como un portero de hotel; de esos porteros con dos caras y ninguna auténtica, que la van de chinchudos y sonrientes, casi al mismo tiempo: (con los grooms) “ese equipaje a la 306, ya mismo”... (con los clientes) “¿qué tal el viaje esta vez, señor...? ¿Le interesa algún tipo de compañía...)?”. Como podría hacerlo López Rega, por ejemplo. Pero con más respaldo. El necesario para decirles a los comandantes de toda América, en el 79: si ustedes tienen la pelota y los jugadores, ¿por qué le dejan la cancha a un civil?

- - -

Pasó el tiempo en que la guerra era demasiado importante para estar en manos de los generales. Ahora la política es demasiado seria para quedar a cargo de los civiles. Porque es una política de tierra arrasada, claro está; una política de callar y aguantar, en que desaparece el díscolo y estalla por dentro el indignado. Una política de reservas estratégicas para terceros, que no quieren tratar con energúmenos de viejo cuño, tipo Somoza o Trujillo, sino con grises oficialitos, con diligentes furrieles de la desgracia, con chantitas de cuarta capaces de decir —ayer— que se enfrentaban con cuatro forajidos y —hoy— que ganaron una guerra. ¿Y cómo la ganaron? Misterio, porque “los vencedores no dan explicaciones”. Uno dice: Pero ¿dónde estudiaron estos cosos?, ¿en el Liceo Profesional Cima? ¿Qué *cazzo* de historia militar les enseñaron? Porque, desde Tucídides hasta la fecha, pasando por los generales romanos, los conquistadores españoles, los guerreros de la Independencia americana, los mariscales de la Primera Guerra Mundial, los comandantes de la Segunda, la cosa es bien distinta: todos, lo que se dice **todos**, rindieron informes, hicieron discursos, tuvieron cronistas que registraban su gesta, permitieron que los actos de heroísmo

realizados por sus huestes se convirtieran en motivos de honra para sus respectivos pueblos. Ustedes son los únicos que no dicen nada. Y no será por humildad, precisamente.¹ Es porque no tienen nada honroso que contar. Y porque no han vencido ni a la **subversión**, como pretenden, ni a otros feroces enemigos, de adentro o de afuera, sino a su propio pueblo, desarmado.

- - -

Cuenta Mitre que, en la Guerra de la Independencia, fue atrapado un coronel español, Landívar, y juzgado militarmente “no por haber actuado con el enemigo en contra de nuestros intereses” (texto de autos) “sino por las muertes, robos, incendios, saqueos, violencias, extorsiones y demás excesos cometidos” contra la población civil. Landívar reconoció, entre otras barbaridades, treinta y tres muertes sin causa alguna: solo a título de escarmiento. Procedía así cumpliendo órdenes de Goyeneche (general fernandiano, después sucedido por Pezuela) quien le había encargado “obrar rápidamente y con energía... aplicando la pena de muerte **a verdad sabida**, sin otra forma de juicio...” y con la indicación de que “si es posible no quede ninguno”. Incluía, como sujetos pasibles de ese rigor, a los habitantes “que han tomado parte en la conspiración” y también a los que “la han mirado con apatía e indiferencia”. ¿Te suena eso? A mí, sí. Y me hace pensar, una vez más, que los represores, los defensores de un orden injusto, siempre apelan a los mismos procedimientos; en tanto que los libertadores, no: o mueren o acaban con eso, pero jamás lo imitan. Landívar tuvo un juicio en regla, con un oficial de granaderos rompiéndose todo para encontrar la aliviada en el principio de “la disciplina y la obediencia”; principio que no sirvió ni como atenuante ante los propios jueces militares. Al firmar el **cúmplase**, al pie de la condena a muerte, San Martín aclaró

¹ “Hablo desde el sitio del vencedor” decía Galtieri, antes de las Malvinas, por supuesto.

que lo hacía “a pesar del horror que tengo a derramar sangre de mis semejantes...”, pero “los enemigos se creen autorizados para exterminar hasta la raza de los revolucionarios” y “no se embarazan en derramar a torrentes la sangre de los americanos”. Mitre, que no era un teórico de izquierda precisamente, explica la actitud de San Martín como necesaria para enseñarle al enemigo “a tratar a los revolucionarios como individuos amparados por el derecho de gentes”... ¿Pero, ustedes qué saben ni qué tienen que ver con la tradición sanmartiniana? Ustedes son Pezuela y Goyeneche, de vuelta en nuestro suelo, para servir... ¿a quién?

- - -

A otro rey distante, por supuesto. O a ese reinado múltiple que son las plutocracias internacionales. Por ellos y para ellos tienen la manija. ¿En qué la usan? ¿Cómo la utilizan? En hecho y de un modo francamente homérico: matar el ferroviario al pie de su máquina y al dirigente gráfico o textil en un **chupadero**, después de sacarlo impunemente de su casa; pedirle al trompa la lista del personal, en cada fabrica, con un tilde juntos a los nombres más conflictivos y proponer su eliminación, a título oneroso o no; cercar y fusilar al estudiante en plena calle, para que la población mire y aprenda; angustiar a la gente con el fantasma de una guerra absurda;² y provocar la mayor debacle económica vista o sufrida desde que el ispa es ispa y los tiempos son los tiempos. Todo ello envuelto en una retórica de manicomio: ¿Cuáles son los pasos que va a dar la Junta Militar? **La Junta Militar está abocada el análisis metodológico de las coordenadas preexistentes para aplicar con virilidad inexorable la implementación de las subsiguientes pautas a establecer.** ¿Y qué pasa con el plan económico? **El plan económico es la expresión concluyente de la filosofía programática de los mandos naturales, orientada hacia la consecución minuciosa de los**

² La de Chile, según fecha del artículo.

objetivos previstos. ¿Y cuáles son los objetivos previstos? **Aquellos que se manifiestan en el seno de las Fuerzas Armadas, a partir de su unidad monolítica, ante la grave responsabilidad de estos momentos históricos.** Y dale que va. O sea que explicaciones no dan, pero a palabreros no hay quien les gane en este amargo planeta.

- - -

Mientras tanto, el portero viaja a Estados Unidos y dice que Núremberg hubiera podido estar en Virginia. Yo respondo: claro que sí; Núremberg hubiera podido estar en Virginia, siempre y cuando Treblinka estuviera en Chicago y Auschwitz en Filadelfia. Porque en el famoso tribunal de posguerra, mi general, no se juzgó **a los vencidos** como usted piensa —o le hicieron creer que piensa—, sino a unas bestias asesinas que habían cometido crímenes atroces contra la humanidad. Como los suyos, ¿me entiende?

Bruto y todo, se dice que el relevante va a cumplir una misión más prudente que la tuya. La de los trapos sucios menos sucios, o algo así. Me hacen acordar de una anécdota, cuando el pan se fue de tres a cinco pesos, en tiempos de la *libertadura*. El Gobierno impuso el límite de cuatro con cincuenta; entonces, en vez de anunciar el aumento de un peso y medio, se montó el tachín sobre la rebaja de cincuenta centavos.

Vos sos el pan de cinco pesos, en esta cochina historia. Y Viola, el de cuatro con cincuenta. Sé que también había alguno de seis, como Menéndez. Pero, te puedo asegurar esto: para el país, la indigestión es la misma en todos los casos. Y así será el vómito.

Chau, nariz. Chau, coso. Eso. Chau.

XX

Don Pablo

**Denuncia*, octubre de 1981

¿Cómo es septiembre en Chile, don Pablo? ¿Cómo es ese comienzo de primavera en el país de las lluvias, en aquel *largo pétalo de mar y vino y nieve* que usted evoca desde su exilio en Moscú? ¿Qué color tienen esos atardeceres de la calle Maruri, en Santiago, con ese nombre —Maruri— insospechable de ser nombre de calle y en cambio, sí, mucho más de volcán o de arroyo, de cualquier cosa vinculada a la naturaleza?

Cuénteme de ese septiembre que yo vi de ojito, o sea que no vi de ningún modo, un día antes de que cayera un prócer —Salvador Allende— y trece días antes de que muriera usted, el más aluvional poeta de su patria y de América, de **nuestra América**.

Le explico: yo volvía de Colombia, de un festival de teatro en Manizales. Mi mujer y una titiritera se empecinaban en robar cosas, de los aviones, de los restaurantes... (usted, que de mujeres sabía un rato, cuénteme: ¿cómo se para esa mano?). Yo me enfurecía. Al final coincidimos: ellas comprarían botellitas en miniatura, cajas de fósforos, recuerdos de distinta especie, en Santiago; yo, de paso, algún pisco o un par de vinachos, para bajármelos con los amigos. Y no pudo ser: varios milicos, impasibles, nos cerraron el

paso en el aeropuerto. Ni al *freeshop* pudimos llegar (tienda libre, dicho en criollo). Hicimos escala en un recinto cerrado y con metrallas, desde el cual volvimos al avión, bajo un cielo borrascoso, con las manos vacías y el corazón cargado de zozobras. Era el 10 de septiembre de 1973.

- - -

Ni el afable Cornejo,¹ ni el hosco Jorge Díaz,² ni el fraternal Bonati³ me dijeron jamás una palabra sobre aquellos septiembrés distintos del que yo vi. Como si un huevo negro quedara en su lugar, o como si en un país tan largo —al decir de Luis Advis— no hubiera lugar más que para once meses.

Entonces me dirijo a usted: mi chileno más viejo, mi amigo más antiguo. Y le pregunto: don Pablo, ¿Cómo es septiembre en Chile?, ¿Cómo es la primavera, aun cuando la pisan *los porcinos satélites de Wall Street* y *la arrugada sobre del chileno humillado le ve la cara al hambre: sin pan, sin piedra, sin silencio, solo*; y en *el innumerable corazón del viento* se desviste la lluvia; y un poeta, usted mismo, *americano de las tierras pobres*, dice todo eso que acabo de citar y afirma —y por si fuera poco— que *nacerá de nuevo esta palabra*?

Anoto su respuesta:

*En mí país, la primavera
viene de norte a sur con su fragancia.
Es como una muchacha
que por las piedras negras de Coquimbo
por la orilla solemne de la espuma
vuela con pies desnudos...*

¿Ha visto? No era tan difícil explicarlo.

¹ Carlos Alberto Cornejo, miembro Editorial Quimantú. Firmaba algunos trabajos como “Carpincho”.

² Jorge Díaz, argentino pero educado en Chile. Autor de *El cepillo de dientes* y otra valiosa producción teatral.

³ Eduardo Bonati: pintor y catedrático de Bellas Artes.

Yo a usted lo leí de pibe. De muchacho, digamos. Hoy, en cualquier momento, lo cito de memoria. Le pregunto a la gente:

—¿Coincidís con Neruda en eso de que son *más tristes los muelles cuando amarra la tarde*?

—Sí —me responden, casi sin la menor duda.

Yo camino, mientras tanto, por el cañeval del pecho, masticando *mis furias y mis penas*. Me propongo *asustar a un notario con un lirio cortado, ir por las calles con un cuchillo verde y dando gritos hasta morir de frío*. Descubro que *un día lento como los otros nace*. Y tengo a *España en el corazón*; tengo profundamente a *España en el corazón*, aunque la haya conocido muchas años más tarde (*el rostro seco de Castilla* se sigue viendo *como un océano de cuero*, don Pablo, y en los mercados de su barrio de Argüelles las patatas ostenta —como siempre— *su delirante marfil*). Siento que *mi esperanza es irrevocable*, como la suya. Y en todas partes, no solo en Machu Picchu, supongo *el sitio de la aurora humana*.

Entonces, queda claro: usted es el poeta de una vida, la mía; y de un montón de vidas, las nuestras. Descolló cuando los buenos eran muchos. Amó. Triunfó. Se hizo gustar. Sentó escuela y desparramó influencias como nadie en su tiempo. Finalmente partió, después de confesar que había vivido (¡y cuanto...! ¡Y cómo...!); después de aceptar también, aunque a regañadientes, que América, y la esperanza, y la poesía, y la historia, le habían plantado ante los ojos a su contrafigura; Vallejo.

Benedetti (que de esto sabe un rato, como usted de mujeres), lo explica así: “Vallejo viola las palabras, en tanto que Neruda las seduce”. Y es cierto: el dulce cholo rompe el idioma a cada paso, lo invade desde su miseria, le arranca secretos con tirabuzón... mientras que usted lo deslumbra con su orgullo, lo convoca a su mesa del buen comer y el buen beber, lo lleva —suave pero inexorablemente— a esa taberna, esa playa solitaria, ese barrio en el crepúsculo, donde solito irá entregando *su racimo de verdades sumergidas*.

Cuando uno baja al anecdotario personal, ya no es lo mismo. En las memorias usted dice que *no responde a agresiones literarias*, pero empieza a repartir y no queda nadie en pie. Carpentier es un irresoluto que nunca se atrevió a opinar *ni contra el nazismo*; de Guillén, aclara: *el español, el bueno*; a Juan Ramón lo trata de *neurótico novecentista*; en Huidobro descarga toneladas de un furor pretérito; y a Pablo de Rokha lo convierte en *Periko de los Palothés*, de un modo bastante justificado ya que él lo tuvo loco a usted toda la vida... Por último, bate récords de una astucia —algo más que literaria— cuando lo trata a Pasternak de *sacristán luminoso* y a Zdanov de *brillante dogmatista*. Ahí sí que chapeau, don Pablo, porque no hay con que darle.

- - -

Y bien, ¿qué pasa? ¿Acaso un gran poeta, enamorado de la vida, que solo muere cuando anochece en su patria, no puede tropezar con las minúsculas piedras de la vanidad y las pequeñas broncas, las olvidables venganzas de tinta verde y humo? Yo a usted lo admiro así, don Pablo, con su cara de pájaro entristecido y su seguridad de que *nos acercamos a una gran ternura*. También con esa imagen de septiembre en el sur: *un mes ancho y florido*, según pintan sus versos, y *lleno de banderas*.

Banderas que al flamear dicen su nombre.

Calladamente, silenciosamente, lo escuchan los chilenos...

XXI

Un tango

Denuncia, diciembre de 1981

Manzi y Troilo compusieron esa joya llamada “viejo Discepolín”, a la muerte del más pequeño y más grande de nuestros autores populares. Tiempo después, Troilo debió rendir idéntico homenaje a su compañero de binomio (con quien produjera “Sur”, “Barrio de tango”, “Fuimos”, por decir solo unos títulos) y lo hizo en dos entregas: primero, con su espléndido “Responso”, que no tiene letra; segundo, con “A Homero”, un ingenioso, inteligente, astuto y conmovido texto de Catulo Castillo, al que dedicaremos nuestro comentario.

De los tres personajes que he mencionado, Cátulo es el único que llegó a viejo: murió hace un par de años, cuando ya estaba en los setenta y tantos. Llevado por su fácil manejo de la cosa, compuso algunos temas limpios, pero frivolones (“El último café”, por ejemplo) y otros que podríamos llamar brillantes, pero no estremecidos (“El trompo azul”, estrenado por Susana Rinaldi; “Tinta roja”, con su inolvidable versión de Fiorentino). “María”, en cambio, con su aire existencial,¹ “Desencuentro” y los tangos dedicados a la des-

¹ “María es Michelle Morgan metida en el cuerpo de Ginette Leclerc”, me dijo un amigo que las amaba a las dos. Ginette Leclerc es la actriz que aparece con Raimú en “La mujer del panadero”.

esperanza entre nubes de alcohol (“Una canción”, “La última curda”) nos dan la medida de su fuerza y sus desgarramientos, de su calidad como autor francamente superior en la historia del tango. Yo, al menos, me he sentido más de una vez “desorientado y sin saber / qué trole hay que tomar para seguir”; he visto “la niebla del alcohol hasta el final” ... aunque no llegara a la temulencia, por cierto, y he sentido cómo galopa

“la tropilla de la zurda / al volcar la última cursa”, que en mi caso siempre fue la penúltima.

Cátulo, Catulín como lo llamaban, llega a decirle al viejo patio, a esa trasnochada arquitectura del suburbio: “Borracho de caña fuerte / yo sé que un día te irás”... Y en su suerte de queja contra el industrialismo creciente, plantea: “La noche está borracha de agarrás...”. O sea que se pone la conmoción alcohólica no solo en los hombres, sino en las cosas, y siempre como una experiencia a término. Tan a término o como ese cansancio que nos gana a veces, como ese hastío en la espesura del vivir cotidiano, que apenas si reclama sus melancólicas compensaciones:

*Aquí nomás,
con esa luz de enfrente,
bailemos simplemente
un tango en paz...*

Después vuelve a su habilidad conocida y trabaja bonito, pero no profundo, apelando a la doble rima (“Morocho como el barro era Pizarro...”) y a la musicalidad de los retintines (“el verdín... del confín... y el piolín...”). Ahora bien: a estos artilugios y aquellos sentimientos apeló don Cátulo para rendir homenaje a su amigo, manejando a la vez cierta criptografía que de pronto no es fácil de interpretar. Por tal motivo —y con toda la vocación de maestro ciruela que uno tiene— vamos a intentar hoy un desglose.

Cuando Manzi evoca a Discépolo, lo hace re-creando su universo interior, su visión desesperada de la vida. Cuando Cátulo evoca a Manzi, en cambio, reconstruye su circunstancia histórica. Ambos dan en el clavo, ya que Discépolo era un agonista, un poeta de la angustia que a muchos nos provoca el hecho de existir, en tanto Manzo era un militante, un avisado y fino testigo de su tiempo. Así aparecen las alusiones:

Eran años de cercos y glicinas

(Evocación del arrabal; pero no como territorio ensombrecido de vulgaridad, sino como proveedor de buenas imágenes poéticas, en las que Manzi había volcado ya su intención).

De la vida en orsai, del tiempo loco

En “Che, bandoneón”, Manzi había definido la debilidad emocional del personaje con la expresión de que “el alma está en orsai”, lease *off-side*; fuera del área de juego. Cátulo se manda una cita a medias y, a la vez, ratifica el universo ideológico del poeta, recordando que la vida en orsai, la vida en el sector penalizado, donde metés un gol y te lo anulan, donde estás *en veintiuna*, agachado, listo para recibir un *shot* —y en salvada parte— a la menor oportunidad, es la que ambos conocieron en el bajón del 30 (nosotros, en el actual): con un golpe de Estado sobre el morro, una total supeditación a intereses imperiales, un régimen de corrupción y deterioro económico constante, y una enérgica maquinaria represiva sustentando lo demás... exactamente en el estilo que hoy conocemos, aunque sin sus desmadradas proporciones. Lo del *tiempo loco* es, en principio, algo más ingenuo: se refiere a una frasecita intencionada, muy popular en los primeros años del 40. “Calor, ¿eh...? Tiempo loco. Y no refresca”, le decía un cararrota a cualquier chica que pasaba; esta agachaba el morro y seguía, avergonzada, o se plantaba de frente y lo trataba de estúpido al individuo, pues ambos sabían a qué clase de calores se estaba refiriendo. En suma: era un aldeanismo.

Pero que podía tener otras implicancias, ya que —a través de los años y de la instancia crítica que estos consolidan— viene a surgir también que ese *tiempo loco* fue a la vez del fraude, la entrega y los escándalos públicos: la CHADE, El Palomar, los frigoríficos... el hombre de la vaca y los cinco mil aviadores.²

Tu frente triste de pensar la vida

(¿Qué vida? La que no pudo modificar Manzi con su militancia como radical yrigoyenista y como iniciador del forjismo).

Tiraba madrugadas por los ojos

(Aparte de la imagen, tan linda, tan lograda —hay que tirar madrugadas por los ojos, caramba— existe referencia al presunto salto que dio Manzi, de la lucha a la bohemia, de la aguerrida resistencia a una suerte de postración: los burros: las noches de Buenos Aires, cargadas de melancólicas disquisiciones; esa tendencia, que a todos nos tocó alguna vez, de amanecer bolicheando... En su caso, esto significó todo menos una claudicación, ya que Manzi continuó su brega en el campo cultural. Los forjistas fueron, por otra parte, los primeros en aceptar que algo pasaba aquel 17 de octubre de 1945...).

*Y estaba el paredón con todo el cielo,
la esquina del zanjón, la casa azul...*

(Regreso al arrabal, embellecido por la intuición poética de ambos autores: la que permite encontrar valores de uso en su mundo circundante, establecer premisas y referencias que brotan de un universo emotivo sensorial propio, frente a los postulados del

² Omar Vignole: se paseaba con una vaca por las calles del centro, como burla evidente a la aristocracia pastoril. Sus preocupaciones, no obstante, eran esencialmente religiosas. Se consideraba un agustiniano en un mundo tomista, según las reflexiones que dejó en un libro de imposible lectura. Los cinco mil aviadores: se habló de eso como una estafa, o al menos un proyecto muy poco serio para “dotar de alas a la patria”, a principios del 40. Pasó al olvido en el 43.

colonialismo que se alimentan de un consagrado universo ajeno: la pituquería cultural de Victoria Ocampo, los relatos de un Borges atemporal y eternizando, las frivolidades mundanas de tanto colaborador en los suplementos literarios del periodismo bacán).

*Todo se fue, trepando su misterio,
Por los repechos de tu barrio sur.*

(Con Manzi no solo se depura el lenguaje para cantarle al arrabal, sino que aparece otra cuestión más trascendente: el misterio. Hablar de Manzi sin mentar al duende, sin tocar con la mano las transparencias del olvido o los secretos del recuerdo, no tiene sentido. Porque el verso de Manzi habita en el tiempo, es su inquilino perpetuo. Ahora bien: se trata de un tiempo que transcurre ahí, en la vecindad más próxima, con umbrales que hemos visto desde siempre, con casas inundadas hasta ayer por vidas muy cercanas a las nuestras, hoy por fantasmas, hijos del silencio. Sin eso, ya no es de Manzi que hablamos, es de algún otro. Los repechos, por lo demás, resultan siempre una alusión al cansancio, a las fatigas de la lucha y los contratiempos, soportados —en este caso— por la atención de intereses nada particulares).

*Vamos,
vení de nuevo a las doce...*

(Hora en que se iniciaba la tertulia en el viejo café de San Juan y Boedo. ¿Se acuerda de “¿El pescante”, ese bello tango en que Manzi pinta la penumbrosa figura del cochero y del “tungo flaco tranqueando en la tarde” sobre el que cae “sin aliento el chirlazo cansao”...? Bueno, allí aparece ya el “vamos” que se cita aquí, y con igual métrica: “Vamos / cargao de sombra y recuerdos.../ vamos / atravesando el pasado...” Catulín apela a esa misma reiteración).

*Vamos,
Que está esperando Barquina...*

(Viejo redactor de *Crítica*, muy ligado a su propietario y director: Bottana. No debió haberse pringado en los chanchullos de este, pues —de otro modo— jamás hubiera podido frecuentar esa mesa, donde reflexionaban los díscolos y los resistidores).

*Vamos,
¿no ves que Pepe esta noche,
no ves que el viejo esta noche
no va a faltar a la cita...?*

(El Viejo o Pepe es José González Castillo: padre de Cátulo y —en un sentido literario— también de Manzi; ambos lo consultaban desde muy jóvenes, con sus primeros apuntes. Es autor de “El aguacero”, “Griseta”, “Organito de la tarde”, etcétera. Orientó una nueva corriente de letras de tango que, según comentarista —no recuerdo el nombre— tuvo influencia en Cele, en Le Pera y otros. Fue autor de teatro;³ fundador de la Universidad Popular de Boedo; un pilar de la Sociedad General de Autores: ARGENTORES: un mentor de las juventudes —dentro del estilo, podría decirse, de Alfredo Palacios—; y, por sobre todas las cosas, un hombre muy querido y respetado a lo largo de su tiempo. Faltó a la cita, en verdad, desde 1937, año en que la clase intelectual y la populosa barriada de Boedo acompañaron sus restos en conmovido silencio).

*Vamos,
total al fin nada es cierto
y estás, hermano, despierto
juntito a Discepolín*

(Tal vez un cierre facilongo para la estrofa. Apelar a la carismática imagen de Discépolo para rematar el estribillo, es un recurso no injustificado, pero sí demasiado servido para el caso; y sin riesgos, pues el efecto está garantizado. Pero, en fin: así lo hizo y tal vez

³ Dejó una pieza fundamental en la historia del sainete: “Entre bueyes no hay cornadas”. Con Rodolfo Weisbach escribió, hacia 1920, “Los dientes del perro”, que tuvo un éxito pocas veces igualado en la historia del teatro argentino.

usted lo encuentre más acertado que yo. El “nada es cierto” que aparece en la estrofa coincide con ese mundo —ya apuntando— de Manzi, donde la realidad puede ser vaga, ilusoria; y el mundo —incluyendo al país amado, sus arquetipos, sus rumorosas vecindades— puede ser también una gigantesca fantasmagoría).

Ya punteaba la muerte su milonga

(Me gusta más que ninguna esta imagen. Yo la veo a esa muerte guitarrera y despatarrada, con su faldón enorme, estirando el cuerpo para soltar un punteo tan grave y preciso como la fatalidad misma. Si Guadalupe Posada hubiera sido del sur, la habría estampado hace tiempo en un grabado incomparable).

Tu voz entró en adiós y nos dolía...

(Manzi supo muy pronto de qué iba lo suyo. Se miraba en el espejo y decía: “Pensar, barbata, que te vas a morir...”).

De tanto andar sobrándole a las cosas,

(La actitud sobradora fue típica de los casi solitarios luchadores del 30. La practicaban Jauretche y Scalabrini Ortiz. Todos ellos despreciaban al vivo, al oportunista, al que comía su mala sopa a la sombra de Pinedo y Duhau. Reaccionaban ostensiblemente ante el sujeto acomodaticio: libraban, en tal sentido, batallas que recomenzaban cada día).

Prendida en un final, cayó la vida.

(Era famosa la afición turfística de Manzi. Ahora bien: ¿Usted se lo imagina a Sábato rompiendo los boletos, o a Bioy Casares carpeteando a un datero, para ver si se salva en la octava y última...?).

*Yo sé que no vendrás, pero aunque cursi
te esperará lo mismo el callejón...*

(¿Qué tiene de cursi un callejón, o bien una espera vana? Parece otra concesión de Cátulo esta frase. Sin embargo, resulta conmovedora).

Y el tres y dos de la parada inútil

(Tres a ganador y dos a placé: la apuesta mínima, desde la inflación acabara con el *uno y uno* de los viejos tiempos. En otro artículo, hablo de un columnista que firmaba “Tresydós”. FORJA fue, si se quiere, un tres y dos político, frente a la apuesta cuantitativamente mayor del peronismo. La para inútil es ese desplante que ya hemos mencionado, esa actitud de sobrar al vivo y al poderoso, aunque las condiciones sean totalmente adversas. No resultó tan inútil, después de todo...).

Y el resto fraternal de nuestro amor.

(Sin comentarios. Excepto uno: que *echar el resto* no es poner lo que queda de una pasión, de una idea o un sentimiento: es ponerlo todo, como en este caso, en el amor hacia el hermano ausente).

- - -

Y esto, como se puede ver, es solo un tango. Ahora, yo digo una cosa: hay que escribirlo...

XXII

La biyuta

Denuncia, febrero de 1982

Dios hizo el mundo en seis días y al séptimo descansó. Con el tiempo, creó *la biyuta* para completar su obra y dijo:

—Si los muchachos no se defienden, no será porque Uno se olvidó tirarles un cabo, llegando el caso. Y es capaz que dos o tres pasan al frente, todavía...

La biyuta es la buhonería del exilio, el rebusque de los desquiciados, la exaltación de la diáspora a categoría comercial, el revente de los orgullosos, el soporte de los reventados, el vicio de los locos lindos, el campo de agresión de los locos feroces y la meta final del emigrado, cuando rajó los tamangos buscando ese mango que lo haga morfar. Casi nada.

Son tantas las representaciones posibles de *la biyuta*, en un plano metafórico, que me atrevo a proponer una más: *la biyuta* es, para el profesional exiliado o el militante salvado de la furia represora, lo que el barracón de feria y la feria y la feria misma eran para el sabio díscolo, el nigromante, el monje andariego y el trovador antiguos. Salvando —y sin salvar— todas las distancias imaginables.

Ahora paso a explicar de qué se trata.

La *biyuta* proviene del hippismo. Quiérase o no, su origen está en el *flower-power*, la vuelta a la naturaleza, las grandes melenas, los pequeños anteojitos y —como un escape a la alienación de los formales— el rebusque individual de la artesanía. Un cacho de cuero, un martillo, un sacabocados y meta darles a las carteristas, los monederos, los cinturones: expresión cumbre de la inhabilidad y el mal gusto, en la mayoría de los casos; o bien, trabajos en metal con colores al esmalte y hasta piedras incrustadas, que ya requerían cierto aprendizaje y evidenciaban esta rara fusión: la de un viejo y reconocido oficio con una nueva e indefinible estética. El producto se vendía en Plaza Francia y las *boutiques* de Barrio Norte, saltando desde allí al Once... y desde el Once, como es de imaginar, a toda la república. (Van a decirme a mí lo que es el Once, después que vendí plásticos y afines en Pasteur y Corrientes, esquina donde comí los mejores *pletsalaj* con *pastrón* e *íquelkes* de mi vida, y aprendí las poquísimas palabras que sé en *ídish*, jamás enseñadas por mi laica familia).

De cualquier modo, no fueron argentinos sino uruguayos los que llegaron a España —con su vincha y su muñequera, su chaleco en la tela de jean y sus flores tatuadas—, eligieron a Ibiza como punto de recalada y chiste-chiste la convirtieron en un nuevo centro de turismo distinto a todos, donde el nórdico se alucina, el latino se disfraza y el que más, al que menos, cambia por encima de lo imaginable su comportamiento de todo el resto del año. Eso empezó hace tiempo y quedó como antecedente al arrancar la diáspora del 75, que creció bárbaramente en el 76 y se mantuvo con un alto promedio en los dos años siguientes. Un día, los muchachos dijeron: “Artesanías... ¿por qué no...?, pero lejos de Ibiza...”, y salieron a vender, en las esquinas de Madrid y las ramblas de Barcelona, en las plazas de Sevilla, Pamplona o Valencia, los productos que elaboraban en sus tristes albergues: muñecos, pulseritas, cacharritos pintados que no participaban de ninguna otra cultura... “A mayor creatividad, menor venta” opinó alguno. Y los demás coincidieron: Madrid no es Ibiza y una señora que va al mercado tampoco es

una turista que anda buscando rarezas por el mundo. El *chicharito* manual dejó entonces su sitio al producto en serie. El *cirqueo* (modalidad de venta que consiste en hablar fuerte y gesticular mucho; en *hacer circo*, vamos) fue reemplazado por la pasividad: ahí está *la merca*; cada mujer pasa y mira; si se tienta con algo, ya va a preguntar el precio... que el biyutero la soltará en voz baja y de soslayo, como quien está pensando otra cosa. Lo cual es cierto, porque en cuanto abre la mesa y desparrama las baratijas le surgen dos preocupaciones: evitar el afano (generalmente, por cuenta de traviesas jovencitas) y rajarle a la cana. También, cómo no, volver a sus largas, lentas y antiguas especulaciones: la carrera trunca, el proyecto político negado o postergado, la pareja que finalmente se quedó en el camino, las obsesiones y los temas que inevitablemente vuelven cada día:

—Che, flaco, ¿dónde es que Hegel plantea la teoría del amo y el esclavo...? ¿En la *Fenomenología del espíritu* o en la *Historia de la filosofía*?

—En la *Fenomenología*, pelotudo.

De mesa a mesa, en los predios casuales de *la biyuta*, se discute a Lacan y a Wright-Mills, se le ignora al arrebatado pasional a Althusser, se reconstruye a Gramsci constantemente. El que pasa por allí no sabe si está escuchando profesionales, por el nivel intelectual, o a atorras, por la situación y el lenguaje. A veces, sufre también la agresión de quien habla una jerga foránea.

—¿Cómo se llaman estos adornos? —pregunta una remilgada señora, del barrio de Salamanca.

—¡Porongos se llaman! —responde la actriz que la atiende, que debe aceptar este menester en vez de estudiar al Brecht o al Artaud de sus pasiones más ciertas, que sueña —en todo caso— con un tipo de actuación pública muy distinto del que impone *la biyuta*.

Típico galicismo aporteñado. Hija de *bissuterie* y prima de *bijou*, la *biyuta* es una versión tragicómica del exilio; una de sus caras pobres, aunque a veces permita comprarse el cochecito (“para llevar la same, ¿comprendés?”) o financiar el viaje a Buenos Aires (“a ver cómo está aquello, ¿no?, porque el Cacho fue y no tuvo problemas; entonces yo, que al lado del Cacho soy un perejil...”).

Sobre la mesa plegable y los caballetes se acumulan pirámides de nostalgia, no tanto de lo que no fue, sino de lo que pudo ser, de lo que será algún día —que es como una nostalgia del futuro— y de lo que en realidad ha sido y merecerá un capítulo, alguna vez, en la historia no escrita de la Argentina errabunda.

—¿Te acordás, Negro, cuando vendíamos *biyuta*?

—No me hablés, que anoche soñé con eso. Yo estaba en Goya y Peñalver, con la mesa instalada, ¿no? Y venía de la mujer de Videla. Y quería comprarme una pulserita...

XXIII

Buenos Aires

Denuncia, marzo de 1982

Buenos Aires es un gol en contra. Las broncas que usted se agarra en Buenos Aires no se las agarra en ninguna otra parte. De buenos no tienen nada los aires de Buenos Aires. Hubo que fundarla dos veces, porque la primera no salió bien. Y la segunda, tampoco. ¿Quién era el que soñaba con la Tercera Fundación de Buenos Aires? Un loco, seguramente; porque le iba a salir peor que las anteriores.

Buenos Aires tal vez sea la ciudad más cantada de la tierra, con incontables poemas y canciones en su homenaje; pero, también, la más cuestionada, la más desesperadamente objetada de todas las que se han visto desde los tiempos bíblicos hasta la fecha. En los últimos años, se hizo patética —además— la premonitoria condición de aquellos versos de Borges:

*No nos une el amor, sino el espanto.
Será por eso que la quiero tanto.*

Yo nací en Buenos Aires un domingo, a principios de junio, en 1933. Anduve bien de día, de semana y de mes (ya que los domingos son lindos: se hace fiaca; la gente tiene con qué bancarse un regalito, del uno al cinco; los solcitos de junio, suaves y discretos, vuelven cobrizas las tardes en los barrios amados...). Pero, me fue muy mal de año. Y, ni hablar, de década. Al mes de nacer yo, moría

Yrigoyen, viejo y fracasado. Funcaba en gran estilo la olla popular. Scalabrini Ortiz lograba un doloroso éxito al comprobar que sí, que, en efecto, la gente coincidía con su visión del argentino medio como *El hombre que está solo y espera*. Escaseaban la fe y la yerba de ayer. El periodismo independiente se había reducido a la gestión de una busca, que proclamaba: *yo la escribo y yo la vendo*, mientras iba por los boliches con su hojita, a la pesca de compradores. Quien quiera conocer lo que fue esa época, que lea un memorioso capítulo de Hernández Arregui en *La formación de la conciencia nacional*. Gran libro, para el que acepte al país como problema; gran cosa, para el que guste ver un viejo cascarrabias —y Hernández Arregui lo era, con todas las ganas— debatiéndose en un marco no estrictamente familiar.¹

Para mí, el Buenos Aires de la infancia es una mesa de mármol, redonda y con trabajadas patas metálicas, donde el viejo se tomaba su imperial de cerveza y uno la Bilz o Sacic de rigor, mientras se echaba a bodega las papitas saladas... Es una escapadita en barra al Parque Japonés (luego Parque Retiro), campos de hazañas para Garufa —pucha que sos divertido— a mirarse en los espejos deformados y hacerle morisquetas a flor azteca, para ver si se reía... Es una calle del Once, de Almagro, de Caballito (barrios en que viví), donde el Loco Moishe contaba las películas con efectos musicales (“viene la momia: chan-chan... sale la mina: plin-plin... aparece

¹ Tuve una fugaz polémica con él: yo hablaba de la autonomía de los intelectuales y el me salió con la autonomía universitaria, que era absolutamente otro asunto. Después se disculpó en privado, por su intempestiva reacción en público. Yo lo comprendí: era la actitud de un viejo luchador, que primero discute y después pregunta. Entonces me contó una anécdota: lo llaman de un canal de televisión, para invitarlo a intervenir en cierto programa; él pregunta qué clase de programa es; le responden: variedades, entrevistas, música, cultura, modas... Él se enfurece y grita: “¡Usted se ha equivocado...! ¡Habla con Hernández Arregui, no con Isabel Sarli...!” y cuelga el teléfono.

el muchacho: brum-brummmm....”) y Carlitos S. suponía de este modo el encanto de las relaciones conyugales:

—Che, vieja, yo hoy necesito. ¿Vos respondés?

La última calle de barro se esfumó ante mis ojos cuando cambiaban los tiempos: era Figueroa (después Apolinario Figueroa) desde Cucha-Cucha hasta la avenida San Martín, con Añasco de por medio, y la fábrica de pastas, la peluquería del andaluz, la carbonería de enfrente, la marmolería de Belli, la encuadernación de Torres y el cantinón de Boatella en su decurso: todos universos cerrados, a los que uno se asomaba lentamente (porque el tiempo era largo y la existencia afable) hasta que llegaba el día de saltar a otras regiones. Y en la primavera del 45 Buenos Aires ya se había convertido en una serie de bares y cafecitos (el Modesto, el Gaona, el Astros, el Diez Esquinas, en el barrio; La Academia y Los 36, en el centro) donde se jugaba al billar o a los dados, se hablaba de muchachas inaccesibles (esta por pituca, aquella por mayorcita) o se hacían proyectos de vida (relativamente cumplidos después, sin gloria y con mucho esfuerzo). Nadie usaba una pilcha “flor de ceibo” ni pedía el “menú económico” en los boliches (porque **viene escupido**, decían). La pizza de Las Cuartetas y los helados de El Vesubio alcanzaban para darse la festichola. En La Armonía se presentaba De Angelis, con su orquesta; en el Marzotto, Piazzola, al frente de sus primeras formaciones; y en El Nacional, también llamado La Catedral del Tango, ¿quién? Tal vez D´Arienzo, antes de rumbear a su imperio de medianoche en el Chantecler. Los calaveras tallaban en el Sans-Souci, el Marabú, el Tibidabo. Nosotros, la purretada de entonces, teníamos la discreta compensación del Ruca o el Morocco, las Richmond y el Adlon, donde las chicas pedían su riguroso Alexander, dulce y bobalicón, siempre tildado de regio, porque era la voz de la moda; y los varones apelábamos al Cubano Seco o al Séptimo Regimiento, para dejar en claro ante el mundo nuestro nivel de resistencia alcohólica.

Corría la guita, es cierto. El peronismo, como dijo Brisky alguna vez, era una fiesta a la que sus viejos no quisieron ir. Los míos,

tampoco. Se hacían chistes sobre el gobernador Aloé, presunto autor de dos libros: *Como pienso* (sin acento) y *Mi vida en el box* (las andanzas de un caballo, en suma). Los romances nacían o morían al ritmo de Hora Stacatto, en la versión de Artie Shaw (y, ¿por qué no?, de Panchito Cao), del bolero Somos (“un suelo imposible que busca la noche...”) y de ciertos tangos: “Fruta amarga”, incomparable, en la versión de Marino, “De barro”, con sus duras advertencias, en la voz de Fiorentino... La gente culta iba a ver a Luisita Vehil, con Esteban Serrador, en las comedias de Casona o Anouilh; la reada se empecinaba con José Marrone y su inconcebible “Cristóbal Colón en la Facultad de Medicina”; nosotros, los muchachos inquietos, apuntábamos para Nuevo Teatro, en su vieja salda de Junín y Corrientes, donde Alejandra Boero arrastraba el carro de Madre Coraje y Alterio era un Jasón flaco y porteñado, mientas Cunatti sacaba a relucir espinas que no soñaron ni el león ni Androcles, diciendo el prólogo de Bernard Shaw con acento inglés...²

A mí no me da miedo la nostalgia de Buenos Aires. Creo que estando allá sería la misma, porque “todo ha cambiado” según me cuentan y la ciudad de cada uno es la de su juventud: no hay otra. Pero, en las largas y lentas noches de la distancia, entre los volúmenes exóticos que uno lee “para entender al país que lo recibe”, ante los papeles que uno llena como quien pide permiso para vivir (y que después le respondan: **tiene derecho de “permanencia”, pero no de “residencia”; usted puede quedarse, pero sus hijos no; mejor se va hasta la frontera y vuelve a entrar...**); percibiendo los sonidos de lenguaje ajeno, aunque sea el mismo idioma, los colores y sabores sin memoria en el alma, **debo reconocer que a veces hiervo y como mi propio corazón**, como Baudelaire en sus desvelos parisinos, y tengo que acudir al voluntarismo —al feo y dudoso

² Romulo H. Cunatti, veterano actor de la escena independiente.

voluntarismo— para aguantar el juego que se está dando, y escribir —por ejemplo— esta columna.

- - -

—¿Por qué no estamos en Talcahuano y Sarmiento? —me dice el Cacho C.,³ en la primera conversación que tenemos, después de muchos años de desencuentros.

—Porque estamos bebiendo el semillón de la esperanza, Cacho, y para ese elixir es buena cualquier esquina del mundo.

³ Humberto “Cacho” Costantini.

XXIV

Receta

Denuncia, junio de 1982

*Levantarse cada mañana
Y pronunciar en ayunas
Las siguientes palabras:
Qué hijos de puta,
Qué hijos de puta,
Qué hijos de puta...*

Cuando el pelado Santoro¹ escribió esta estrofa, el horror ya era horror y pronto se ceñiría sobre su propia persona: pero el delirio aún no había llegado a las inusitadas proporciones actuales.

Delirio feo; delirio sucio, grotesco y repugnante. El delirio de un poder que quiere seguir siendo absoluto y ya no puede siquiera mantenerse; entonces, anda a los trancazos, va y viene –como peludo en madriguera ajena- por su mezuquino y torvo derrotero.

Así es como se llega al caso de las Malvinas, a las situaciones más gruesamente contradictorias que se hayan visto, y al final calamitoso de esa aventura: con la pérdida, tal vez irreparable, de las islas; dos potencias y no una, señoreando muy pronto en su territorio; bases foráneas a punto de instalarse... y hasta la fina advertencia soviética de que estas “no modificarán el equilibrio de

¹ Roberto Jorge Santoro, poeta desaparecido en 1977.

fuerzas” pero, con el tiempo, “se volverán en contra de los países donde hayan sido instaladas”.

O sea que Argentina pagará el pato por dejárselas quitar. Mientras tanto, Su Majestad británica, con los yanquis al lado, puede iniciar la explotación en profundidad cuando se le ocurra: ¿quién va a decirle que no tiene el derecho de hacerlo, después de esta ridícula fantochada: después que estos grotescos estratagemas del valor ajeno sacaron las cosas del marco diplomático, donde —por lo menos— estaban inmovilizadas las dos partes en juego, a la espera de una mejor coyuntura o de una más feliz solución? Tres mil soldaditos argentinos murieron y no se sabe cuántos sufrieron todo tipo de mutilaciones. Si usted realizaba una encuesta pública dos días antes de ser puesta en pantalla esta locura, preguntando: **¿Qué le parece...?, debemos recuperar inmediatamente las Malvinas?**, lo hubieran sacado a empujones de cada puerta, por hacer una pregunta tan ridícula e inoportuna.

—Y del caballo de Atila, ¿qué me contás, loco?

—Que era un poroto, frente a estos generales de manicomio.

- - -

La dirigencia política y sindical no fue tomada por sorpresa. El diario *La Prensa*, bien abastecido por **los servicios** según parece, dijo a principios de marzo que algo se está preparando respecto de las Malvinas. El supino columnista Iglesias Rouco lo había lanzado, en el inter-juego de las fuerzas armadas.² Los escasos sobrevivientes de la ESMA, todos liberados a esa altura, sabían que el tema se había tocado en **la pecera**, como una de las tantas deliratas del *Tigre* Acosta, cercano y fanático colaborador de Massera. Con alguien

² Conocí a Iglesias Rouco, cuando aspiraba a ser autor teatral vanguardista y filosófico. Tras un inapelable fracaso, se hizo corresponsal de “La Prensa” en el exterior y, finalmente, columnista político de la especie que hemos visto. Los críticos de teatro, en resumen, tienen la culpa de que este presunto autor se haya convertido en columnista...

habrán hablado esos sobrevivientes, que también lo hicieron conmigo. O sea que el tema estaba en el aire dentro de ciertos ámbitos y la pandilla militar —que convirtiera las astucias más solapadas en sistema de gobierno, desde el 76 en adelante— tenía esa carta en la manga para soltarla en cualquier momento. La maniobra era tan gruesa como increíble, es cierto; y si no, que lo diga el canciller británico, inmediatamente relevado por no tenerla en cuenta. Pero ello no impedía imaginar, aunque solo fuera a título de ficción política, cuál debía ser la respuesta si el caso se producía. Y no: no hubo imaginación ni hubo respuesta; solo un barato comentario (“qué piolas son los guachos, qué bien la hicieron...”) escuchado también en el exilio; un arriar de banderas vindicativas y un ponerse a gritar “viva la patria”, aunque supieran que la cosa venía envenenada por los cuatro costados, que al circo no lo empardaban ni Sarrasani con el chimpancé, que las consecuencias serían amargas y prolongadas para la vida argentina. Pero —aquí está la clave— no podían dejarlo solo al Gobierno en sus desatinos: tenían que socializar la chapetonada... ¿por qué? Porque nunca se sabe lo que hay atrás de un telón pintado. ¿Y si papá Reagan respaldaba la cosa, aunque *pour la galerie* le hubiera dicho a Galtieri que no debía intentarla? ¿Y si, por esas cosas mágicas de la gran política, pensaba hacerle una trastada a su principal aliado en el Atlántico Norte, apoyando a sus fervientes aliados del Atlántico Sur, tan poblado de vacas y de pingüinos? ¡Pare mano, compadre, que en el elevado ajedrez internacional todo es posible! La jugada consistió en estar prendido si todo salía bien; o funcionar como recambio, si salía mal. Y, mientras tanto, **contar con el Ejército para reemplazar al Ejército**, instrumentando una política de paños tibios después de estos feroces años de represión. De otro modo, lo que se viene encima es una reacción popular... y a esa sí, le tienen más miedo estos dirigentes de pacotilla que a las andanzas valleinclanescas de tres o cuatro generales borrachos.

- - -

No tengo el vicio de ser abstemio, que esto quede bien claro. Pero, al llegar la información, en la letra menuda de las corresponsalías, de que el consumo de whisky en la Casa Rosada llegó a las noventa y cinco botellas semanales en los tiempos de Viola, y a las ciento cinco en los de Galtieri (una, como mucho, en los de Illia), confieso que me asustó... y mi afecto por el trago sufre un serio revés. Hay que tener mucho amigote al pedo, hay que hablar mucha pavada en los despachos oficiales, para llegar a ese alcohólico consenso, entre entongues y matufias varias. Y bien, hay que estar muy borracho —de poder, sobre todo— para llevar un país como ellos lo han llevado y mostrar, simultáneamente, esa despreocupada alevosía que los caracteriza. Los asesores piensan (campañas de saturación psicológica, que son su único asunto); los represores aprietan (una accioncita hoy, otra mañana, para recordar que aún existen los **chupaderos** o centros de aniquilación); los economistas desquician el aparato productivo (“porque este es un país de reses y de mieses, no me jodan”); y los generales chupan, en sus vasos de cristal tallado, mientras disfrutan del toco, por demás succulento. Si la mersada se desborda, se le tira un hueso patriótico, del tamaño del archipiélago; y si con eso no se conforma, hay leña. Asunto terminado. A ver si se respeta o no la autoridad, en este país de mandones atravesados.

- - -

Pero, “Dios se complace en enredar los planes de los astutos”. Está en el libro de Job. Todo parece fácil, hasta que deje de serlo. Y los tientos se gastan, y los lazos se cortan (esto es *Martín Fierro*, un Job criollo, si usted me lo permite). Entonces, la tripleta, que venía gorda, falla. La tripleta, que consistía en: a) superar el descontento con un inusitado golpe de efecto; b) transferir la potestad efectiva sobre las islas, de un imperio a otro, bajo el manto de una presunta soberanía recuperada; c) iniciar de inmediato los negocios con las multinacionales, cuya cometa se cobra en dólares y desde

el primer día, no al cabo de los cinco o diez años que demora en iniciarse la explotación... Falla, se corta, se viene abajo, revienta; e impone una partitura que no estaba en el concierto: Galtieri ha hablado de tercermundismo y antimperialismo; la Junta en pleno, mentando su ubicación entre los países no alineados; el canciller Costa Méndez yendo a besarle las botas a Fidel Castro y hasta dejando de hablar públicamente en inglés.

—Hacen política —asegura Pablo López, que viene a casa y pontifica, mientras se echa a bodega la infaltable milanese—. Con otros códigos, otro estilo... pero política al fin.

—Sí, Pablo.

Hacen la política del pragmatismo y el vuelo corto, de las mentiras gruesas y la muerte a raudales, ya que la vida ajena es lo que menos cuenta (lo pongo otra vez, para que suene a grito: LA-VIDA-AJENA-ES-LO-QUE-MENOS-CUENTA): hacen la política del saqueo y la corrupción, de la soberbia y el camelo, de la ruindad bajuna. Con una inteligencia a lo Galtieri, que no sabe cuánto va de 400 a 40 000, mientras él chupa y se apoliya en los sillones del despacho; la dignidad a lo Menéndez, que fue a tomar las Malvinas y se rindió en las Falkland... ¡Haceme el favor!

—Vos también hacés política, cuando escribís y aun cuando no escribís, cuando te tirás a la bartola en vez de darle a la maquinita...

—Cómo no, Pablo.

Adjunto la cargada, ya que (quien lo ha visto lo sabe) si hay una máquina que no descansa, esa es la mía. Y agregó:

—También cuando me levanto por las mañanas y cumplo el saludable ritual de Santoro. Pero, con qué ganas, flaco. Con qué tremendas y rotundas ganas. Te lo juro.

XXV

El cadáver de un ser vivo

Denuncia, julio de 1982

A fines de septiembre de 1977, una pareja originaria de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, se entregaba a un ritual viejo como los tiempos: hacer el amor. Cumplían de ese modo con los reclamos de su propio afecto y aliviaban, tal vez, las angustias de su difícil situación: ambos eran militantes montoneros, vivían en la clandestinidad desde hacía largo tiempo y sufrían el acoso de las fuerzas regulares, no solo en sus propias personas sino también en las de muy cercanos seres queridos. Él respondía a los apodos de Beto y el Negro. Ella, al de Rita; pero su nombre real, Laura Estela Carlotto, era conocido por los represores, que ya habían puesto una bomba en su casa y otra en la fábrica de pinturas de su padre.

A Guido Carlotto —padre de Laura Estela— lo secuestraron a mediados de ese año, sometiéndolo a torturas y vejámenes durante veinte días para que soltara algún dato sobre el paradero de Rita y de su otra hija, también involucrada en lo que oficialmente se llamó “la subversión”. Don Guido, al aparecer, no sabía. Y, si sabía, calló. Pero Rita y su compañero fueron atrapados, de todos modos, en octubre o noviembre. Pasaron algunas semanas en manos de la Marina, según se cree: en la famosa y siniestra Escuela de Mecánica. Después fueron destinados a “**La Cacha**”, un campo de concentración con guardias rotativas (de las distintas armas) que se alternaban cada cuatro días. Allí Beto fue fusilado, al mes de

llegar. A Rita le esperaba, en cambio, una larga y penosa trayectoria —hasta el día de ser madre— con un final de humor macabro, dispuesto por el general Reynaldo Bignone: nuevo presidente argentino, sumamente elogiado por los figurones políticos del país.¹

“**La Cacha**” había recibido su nombre de “la bruja Cachavacha”, un personaje popular de los dibujos animados en la TV argentina: era de una perversidad sin límites y tenía la facultad de hacer **desaparecer** a las personas, con su varita mágica. Funcionaba (el campo, no la bruja) en las antiguas instalaciones de Radio Provincia de Buenos Aires, muy cerca del penal de Olmos, en las inmediaciones de la capital platense. Se usaba como lugar de entrenamiento para perros, hasta que fueron agregadas las nuevas funciones. En su momento de máximo esplendor, llegó a alojar unos ochenta o cien prisioneros: pero en los ocho o diez meses que pasó Rita allí, no había más de treinta, manteniendo —eso sí— un sistema de permanente rotación: o sea que unos entraban y otros salían, casi siempre hacia tenebrosos destinos.

Entre los que entraron y salieron, en ese tiempo, podemos mencionar a Ana, Angelita y Chispi (hija de un comentarista deportivo de Radio General Urquiza, en Paraná), desaparecidas; Alejandro Gutiérrez, alias Luciano, desaparecido; Toto, de apellido Rodríguez, nacido en Concordia, Entre Ríos, desaparecido; Coco, oriundo de Tucumán, derivado a la Escuela de Mecánica; María, embarazada de cuatro meses al llegar, desaparecida; Cristina, amiga de Luciano, posible sobreviviente (salió de allí en agosto del 78); Willy (estudiante de medicina); Jimmy (hijo de una costurera, único dato) y el Tuerto, todos trasladados, eufemismo que indica generalmente su ejecución; Juan y Valentina; secuestrados por poseer armas en su casa (eran mayores que el resto de los prisioneros, inútilmente

¹ “Es un demócrata consumado”, había dicho de él un dirigente. Radical, según creo.

explicaron que se trataba de armas de colección, debidamente registradas en casa caso), derivados de un Tribunal de Guerra (sic) que los absolvió, hoy radicados en Brasil según se cree:² el Zorro Valenti, presunto colaborador de los represores, sobreviviente; la Gringa, obrera textil, de apellido García, desaparecida; Walter, totalmente destruido por las torturas y por una huelga de hambre que inició al conocer el **traslado** de su esposa e hijo: había que llevarlo al baño, pues no le daban las fuerzas para caminar, también trasladado posteriormente.³

Entre los represores de “La Cacha” figuraban: *Romo*, entrerriano o correntino, de unos 55 años; *Daniel I o el Coronel*; *Daniel III*, joven, de bigotitos, con el estilo —en el hablar y el comportamiento— de los oficiales navales: *el Oso*, efectivo de la Policía Federal, muy borracho; *Garrote*, rubio, de ojos claros, tan borracho como el anterior y feroz pegador; *Palito*, moreno, delgado, oriundo de La Plata, con antecedentes policiales como ladrón; *el Pájaro Loco*, de cutis blanco y ojos verdes; repartía su comida con los prisiones; *Eduardo*, feroz castigador, encargado de los informes internos: cumplió cuarenta años exactamente el 30 de agosto de 1978; el *Capitán Villa*, oficial de Ejército, alto, moreno, de ojos pequeños y oscuros (“no buen mozo, pero sí muy imponente”, según lo definió una prisionera)...⁴

Villa tomó a su cargo el caso de Rita; fue, de algún modo, su protector; hecho común en los *pozos o chupaderos*, donde los oficiales mostraban el capullito de su bondad amparando a algunas personas, sin distinción de sexo; digamos, sin evidenciar necesariamente un interés secundario. Rita cumplió su embarazo en “La Cacha” y el 25 de junio fue llevada al Hospital Militar Central, donde tuvo un varoncito que le fue arrebatado a las cinco horas. De hecho, el nacimiento del niño implicaba su sentencia, ya que en

² Estaban en México, en realidad, y aportaron toda esta información. Declararon, posteriormente, en el juicio a los miembros de la Junta.

³ Aún en ese estado, sus captores le temían. Decían que “echaba fuego por los ojos” y que iban a “perder todos” si llegaba a salvarse.

⁴ Valentina, obviamente.

todos los casos y en todos los campos de reclusión clandestina se procedió de este modo: matando a las madres y capturando a los hijos, para entregarlos a sanas y bien pensantes familias argentinas. Tal vez por la protección de *Villa*, ese segundo paso —el de la eliminación— quedó en suspenso durante un tiempo. Pero, se iba a cumplir de cualquier modo, porque así lo establecía esa maquinaria de horror. Lo curioso es el modo en que esto ocurrió.

La madre de Laura Estela, en su desesperación por encontrarla, había golpeado ya muchas puertas cuando llegó al despacho del general Bignone, por entonces jefe de Estado Mayor del Ejército. Manifestó ante él su angustia, recibiendo una larga y afrentosa respuesta: “Esos son irrecuperables... Uno los suelta y después andan por el mundo hablando mal de nosotros”, etcétera. Ante este curso del diálogo, doña Estela Barnes de Carlotto musitó: “Solo le pido que, si está muerta, me entregue su cadáver... No quiero ir de cementerio en cementerio, buscando los restos de mi hija...”.

—Prometo hacer lo posible —respondió el general. Y pidió el número de teléfono “por si pasa algo”.⁵

- - -

La llamada sonó dos meses y medio más tarde, cuando Rita llevaba unas pocas horas de ejecutada: el 25 de agosto de 1978. La habían retirado de “La Cacha”, junto con otro prisionero apodado Carlitos. “Van a la ESMA”, les dijeron. Y aunque la ESMA (o Escuela de Mecánica) no prometía nada bueno, tampoco llegaron. En un alto

⁵ La buena señora, partícipe del movimiento Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, me hizo notar en México que yo le hacía jugar un papel de *deus ex machina* en la eliminación de su hija, según mi relato. Después convinimos en que no podía ser así, de ningún modo. La ejecución iba a producirse, de una u otra manera. Lo macabro fue que un alto jefe le hiciera esa promesa cuando la joven estaba viva...y la cumpliera posteriormente, demostrando además el pleno conocimiento que los mandos tenían sobre el accionar de sus subordinados. Bignone no fue incluido entre los militares del Proceso sometidos a proceso —según entendemos— por una especie de *gentlemen's agreement* establecido entre él y el inmediato presidente Alfonsín.

del camino los hicieron bajar. A él le pegaron un disparo de Itaka en la cara, para dificultar su reconocimiento. A ella, uno en la cara y otro en el vientre, para borrar las huellas de su reciente maternidad. Los cadáveres fueron depositados en el Destacamento Policial de Isidro Casanova, localidad cercana a Buenos Aires.

Guido Carlotto reconoció y se llevó a su hija, sin permitir que su esposa la viera: tan impresionante era su aspecto. Carlitos fue enterrado como N. N. en el cementerio de dicha localidad.

Estela Barnes de Carlotto conoció, por otros prisioneros, la existencia de ese nieto que acaba de cumplir cuatro años. Jamás pudo dar con él. Denunció el caso ante las Naciones Unidas, en Ginebra. Otros testimonios obran en poder de Amnesty International y en la Comisión Arquidiocesana de Derechos Humanos de San Pablo, Brasil. La hermana de Laura logró salir del país y está refugiada en Europa. El general Bignone tiene hoy la misión de reconstruir en Argentina el estado de derecho.

XXVI

Una carta

Frente, octubre de 1982

... Y después de muchos años, reaparece Mabel. ¿Quién es Mabel? Una amiga de la casa, de la familia: compañera de mi esposa, en remotas andanzas de encuestas y otros rebusques (todos de plañilla en mano y cafecito en la esquina); ocasional escritora (más ocasional de lo que debiera): buena tipa. Leyó un artículo de esta serie; buscó a un conocido en la redacción; obtuvo nuestros datos, nos escribió.

“¡Así que ahora están en México?”, pregunta. Y si: estamos en México. “¿Ya no en España?”. Ya no en España, Mabel. “Y el hecho de que hayan regresado al continente... ¿significa que quizás pronto vuelvan a Buenos Aires?”. Por supuesto. ¿Qué otra cosa podría significar? Más pronto o más tarde —ya que un solo exiliado siempre será una denuncia de que algo no anda bien— volveremos a Buenos Aires, a besar la tierra o a llorar de cara al cielo, agradeciendo a los dioses que lo hicieran posible.

Y mientras tanto, América: arepas o tortillas de maíz, en lugar de bizcochos o pan con grasa, pero ya es algo. Ron de Caldas, pisco o tequila, a falta de la vieja Bols; pero se acercan. Y además el desmadre, el bolonqui, la desmesura de América en cada paisaje y cada esquina. Juan Gelman u Otto René Castillos haciendo la poesía, **esa poesía**, nuestra poesía de ahora y para siempre. Y dos viejos ogros —Rulfo y Onetti— contando la aspereza de nuestro andar por la

vida. Y el Laco Zepeda recordando un cuento que ni te cuento. Y el Cacho Constantini, quejándose de un chico que canta tangos, aunque es muy delicado (“se come la polvera, no puede ser”). Y el abuelo Vallejo, con su padre Darío, más la lira enlutada. Y nosotros, recordando —al mismo tiempo y con la misma emoción— a Pedroni y Angel Vargas; un pueblo diminuto (Corral de Bustos, Córdoba) y una esquina tumultuosa (Lavalle y Florida, o cualquier otra), así como se recuerdan boliches perdidos en el tiempo, personajes que tupen la memoria, frases que en otros sitios no significan nada: “Rechiflao en mi tristeza”... “Febo asoma”... “ese es un tomo”... “contásela a Magoya”... “pasó a la inmortalidad”...

- - -

“¿Esto es la Madre Patria o una tía lejana?”, se preguntaba un orre, al ver que en España los fósforos son cerillas, las minas son yacimientos de explotación industrial, la tarragui no es vento (ni siquiera guitarra) y Pocho, improbable apodo, no se refiere a nadie en particular... Entonces, ahí está todo (hasta el laburo, a veces), pero no el sentimiento de pertenencia (salvo en Galicia, donde un boliche se llama Buenos Aires y otro República Argentina, el churrasco es churrasco y la milanesa a caballo, eso: una milanesa a caballo; todos tienen un hermano “allá”, dos primos, siete sobrinos; alguna vez atendieron un bar Tarzán en Villa del Parque o un Dos de Mayo entre Caballito y Paternal). El idioma es una limpia y pareja acumulación de significados, que no tiene sorpresas ni las debe tener.⁶

- - -

⁶ Trabajaba yo de corrector de pruebas, en Madrid, cuando consulté a un compañero: “¿Qué hacemos con esa coma, la volamos...?”—La quitamos —respondió él, para después aclarar que las comas no se hacen volar: se ponen o se quitan.

Atendiendo a Torrente Ballester, en la misma empresa, le pregunté: “¿No se tomaría un cafecito, don Gonzalo?”

—¿Tomaría usted un café? —me corrigió. Y luego aceptó el ofrecimiento.

Por eso, América es América: la impronta, el colifateo, ese modo desprolijo de hacer lo que hay que hacer (y aun lo que no hay que hacer), esa desesperada voluntad de equivocarse y empezar de nuevo: todos los años y todas las generaciones, tal vez todos los días. (Si España fuera América, por ejemplo, Franco hubiera sido Galtieri: tomaba Gibraltar para rajarle a sus conflictos y en vez de cuarenta años duraba cuarenta días. Pero Franco no iba a hacer esa chapetonada...).

Mientras tanto, Mabel escribe y nosotros decimos que sí, que allá vamos.

Se dirige a mi mujer y recuerda la tarde, el cielo de la última vez; “la tristeza de tus palabras”, ya que “sentías la partida como una muerte”. Pero después supone; “ustedes que han tenido la fortuna de VIVIR en otra parte...”. Nosotros, que hemos tenido tal *fortuna*, no transitamos por esa especie de cuento tétrico, infantil y espantoso que nos cuenta, de un país en el que están “todos los habitantes convertidos en estatuas, congelados o con un viso muy parecido al de la muerte”. Conmover, por supuesto.

Sin embargo, querida Mabel, esto no fue, no es VIVIR (al menos con mayúscula, *versales*, en lenguaje ajeno) y el triste cuento, según lo interpretamos, se refiere a un hechizo que también nos tocó. Porque **distancia** y **alienación** son términos hermanos: porque no estar donde hay que estar y no hacer lo que se quiere hacer sin similitudes tan crueles y letárgicas como cualquier otra instancia en que se agota la vida. “El hombre no nació para ser derrotado” decía el viejo Hemingway; tampoco nació para estar lejos, para morir callando, para que el Turco Asís cuente su historia bajo una estética de alcantarilla, o que Neustadt la explique con la cambiante lógica de Massera o Teissaire. No. El hombre y la mujer, la especie humana, dan para más que eso; y si hoy se observa nuestra Argentina, según tu carta, “un tufillo a despertar”, es porque el dolor sirve, la lucha continúa, no hay un cerca ni lejos, diáspora o permanencia: hay solo un aguantar o un replegarse, un resistir o un transar, un aceptar las astucias coyunturales del transfuguismo

o un oponerles esa callada, ciega, patética resistencia de los que nunca renuncian a ser quienes son, a protagonizar —de cualquier modo— la esperanza.

Gracias, Mabel, por tu carta, por evocar nuestra casa y nuestros hijos por hablar tan en vivo y en directo de los barrios amados. También por mencionar ese poema de amor de tus abuelos en que había “dos nombres y una palabra: Palermo”. Para nosotros, esa palabra es un poema más.⁷

⁷ La persona referida es Mabel Cepeda.

XXVII

El último viaje del “Cabo San Roque”

Resumen, noviembre de 1982

Habían puesto una alambrada, como a cien metros de distancia, y desde allí tenían que saludar parientes y amigos. El barco —aun así, grande, impresionante— se fue llenando de figuritas irreconocibles, que agitaban la mano hacia no se sabe quién y recibían expresiones de idéntico fervor a la distancia.

En cuanto se dejaba la planchada, empezaba el registro:

—¿Pasaporte, señor...?

El pasaje. La vacuna...

La distribución de camarotes, que ya estaba prevista, se prestó a algunos inconvenientes: ¿quién quería viajar con Juanito R., que era de Misiones, tocaba la guitarra y tenía la desfachatada costumbre de andar siempre descalzo, lo que se dice *en patas*? Mi familia lo aceptó: le brindó el lugar que, para su desgracia, no había ocupado uno de mis hijos a último momento.¹ Cuando todo estaba listo, nueva llamada: “A registro”.

—¡Pero si ya mostramos los documentos!

No hubo queja que valiera. Una ronda de canas (canas de Ejército, canas de la Marina, canas de Aeronáutica, canas de la misma Cana y algunos **marcadores**, previsiblemente) quería ver el pasaje, carearlo, hacerlo pasar por esa vieja ronda del delito: el

¹ Enrique. Cuento su historia en otro volumen.

manyamiento. Se tuvieron que practicar seiscientas confrontaciones, para lograr una captura: cierta parejita, con un niño en brazos, que fue desembarcada, metida en un coche y nunca más se supo. (Los viajes y sus amigos de tierra oyeron tiros, poco después; hoy podemos decirles: serían tiros... destinados a otros; ellos debieron caer en alguno de los ochenta **pozos** o **chupaderos** que conoció el país;² el niño hoy crece, seguramente, en un hogar corrupto y acomodado, donde le enseñan, ante todo, el odio real hacia sus progenitores).

A las doce y media de la noche, con diez horas de atraso, el barco perdió contacto con el muelle argentino y empezó a internarse en la oscuridad del río, mientras disminuían por muchos años las luces características de la Reina del Plata.

Nadie bajó en Montevideo (la **interpol** clandestina de los servicios ya era conocida: entonces muy fuleros entre los ejércitos de Uruguay, Argentina, Chile...); en cambio, sí lo hicieron en Santos, Río y Bahía (ignorando que esa interpol tenía brazos muy largos y tropicales: a Norberto Habegger lo habían **chupado** allí, después de una celada tendida en México). Pero, no pasó nada y el horror quedó atrás: los siete días de mar y cielo, entre Brasil y Tenerife, podían borrarlo todo. Mi hijo Alejandro y un tal Américo Ñates (sic) se encargaban de distribuir noticias falsas: “Cayó Videla, ahora gobierna Díaz Bessone con una Junta civil”... “Invadieron Cuba: Kissinger va de gobernador general”... “Somoza declaró el Estado nacional-socialista”... Una noticia real, en cambio, conturbó el pasaje pues fue distribuida por el propio capitán del barco: en un supuesto enfrentamiento, había caído Norma Esther Arrostito; muestras de su grupo sanguíneo habían quedado en el lugar del

² Datos que se manejaban por aquel entonces. La Comisión Sábato dio, posteriormente, un total de trescientos cuarenta pozos y chupaderos, en todo el territorio nacional.

hecho... (Después se supo: las muestras eran de laboratorio: la Gaviota —Gaby— Arrostito estuvo largos meses secuestrada en la ESMA: conoció la grotesca admiración del *Delfín* Chamorro y la bajuna protección del *Tigre* Acosta; fue eliminada con inyecciones, un domingo por la tarde, bajo órdenes directas de Massera, que ya no soportaba las presiones de Ejército...). Juanito, siempre en patas, formó un dúo con Justo, el compañero de una flaquita llamada Cecilia, quien descubrió en primera a dos viejas conocidas suyas, muy chetas, muy mundanas (como si dijéramos Elvira Orpheé y Martha Lynch, en plan de viaje internacional), de grandes charlas con los oficiales, utilizando —como es de rigor— varios idiomas: una había sido su *responsable* en la Orga; la otra, miembro de un grupo de apoyo. Raúl y Sara, dos actores que habían puesto la jeta en “Los traidores” (película secuestradísima, del también **desaparecido** Raymundo Gleizer) mantenían un aire serio y distante. El Gordo Tomás se encarnizaba por mantener a raya a sus cuatro hijos, en tanto que su esposa, Carmen, luchaba con los efectos del mareo. Increíble, la valiente Carmen: revoleando una cadena, había sacado de su casa a un piquete de milicos (“usted no sabe con quién habla”, gritaba el oficial: “Sí, con ladrones de gallinas”, respondía ella); ahora no podía con el run-run de las olas y el zumbido del motor. El asombroso Tomás, culpable de trabajar como Papá Noel, dedicarse al estudio de las sectas secretas (los templarios, los masones...), escribir una biografía de Perón y acceder a un humor de increíble delicadeza,³ debía optar por el exilio ante las amenazas contra él y su familia. Daniel, un joven psicólogo, buscaba la compañía de mi esposa, para charlar en paz y olvidar el clima de piantadura; después debía soportar en la mesa a una vieja señora, Pilar de nombre, que había sido ama de crianza de Martínez de Hoz; a tres maricas que eran un show perpetuo; a un polizón —muy loco— que se empecinaba en tirar los niños de la piscina (por

³ “Estás en un *contradictio in extremis*” le decía a su mujer, cuando esta un día perdonaba y otro castigaba las travesuras de sus hijos.

suerte, no al mar); a un viejo gallego que tenía nietos en Argentina pero volvía para encontrar a su antigua novia, quien debía estar “igual de guapa y además virgen”; y a todo el carnaval de un viaje absurdo, que fue comentado por *La Razón* como una “fuga masiva de elementos subversivos”

En Tenerife hicieron pie con buena fortuna; pero al llegar a Portugal encontraron un frente de tormenta: media vuelta de campana que indicó la rotura de casi todos los platos, vasos y las fuentes: el descuajeringue de un piano; y la contusión de unos cuantos pasajeros. No hubo “desaparecidos”, según anunció un camarero, sin imaginar lo que esa palabra significaba ya para algunos. Y en el punto final, Vigo, solo había dos personas esperando: una mujer de Bilbao que tenía un primo en Buenos Aires y yo. El *orvallo* —una llovizna constante de aquella ciudad y región— nos rociaba a los dos. Nunca tan pocos esperamos a tantos; ni con tan diferente estado emocional, ya que ella ni conocía a su pariente. Yo, a los míos, sí: de pronto aparecieron, me estaba señalando.

—¿Ese es tu viejo...? —les preguntaban.

—Sí

La bilbaína no iba a ser.

—¡Qué pelado!

Nadie es perfecto. Pero entre abrazos y bromas absurdas (de alegría, por estar a salvo), entre reencuentros y presentaciones, nacieron amistades llamadas a durar, como tantas, un tiempo: el del exilio, los sueños, los proyectos, las mufas... con solo dos finales, según marcaría la vida: para unos, la emigración, que nunca acaba una vez que empieza, para otros, el regreso —tan soñado— al país natal.

Sé que Juanito aún está en España, Justo en Australia, convertido en maestro y concertista de guitarra (antes, vendió cuadros por el norte de Europa, cantó en distintos lugares...); Cecilia, en Argentina, donde participó en la puesta de una obra mía; Tomás en Costa Rica;⁴ nosotros, hoy en México, mañana vaya a saber dónde...⁵

Américo Ñates, médico y periodista, permanece con su nombre real en Madrid; tal vez se acuerde de cuando fue nombrado Dios Neptuno de la segunda clase, junto con Mónica, una muchacha que hoy triunfa cantando tangos... Y Mónica tal vez añore a Estela, su íntima amiga: una piba bonita que sobrevive *biyuteando* en las proximidades de El Corte Inglés...

- - -

El barco fue desguazado, como la Argentina, por esos días. Sus tripulantes enviados, con suerte, a destinos mejores. El pasaje se integró al fenómeno de esa diáspora que hoy tal vez se acaba, tal vez no, tal vez deba ratificarse en la nostalgia de un país que dio a Discépolo y a Massera (la Biblia y el calefón, como quien dice), la prosa de Borges y el discurso videliano, el bizcochito con grasa y el *chupe* (como otras tantas formas de las bellas artes) ... a Scalabrini Ortiz, Jauretche, Cooke, el radicha Lebehnson, el zurdo Tosco (como expresiones diversas de la lucha y la esperanza) y a Alfonsín, como vaya a saber qué, porque esa página el tiempo no la escribió todavía...

⁴ Hacía de Papá Noel, una vez más. Su esposa había regresado a Argentina.

⁵ Obviamente, en Estados Unidos, donde se recopilaron y revisaron estos apuntes.

XXVIII

Los retornos

Inédito, 1982

Onetti, como Chopin, se ocupó de “Los Adioses”. Delicioso, exquisito tema que hasta un salvaje urbano como el narrador uruguayo —más áspero que una lima y más denso que un gargajo— logró tocar con la punta de los dedos, en una pequeña e inolvidable novela. ¿Tiene presente el asunto? Una parejita. Otra mujer que llega. Al final, él es el padre de la criatura, para sorpresa del bolichero que los observa y cuenta la historia... En suma: una comedia de enredos, inserta en el largo túnel de una feroz melancolía.

Nosotros vimos, conocimos, protagonizamos otros adioses: de pañuelo en mano y apretón contra el pecho; también de mirada por el visillo, de espanto y asco, de rabiosa impotencia ante los desmanes de un cobarde (que es la peor de las impotencias imaginables).

Unos se iban; a otros se los llevaban...

Hubo adioses, por cierto, del mismo modo que hoy hay retornos, dentro del marco histórico de nuestra muy especial situación.

—*¿Shabé qué pasha, loco...? Que yo eshtraño aquello. Esh una cosha que no doy má.*

El exiliado se burla de sí mismo, habla como la Chona o el ñato Desiderio (aquel de “angarrá lo libro”, que hacía Mario Fortuna); se pone hiperfolklórico, se ridiculiza: expresa de ese modo una

ansiedad, un malestar atroz, que sus pudores le impiden manejar más frontalmente.

—*¿Vishte que Garshía Márque habla del shabor de la guayaba? Yo podría eshcribir un broli entero sobre el olor del bizcochito con grasha.*

¿Y quién no? Doscientas páginas al hilo, sobre esos domingos por la mañana: el paseíto hasta el quiosco y la panadería, la cara de los pibes (siempre asombrada, como si vieran la factura por primera vez); las broncas en la mesa (“me robó un sacramento, yo lo mato a ese hijo de puta”); los intentos por ejercer una autoridad sin mayores perspectivas (“silencio; y además qué lenguaje es ese”); los diarios (de entonces), con los suplementos (de entonces, solo en el formato se parecen a los de ahora), el criptograma de *Clarín* (siempre con citas de La Bruyere o Montaigne) y la encuesta, en que figuraban como mínimo tres amigos, hablando de compromiso y literatura.

La nostalgia está en todos; pero los chistes reiterados sobre el mismo tema, las reflexiones penumbrosas (“¿qué hago yo aquí, loco...?, ¿para qué sirvo?”), más las críticas al país o al lugar de residencia (“los yoyega no la ven, flaco, qué querés que te diga... los talancas están en el gomán y nada más que el gomán... de los cosue, ni hablemos: afaná algo en el Systembolägen y en vé de meter-te en cana te mandan al sicoanalista... los mejica s’están peleando todavía con Hernán Corté... ¡No puede ser, tampoco!”) ya dan un cuadro típico: retorno en puerta.

—Porque el Toto volvió y no le pasó nada, ¿viste? La Negra fue y vino. Pensá lo que es la Negra. Problemas hay, se sabe. Pero, aquello es aquello.

Aquello es aquello y la palabra sabandija siempre quiere decir vivo, atorrante, travieso que se hace querer. Las baldosas forman un avainillado, color crema, o unos cuadritos violáceos, como raviolitos en lila, que no se han vuelto en otra parte. Las calles rememoran a próceres que se conocen desde la escuela y se cuestionan —o

se detestan— desde la juventud. Las casas guardan recuerdos que uno supone, aunque no conoce. Y las personas tienen nombres pre-
visibles, según su tipo y generación: doña Eusebia y don Bartolo;
el abuelo Evaristo, Nicasio o Severino; la tía Clara, Clotilde o Inés...
Los que nacimos entre el 30 y el 50 somos todos Albertos, Ricardos,
Carlos y Jorges; las nacidas entre el 50 y el 60, puras Mónicas, Silvias
o Patricias: de esa fecha en adelante, se entran a ver los Gonzalos y
Ramiro, como si un viejo casticismo fuera la novedad: vuelven los
Federicos, aparecen los sorprendentes Vladimiro y Anastasio; tam-
bién hay una oleada de Susanas y Cristinas que hoy puebla nuestro
exilio...

Un nombre alcanza para saber la edad, origen de clase, vida y
estilo de cualquier persona (o para sospecharlo); una sola palabra,
un giro durante la primera conversación, basta para saber de qué
se ocupa, cómo piensa y de qué modo lleva sus contradicciones.

Eso se pierde al estar lejos. Y uno, que no nació para botón, para
investigador de nadie, pero sí para entusiasta, para conmovido oi-
dor de palabras, **percibidor** de estilos y de conductas, eso lo siente.
Se halla, de buenas a primeras, en un mundo sin referencias, sin
claves ni connotaciones. Lupita es Lupita y nada más que Lupita.
Lola o Consuelo, una española y punto. Se tienen que buscar las
palabras para decir *no me cargués* (“*no te quedes conmigo, tío*”, sería
en España... “*no me vaciles, carnal*”, en México... “*¿me estás bufiando,
bro?*”, entre los puertorriqueños de Nueva York... Pero eso lo apren-
de el hijo del exiliado, no el hombre adulto, que tiene otras reac-
ciones ya incorporadas). Queda, entonces, la réplica: el “síndrome
del turista”, que supone en los demás la obligación de conocer los
propios gustos y hábitos:

—*¿Vishte esho? Le pido un churrashco vuelta y vuelta y el tipo she
me queda mirando. Pero, ¿dónde ‘shtamo, sobre la fá de la tierra o en
lash catacumba...?*

Como aquel que reclamaba en Barcelona su derecho a tomar un
café con leche y galletitas Manón. Ante el silencio asombrado del
bolichero, insistía: “Ma-nón... de Te-rra-bu-si...”

Jamás se le ocurrió que esa marca, tan popular en Argentina, fuera desconocida en el resto del planeta.

- - -

Pero aquello es aquello y el exilio es el exilio: un asombro, un desgaste, poblados de novedad y nostalgia. Novedad, por todas esas cosas que se van conociendo, ya no en plan de turismo sino desde otra situación, más triste y señalada. Nostalgia, porque **aquello es aquello**, como la vida es la vida y los sueños son sueños; del mismo modo que los retornos son retornos: una ansiedad, una angustia, que se asumen con el corazón temblando. Porque “la mano está dura, otra vez”. Dicen. “No hay laburo; por ahí llegás y te comen los piojos”. Paciencia. “Al Fito, mientras le daban, le preguntaban por vos”. Y bueno.

Entre el retorno sucio y melindroso de quien primero va a hablar con el embajador o el agregado militar, y el retorno estremeado y limpio del que no aguanta más y se la juega —naturalmente— uno revalida a este último. Es el regreso fraternal del que merece todo: la comprensión y el apoyo. No la pregunta estúpida sobre una eventual prosperidad:

—¿Hiciste guita, loco...? ¿Viviste a lo bacán?

Ni la comparación amarga con lo que se soportó dentro del país.

—Porque... ¿sabés lo que fue esto...?

Salió el que pudo y se quedó el que pudo, esa es la verdad. Los demás padecieron lo que no merecían y nos convocan hoy, desde el silencio, a compartir la lágrima (inevitable) y la esperanza (imprescindible). Punto.

Tan advertidos, nosotros, los argentinos... y pagamos precios de horror por cada una de nuestras ilusiones.

Tan politizados somos y tan analizados como estamos, aún seguimos conservando al menos dos de nuestros grandes males: el psicopateo y las consignas...

XXIX

La euforia

Inédito. 1982

Ya no estamos en las expectativas del retorno. Estamos en la euforia, en ese punto sacramental del ensueño que se podría llamar *piantuje* y se caracteriza por hacernos ver lo rosa más rosa, lo blanco más blanco (como ciertos jabones para la ropa) y lo dorado más dorado, con esa tonalidad que tienen únicamente algunas alboradas de la Patria.

Yo lo veo, lo disfruto, lo celebro con quien se arrime en ese plan... pero no me lo creo. El geminiano esquizoide que hay en mí tiene una personalidad que hace chistes y brinda con los viajeros; otra que está callada y mueve preocupadamente la cabeza.

Es que hay que bancarse la andanada. Llama el Cacho Costantini, con su tono nasal y su voz premiosa:

—¿Sabés qué pasa, che? Que tengo el pasaje con fecha y todo. Diez de enero. Entonces, ya no morfo, no leo, no escribo... ¡No hago nada!

—Joderse, Cacho —se muestra uno preocupado.

—Tengo hambre y no me preparo un huevo frito...

—¿Por qué?

—Porque después hay que lavar la sartén. ¿Y a quién se le ocurre lavar sartenes, cuando tiene un pasaje para el día diez?

Falta un mes y pico para esa fecha, pero no insisto. Llama Orgambide, a causa de un libro que estamos encarando.

—Es lo último que hago aquí —me dice—. Después, a pasar las fiestas y esperar el día.

—¿Vos también, Pedro? —respondo a lo Julio César. Y puntualizo— ¿Vos, que tenés la casa puesta, el laburo en firme, la columna fija y hasta un pibe (el más chico, que juega conmigo a ser los malos) nacido en México...?

—Sí. Con todo eso, me vuelvo.

Por si fuera poco, cae el Dúvele Viñas, exaltado, con la noticia de que cobra el viernes y se va el sábado, el domingo: en el primer vuelo donde quede un asiento.

—Pará un cacho, David... ¿Cómo vas a gastarte el sueldo en el viaje...? ¿Y después, de qué vivís?

—No sé. No me interesa.

—Andá a las Naciones Unidas, por lo menos. Pedí el pasaje ahí. Se lo dan gratis a todo exiliado que lo requiera. No te lo van a negar justamente a vos...

Lo piensa un rato y decide:

—Está bien. Lo intento. Pero, si empiezan con postergaciones y longas, planto todo y me voy. ¡Por cuenta propia!

El motivo de esta euforia surge después: un productor de cine, con quien mantiene correspondencia, le hizo saber que Alfonsín lo nombró públicamente. “Fui al Colegio Militar con Viñas, y después seguí atentamente su carrera literaria”, o algo así, dijo el nuevo presi.

—¡Eso significa que importamos! ¡Que tenemos existencia formal!... ¡Nosotros, los rojillos!... ¡Los rojetes!

Con un repentino casticismo en los labios, siguió especulando —varias horas— sobre las implicancias, a nivel político, cultural, generacional, de estos sucesos.

Un vecino, que lo escuchó al pasar, me dijo algo más tarde:

—Lo que se olvida Viñas es que también Frondizi lo leía... y hasta dijo tenerlo entre sus autores de cabecera.

No le tiré esa pálida. ¿Para qué? ¿Qué sentido tiene amargarle esta jugada a él o a cualquier otro que ya adivina el parpadeo, que está por concretar el sueño más largamente acariciado de estos años: el del retorno? ¿Qué gracia hay en recordarle que “aquello está jodido”... “no hay laburo”, según dicen... “no hay vivienda”...? Las Madres, que no solo reclaman por sus hijos, se preguntan: ¿qué van a hacer con los dos millones y medio de expatriados, si no hay casi respuestas para los que han permanecido en el país?

Los técnicos se siguen yendo, porque “hasta que esto se recomponga... si es que se recompone algún día...”.

—¿Viste los ministros, Negro...? Hay uno que huele a Libertadurra. Otro, el de Economía, que bien baila según dicen...

—¿Y Troccoli...?

Troccoli ya se mandó a la *fessaría* de los llamados Cuerpos Especiales: parece una quita de poder a los milicos, pero en el fondo no es sino una concesión a ellos; como decirles: tranquilos, que si hace falta la seguimos. ¿O no?

—¡Pero, en el área cultural vamos a estar fenómenos! —reacciona el panglosiano optimista que hay en uno.

Sí: vamos a estar bien... mientras dure. Gente adecuada, en los cargos justos. Prueba de ello es que la derecha ya está armando la bronca: ¿cómo puede ser que en la Universidad se respeten los principios de la Reforma, tan largamente esperados por la población...? ¿O que en el área de ciencia y tecnología se instale un señor Sadosky, internacionalmente respetado, no un obtuso coronel ducho en intervenciones? ¡Adónde vamos a parar! La televisión ya pinta exilios y **desapariciones**: ¿es que, en vez de atenuar los odios, vamos a excitarlos...? Cosas de *la patota cultural* seguramente, dicen los profesionales de la cautela que supieron medrar todos estos

años. En teatro se ve una irrupción policial, encarnada por Lautaro Murúa: la gente vuelve a vivir lo ya vivido, empieza a expresar lo no expresado. Y eso, para algunos, es el escándalo, el desmadre. Para otros, es una activa preocupación: ¿estaremos realmente ante una línea en firme, o solo ante una etapa, de final previsible?

Solo ante una etapa, responde el corazón, que ya es “lechuza muy cascoteada” —como decía el viejo Bouchardo—¹ y que además sabe esto: si no hay juicios, si no hay comisión bicameral, asistida por Madres, Abuelas y demás organizaciones de Familiares o defensoras de los Derechos Humanos; si no hay criterio, analizando el delirio (no los “excesos”); si no hay ajustes en la deuda externa, para reducirla a lo que es (aunque sea mucho) deslindando el entongue, la porcachona cometa; si no se saca de culo a los emisarios del Fondo (pues, ya se sabe: donde está el Fondo no hay progreso, no hay soluciones ni hay salida posible); si no se tocan las tierras improductivas, ni se capitaliza el país —antes que a las personas— con las exportaciones; si no se mantiene el comercio con el Este (¿o es que ahora solo ellos pueden comerciar con el Este?); en fin, si no se muestra que el Gobierno gobierna, y que lo hace en profundidad, con rotundidad de ideas, capaces de convocar no al éxito seguro (que es un chanteo) sino a justificadas esperanzas... lo mejor será no llamarse a engaño; no abdicar del exilio, que es siempre admonitorio; y conservar el ruego ante los amigos, los mismos que regresan en plena euforia:

—Mandame un caserito, de vez en cuando... Fiorentino y Marino, en primer término. Después, Morán o el *Tata* Floreal Ruiz. De Vargas y Rivero tengo bastante; de Goyeneche, también...

Rezo final: “Padre Nuestro que estás en los cielos... Yo, que no soy creyente y que jamás lo he sido, pero siempre respeté la fe de los

¹ Pedro Bouchardo, actor ya fallecido.

demás... sin broma y sin burla... a pecho abierto y a garganta limpia, hoy te pido: que no vuelvan a verse los Bonos Patrióticos, útiles para reducir aún más el sueldo... que no reaparezcan los Ottalagano en Educación ni los Alsogaray en Economía... que, por razones estratégicas o coyunturales, destinadas a **parar el golpe** o a contener **la irritación latente en los altos mandos**, no reaparezcan los criminales de siempre como jefes, ni los cobardes altisonantes como herederos de una supuesta tradición sanmartiniana... que no se imponga de nuevo ese **realismo político**, nada realista, que ya hemos visto tantas veces y que solo revalida —a través de los tiempos— la repulsiva lógica de Caifás...² que la Argentina sea, vuelva a ser, el territorio de paz, justicia y oportunidades en que volcamos nuestros sueños, para todos los hombres del mundo que quieran habitarlo, sin distinción de criollo o extranjero (que perjudica al criollo), con idéntico amor por las criaturas de todos, nacidas para crecer en dignidad y respeto, con el poema y el churrasco a punto sobre la mesa, por los años de los años y aún por los siglos. Amén”.

Esta vez yo creo que hasta Dios debe hacer algo; pues de otro, modo, compadre...

² Entenderse con el que domina y reprimir al que incomoda. Caifás, que era un estadista, resolvió así las cosas, para bien del sacerdocio y las clases dominantes. Los resultados de esta conducta pueden verse a las claras 2000 años después...

XXX

Chantunes y garquiñones

Denuncia, junio de 1983

Washington R. (o Hamilton R., o Archinbald R.: el nombre era gringo y el apellido español) dividía al mundo y sus habitantes en estas dos solemnes categorías. Uno le preguntaba:

—¿Qué es un chantún, Washington?

—Un chantún es un chantún.

—¿Y un garquiñón?

—Es un chantún que te garca.

Algo inspirado en *Cyrano* (y en sus *cadetes de la Gascuña, que a Carbón tienen por capitán*), creo que llegó a esta definición más por la cosa fonética que conceptual. Pero, había un contenido en su modo de ver el juego: Washington R. era un filósofo escéptico, un materialista no dialéctico a quien se le habían quedado muchas veces con el vuelto; entonces runruneaba estas ideas —tristemente esquemáticas— sobre la especie humana. Pero uno, que ha leído las solapas de otros volúmenes, tal vez hoy pueda enriquecer su panorama con nuevas aportaciones.

Ignoro el origen de la palabra *chanta*, o *chantapufi* (que recuerdo también como *ciantapuffi*). En el Gobello ha de estar, seguramente. Italianismo clavado, en un tiempo se equiparaba a *farabute* (que

es un chanta descarado), *mequetrefe* (chanta pretencioso), *tirifilo* (chanta refinado) y *pan de cuarta* (chantita, chantín, chantulín, que jamás metió un gol —ni siquiera en contra— pero la va de algo...)¹

Había chantas gloriosos, como Roberto C., que —allá por el 60— preguntaba “¿hay que hablar con Vítolo?”, en cuanto alguien mencionaba cualquier problema. Y manoteaba el teléfono, como si tuviera una línea directa, para llegar de inmediato al astuto ministro.

Y chantas a contrapelo, como el que esperaba que alguien le pague el submarino y el especial de salame y queso, pero veía pasar un camión de ganado y murmuraba: “Pensar que en La Pampa tuve catorce de estos...”

Y chantas lamentables, como el actor que rondaba los canales de televisión lagrimeando: “Me plantó mi mujer, ¿sabés...?, y yo quiero laburar para olvidarme de eso, no me importa la guita...”, con lo cual, de soslayo, ofrecía su sueldo, o parte del mismo, a título de cometa para quien se ocupara de conseguirle un bolo.

Se da el caso del chanta arrebatado, que parece llevarse al mundo por delante y después no aguanta la mínima confrontación: moral, psicológica, política o de cualquier especie...

Y, finalmente, el chanta despreciable que utiliza el medio, la sorpresa, el misterio, para imponer fugazmente una relevancia sin futuro. Los tanos fascistas, que anunciaban el *vivere pericolosamente* y no servían ni para apretar melones por el ombligo, pertenecían a esta especie: detrás del entorchado, las citas de D’Annunzio y la parafernalia, nunca hubo otra cosa que una cobardía esencial; y el milicaje argentino fue su reedición más perfecta: buenos para el secuestro y la tortura, para el discurso pomposo y la amenaza sórdida, (en suma, para el compadreo y la clandestinidad amparada),

¹ El pan de la cuarta horneada, que era la última de cada noche, salía de inferior calidad, al parecer. De ahí surgió la expresión *pan de cuarta* para definir al sujeto que vale poco.

no mostraron la testa a la hora del combate, se dedicaron a robar provisiones mientras mandaban a otros a una muerte segura.

La palabra garquiñón, lógicamente, viene de *garca*, *garcador*, o *garqueta*; en sentido general: malechor, tramposo, defraudador del amigo; en sentido especial y por aferésis: oligarca (que era también *caquita*, *caquero* o *caqueroso*). ¿Quién no escuchó alguna vez variaciones como *Garconcio*, *Garquelli* o *Garcatutti* (muy significativa, esta última) que el argentino corriente inventa a cada paso, durante cualquier conversación? En los viejos tiempos de Canal 7, allá por Ayacucho y Posadas, llamarlo *Boris* a uno era crucificarlo: se identificaba con *Garfunkeld*, un anunciante al que nadie cuestionaba personalmente, pero que tenía esa raíz matadora en su apellido...

La versión más notable, sin embargo, se la escuché a Carmelo M., con quien compuse algún tango en el cincuenta y pico. Era fuellero y cuidador de un garaje: el Flecha de Oro exactamente, en Añasco y la Avenida San Martín. Su invento, *garcamata*, le servía para anunciar a gritos: “¡Mata...! ¡mata...!” cuando tenía un presunto garcador delante. El otro se sentía elogiado —ya que *matar* es ganar, triunfar, imponerse— mientras se estaban denunciando, y sin piedad, sus pequeñas miserias.

No puedo coincidir —lo he dicho— con Washington R. ni con Carmelo M., en su amarga y ceñida tipología. Creo que la vida es más rica en personajes y más generosa en situaciones, donde operan el denuedo, el desprendimiento, la heroicidad, la grandeza. También la sencilla y limpia generosidad de cada día. Pero, aceptando su juego de observadores a campo raso, me permito destacar otras categorías. La del *colifa*, por ejemplo.

El *calavera*, el *colifa* y el *reventado* son tres tipos que abarcan décadas en la vida argentina. Con un encuadre generacional bastante nítido, si se quiere, ya que el calavera es hoy un sesentón como mínimo y por cierto ya no ejerce (de calavera, al menos). El colifa anda por los cuarentosky, arrimando al medio siglo. Y el reventado es menor: difícilmente supera los treinta años.

El calavera ve, juzga y entiende el mundo bajo un prisma absolutamente individual. Para él, se es vivo o se es sonso; derecho o torcido; entero, de ley, concreto... o tramposo, flojo, sin conducta. Ante él no cuentan las ideas, sino los comportamientos, ya que cualquiera se equivoca al pensar, pero existe una decencia en el actuar. Tanto en amores como en intereses, se gana con discreción y se pierde con hidalguía. Como si nada. Se acepta la tristeza como una forma de virilidad, ya que la suerte es grela (es hembra). Los baratos le temen a la adversidad y los giles exhiben su impotencia para cambiar la vida, mientras los turros avanzan sobre esas debilidades. Así de claro. El calavera no chilla y, si es de ley, no claudica. Nunca.

El colifa, mientras tanto, pertenece a los míos: da por sentado que todo es social y nada individual. Ahí, sobre el pucho, el materialismo le demuestra tal cosa y la praxis histórica tal otra. En esa misma se aplastan los caracteres, se pierdan y disculpan las actitudes personales, como si la historia “la hubieran hecho los elefantes” según el personaje de Verbitsky.²

El colifa domina los entongues, las matufias. No cree en hombres ni en Partidos a estas alturas. Si lo apuran, tampoco en Movimientos. ¡Se comió cada sapo en sus tiempos de militancia...! Por la Orga ordenaba; y el *Doparti* decía; y el *minuteo* se daba entre los propios.

Hoy le preguntan:

² Bernardo Verbitsky, *Un hombre de papel* (Edit. Jorge Alvarez, Buenos Aires).

—Che, Loco (che, Tano; che, Pelado; che, Negro: siempre un apodo, nunca un nombre sencillamente personal), ¿qué opinás de los dirigentes?

—Lo mismo que Bonavena opinaba de los *managers*: que te hacen el verso, siempre te hacen el verso... “se murió Neruda y quedaron estos”, decía Ringo.

Hoy el Negro, el Loco, el Chango, el Flaco, el Ruso, el Cacho cargan su sabiduría y su tristeza por esos mundos; bicicletean la escasa guita y la abundante nostalgia, dentro del país; agradecen el milagro de estar vivos (“porque yo un fierro, lo que se dice un fierro, nunca lo agarré, ¿me entendés?, pero anduve en cosas; a eso me refiero...”) y no saben qué hacer, verdaderamente qué hacer con lo mucho que han aprendido, para aplicarlo sin ideología.

Por reventados entiende a los que perdieron todo, hasta el humor (y me parece lógico que lo perdieran) o no llegaron a ver, a conocer, en qué sustentarlo. Solo el esgunfie y la amargura ante sus ojos: solo es desparpajo inconcebible de Martínez de Hoz y la insolencia del discurso videliano, haciéndoles sentir en la cara su impotencia, su condición de “niños llorando en la vereda”, al decir de María Elena Walsh. Ni un mando en lontananza, pues —si hay un mango— es al duro precio de la corrupción y la entrega. Ni una idea para poner en práctica, porque en su lugar solo funcionan los mensajes supersónicos de la propaganda oficial. Ni un sueño para crecer por dentro, porque a los sueños los mata el pragmatismo de un presente absoluto. Ni una colifateada, porque se paga cara. Entonces, el reventado aguanta. Dice “cómo nos dieron”. Lee su novelita del Turco Asís; comenta: “Además, esto”. Aguarda que algún día se llegue a contar su historia de heroísmo y fracasos —de pérdidas irreparables, de un aguante sin límites— con la dignidad necesaria: con una dignidad que, al menos, no justifique al represor.

Entre las grandes chantunadas históricas, se postula hoy una que no tiene par: la del olvido porque sí, por nada, en función de nada; porque “no se puede vivir siempre en lo mismo” y “hay que mirar hacia adelante...” y “lo que pasó pasó; no tiene arreglo...”. Garcamatas de todo calibre visitan a Madres y demás Familiares, con sus propuestas melindrosas. De rebote en rebote, aprenden esto: que los chantas engrupen a la gilada, pero al cabo de tanto dolor no quedan giles a la vista. Y, si no hay giles, no hay pacto: no hay promesas de reconstrucción en el olvido, para que después se repita todo; no hay acomodación posible. El dolor manda. Entonces, esto se lleva hasta el final o revienta como está. Ni más ni menos.

—Porque las Dremas se las saben todas —diría Washington R.

—Una más que Nikita —contestaría algún orre de aquel entonces...

XXXI

Los reos de entonces

Denuncia, agosto de 1983

*Hoy un juramento,
mañana una traición...*

Parece una canción de denuncia contra los ejemplares que integran la presente dictadura. Y, sin embargo, no: es un suave, tierno y romántico vals, referido a los amores de los pibes reos y las muchachas atrevidas, en placitas y esquinas que hoy viven para el recuerdo, en zaguanes que callan todo lo que saben y en bolichitos que devoró la bruma de los tiempos.

- - -

“Seguila, viejo” me dice un amigo, al ver la línea de un artículo que titulé “Buenos Aires” y apareció en este mismo rincón del periodismo exiliado. Yo la sigo. Y le cuento: para los reos de entonces, arrimarse a una estudiantita de esas lindas y bravías, feroces para el desplante, era proeza mayor. Se precisaban días, semanas de trabajo lento: el fichaje, las esperas; los chistes en voz alta, jugando al cararrota en calles y tranvías (si usted la hacía reír, ya había ganado puntos); los mensajitos, pasados casi de prepotencia; las primeras palabras, que sugerían todo sin decir nada...

Ellas también manejaban su audacia, le diré: llevar el *rimmel* y el lápiz de labios en el portafolio, junto a la “Botánica” de Borda y las “Matemáticas” de Cabrera y Médicis; pintarse los labios en el primer umbral; ponerse medias altas, con costura, en el boliche más próximo, para sacárselas poco antes de llegar a casa y lucir mientras tanto una peligrosa adultez...

Se vivían años dulces, no hay que negarlo. Años que no a todas las generaciones les tocan. El país era próspero, la política ajena. Y no había más asunto que los amores, el partidito de la esquina, el disco de Fiore y, como cosa muy grave, el laburo, para quienes no seguíamos estudiando. También, cómo no, los sueños, las vocaciones.

- - -

El gallego F. apuntaba hacia las glorias militares. Fue aspirante en Ejército, en Aeronáutica, en Gendarmería... Salía todas las noches “con permiso del Sargento Alambre” (es decir, saltando la alambrada); volvía en los amaneceres, loco de tragos y romances de cafetín. Las canas que se comió por esta causa y el clandestino acceso a la cantina lo convirtieron muy pronto en un alcohólico imparable. Aun así, su ingenio en las conversaciones era sorprendente.

El negrito C. tenía el diablo en el cuerpo. Flaco y menudo, compadrito como él solo, entraba al Club Buenos Aires y decía:

—Voy a jugar al billar.

Del primer tiro, trazaba un siete en el paño.

—Ya jugué.

Colgaba el taco y salía. Cuando quisieron echarlo, por este y otros desmanes, agarró una pala y empezó a revolearla por el aire. Lo puso al portero contra la pared, después al presidente, al tesorero, al encargado del buffet... Era un espectáculo irrisorio, ver a cuatro hombres grandes acorralados por un muchachito que les decía: “¿A mí me van a echar...? Anímense...” y además les daba un

show gratuito, imitando a los personajes de Pepe Iglesias *el zorro* o Niní Marshall.

La última vez que lo vi trabajaba de mozo en el edificio Apolo, de Corrientes y Uruguay; tenía cinco hijos, remaba incansablemente para mantenerlos; pero al subir al ascensor con la bandeja en alto, no dejaba de tocarle el pelo a una engreída secretaria o tironearle el saco a un gerente de mi flor que se volvía con cautela sin descubrir quién había sido. La compadrada era un vicio y la picardía un estilo, para la vida del negrito C.

El *Gordo* Barraza y *Dumbo* eran los dos pesados, en la barra del “Diez Esquinas”, por Díaz Vélez y Parral (hoy Honorio Pueyrredón). Los hermanos R., Silvio y Miguel, tallaban en cambio por Añasco y Gaona (donde podía degustarse el cortadito o la caña quemada en cuatro históricos reductos: el Modesto, junto al mercado; el Cedrón, en la esquina; el Gaona Bar —luego Ebro—, junto a la tabaquería; y el Garial, pegadito al cine Carlos Pellegrini). Encontré ese apellido, el de los hermanos R., en una lista de **desaparecidos**, junto a este nombre: Graciela, capturada en la frontera con Bolivia. Me pregunté si sería hija de cuál de los dos.

Por Rojas y Figueroa (pagos cercanos a los de Gelman) había otros hermanos que resultaban temibles: los P. Fatal con las minas el mayor; y bravos en la pelea, los siguientes. Pero, solo en la pelea, porque al jugarse un picadito de rigor —siempre en la cancha de Andrés Ferreira— no podían con los mellizos G., veloces y confundidores como ellos solos: usted los veía acá, los veía allá, los veía en todas partes... Con los años, uno quedó al frente de un comercio en el Once; el otro se convirtió en cuadro del P. C., al que abandonó —según creo— en una de las tantas oleadas de disidencia.

El que más, el que menos, hizo su etapa de club, sobre todo en las tardes de patinaje, cuando *Corchito* sacaba a relucir artes superiores con los envolventes compases de “La leyenda del beso” (Soutullo

y Vert), “Los patinadores” (Walteufeld) o el tango “Celos”, en la gloriosa versión de Morton Gould. *Corchito* era petisa, con una seriedad algo melancólica en el rostro y una silueta que realzaban las botas blancas y la pollera en pliegues, sobre el esbelto pompilín. Al conocer su apodo, otra socia —algo mayor— comentó:

—Lo que me habrán puesto a mí.

—¡No!... ¿A usted...? ¿Cómo se le ocurre...? ¡Faltaba más! —Argumentamos media hora, hasta dejarla convencida.

Le decíamos *Tetonia*.

Otro fenómeno en el barrio era *Mamita*, que vivía por Parral, a la altura de Arengreen o Planes (pagos ya no de Gelman, pero sí de Orgambide). Como su nombre lo indica, *Mamita* era esposa y madre; pero tenía un estado, compañero, que alteraba al barrio con solo asomarse. Con su pelo largo y negro, sus ojos misteriosos, sabía ser subyugante sin ser provocativa; se reía de nosotros, al vislumbrar los comentarios que causaba y al darnos un poco de displicente conversación. Eso no impidió que, con el tiempo, Julito R. se mandara el bolazo:

—Me la gané a *Mamita*.

—¿Qué te vas a ganar, turro hijo de mil putas y la reputísima madre que te parió!

Era mentira. Pero, la sola posibilidad de que no lo fuera levantaba un furor, un caudal de envidia, que no se calmaba ni con una tarde entera de insultos a la deriva. De esa farolería, de esa pequeña infamia juvenil, nació con el tiempo el germen de un relato que quizás alguna vez yo edite y usted lea, asociándolo o no con esta historia.

Malos estudiantes, discutibles trabajadores, buenos jugadores de generala y billar, los reos de entonces se perdieron “por distintos caminos”, como en el tango, por lo común sin gloria y a veces con vergüenza. Fueron, fuimos, hijos de los que sufrieron la opresión

del 30 y padres de los que aguantaron la represión del 70. Nos vemos hoy, locos de angustia, frívolos, desesperados y un poco tarambanas —todo a la vez— frente a la austera generación anterior y la trágica generación siguiente. Asombrados de que, entre el pintoresquismo de aquella juventud que vivimos y los rigores de esta madurez que hoy tenemos, sigan rondando los destinos: con el Nino Q, convertido en burócrata oficialista, serio y honesto pese a todo, aferrado a la silla; su hermano Antuno, empresario a la violeta, inventor de negocios que mejor ni te cuento, inspirador de un personaje que tampoco le diré cuál es; Carlitos S., *el virola*, tan cajetilla como siempre, solterón y misógino según me han dicho;¹ el Cacho L., embarcado en otros sueños desde la época en que me confesó —no en el rioba, sino en fino bolichito de la avenida Santa Fe— que había debido elegir entre el amor de las mujeres y el de los hombres; el Coco G., ordenanza en la Facultad de Odontología, después de haber sido una promesa en el Maipo (era un cómico del alma, un gracioso total, por naturaleza);² y Carmelo M., instalador de acondicionadores, desde que largó el fuelle y la esperanza de hacerse compositor, cabriolando entre Honegger y Rosendo

¹ Era erróneo: está casado y tiene un par de pibes, según supe más tarde.

² La hermana de Coco, Lita, es vestuarista de teatro, lo cual motivó sucesivos encuentros, en Buenos Aires y en España, donde se refugió su hijo Pipo, casado con una hija de Rodolfo J. Walsh y padre de una niña que hoy cuida Lita. Coco viene a ser, entonces, tío abuelo de una nieta de Walsh. Recuerdo cuando lo encontré, en unos carnavales, disfrazado de gaucho por la Avenida de Mayo. Se cantaba. De pronto él avanzó y dijo: aura la rilación.

Recitó:

*La primer noch'e casao
y en la oscuridá del rancho,
de tan goloso que soy
le besé la trompa a un chancho.*

La de piñas y patadas que se armó casi al instante, es difícil de describir. Sé que él le rompió un vaso en la cabeza a alguno; entre varios lo rescatamos cuando estaba doblado en dos y recibiendo por todos lados. La burla se sintió fuerte aquella vez, ya que la *rilación* —por demás chusca— había saltado en medio del cante jondo...

Mendizabal; y Eduardo R., periodista amargado en un ente oficial;³ y Lalo M., inexplicable relojero en un pueblito manchego.

—¿No pensás volver, Lalo? —le dije.

—¿Sos loco, vos? La única vez que fui, para buscar a mi viejo, me comí un garrón de catorce días: leña todo el tiempo, amenazas de muerte, la mar en coche. No, déjame. Yo aquí me vendo un Seiko, me arreglo un Longines y listo, ya estoy hecho. Si me agarra la *nostalgia*, entro al baño y me fajo. Solo. Por cada lágrima, dos sopapos. Ya está. Vuelvo a saber que el Toro Viejo es cualquier cosa y no tiene nada que hacer frente al poderoso Valdepeñas, propio de esta región...

Porque a los reos de entonces nos tocó la distancia como castigo, como fatalidad o desafío. Eso es lo real. Pero, tenemos dónde tomar lecciones de entereza: en las pibas de entonces, muchas de las cuales se ponen un pañuelo blanco y salen a mantener la dignidad nacional, semana a semana, desde la Plaza de Mayo...

³ *Radicha* veterano, les hizo un juicio cuando lo sumariaron por “presuntas vinculaciones con la subversión”. Y lo ganó. Pero desde entonces optó por vivir en el exterior...

Y también...

Viñas: la ebullición de la memoria

Democracia, agosto de 1983

La casa era gris, antigua. El jardín, pequeño, cerrado. Las habitaciones, ocupadas por libros, polvo y papeles. Usted se bajaba del ómnibus a la altura del Pulgarús (un barcito, sin mayor significación, en el camino hacia el Monasterio) y caminaba dos cuadras para abajo: allí la encontraba, en una esquina. Y lo encontraba a David Viñas, encerrado, haciendo crujir los molinetes de la memoria, llenos de piezas ágiles, lubricadas, pero también de ejes tensos —como en la carreta de Yupanqui—, de rodillas oxidados y cremalleras chirriantes: solo el esfuerzo, la pasión, los hace andar, aún a riesgo de que se partan y con ellos se acabe todo; lo encontraba, repito, en la ofuscación de los recuerdos, reconstruyendo —allí, en El Escorial— un pasado que es propio y es de todos, que abarca a mucho más de una generación y que empecinadamente vive, como un dolor candente, con esa precisión que tiene lo que desgarrar, en la acentuada angustia de los argentinos. Estaba escribiendo *Cuerpo a cuerpo*.

Porque la casa era gris, antigua. El jardín, pequeño y frondoso: adecuado para sentarse a charlar, mirando los bichitos que subían por la pérgola, las lagartijas huidizas, las abundantes nueces —aún verdes— que se desparramaban por el suelo. Las habitaciones, polvorientas: tapizadas de papeles con anotaciones y cajitas de Valium (única aliviada, módica apoyatura para un hombre que no

bebe, apenas fuma, y se encierra a solas con su desgracia; porque la desgracia llegó, en su caso, y pegó fuerte). Pero sirven: el alquiler es bajo: la ubicación, distante. Sirven —la casa, el jardín, las opacas habitaciones— para quedarse a trabajar en austera contumacia, para tensar los flejes de la memoria, para urdir la atormentada metáfora de un país, una movilidad de clases, un juego de ascensos y descensos (de la nada al poder, de la mediocridad a la locura y de esta a la estulticia), que vendría a ser, que es *Cuerpo a cuerpo*: con seguridad, la obra más intensa, más rica en contenidos movilizantes que produjo nuestro exilio hasta el momento; de hecho, uno de los trabajos más arduos y frondosos, más minuciosamente comprometidos, que dio nuestra literatura en este siglo... y eso que se trata de un siglo fuerte, si lo comparamos con la producción y los logros de otros países.

Usted dirá: ¿con qué autoridad vengo yo a sentar semejante premisa? Entonces le respondo: con ninguna. Hablo desde el camino, opino desde la brega y nada me es más ajeno que esa poca envidiable *autoridad* de los críticos. Pero, ojo, que la brega enseña, así como el camino informa. Y esto ya no es de un día.

A la contundencia de los títulos (*Dar la cara*, *Los dueños de la tierra*, *Los hombres de a caballo*) se suma habitualmente la reciedumbre de los textos (una reciedumbre un poco envarada, por momentos; un poco premeditada o intencional) y la crueldad de algunas situaciones (el viejo militar basureando al periodista pueblerino, los soldaditos hurgando con su metralleta el ano de un sometido); todo ello inserto en la vida de un país, en la historia de un país que así rescata tipos y prototipos, situaciones cotidianas, llantos que no conmueven (más bien, repelen); resignaciones que nadie sabe cuánto duran; valentías que se resuelven en una estúpida o cursi morisqueta... Todo lo cual alcanza para hacer un novelista, útil y necesario, en función de verdades. Importante, cuando el aliento es largo —como en este caso—; fundamental, cuando incorpora elementos inusuales, como esa misma reciedumbre (tan poco vista, desde Quiroga en adelante), esa aspereza que —además— le es

propia... Usted dice escritores de hoy, en Argentina y le saltan cuatro nombres: uno de ellos es Viñas; otro es más personaje que creador de un mundo propio, de un estilo reconocible a distancia (ya que no es lo mismo escribir bien, y aun muy bien, que tener mundos propios; y a veces el talento está en la vida, como decía Wilde, en tanto que en la obra solo se ve la inteligencia). Queda tres. Y de esos tres a Viñas, que es el más joven, le tocó la función de la memoria activa, de la memoria sucia, cotidiana y social; de la memoria turbia en que se asienta el poder: los cambios de estatus logrados arduosamente; las felaciones entre hombres (de soldadito a general, de general a soldadito); los arrebatos del mando (ya que “esto no se ensaya”, según dice el protagonista cuando da una orden, aunque sea para equivocarse). La novela es áspera, despiadada, ominosa; no ofrece ni pide aliviadas al lector; ignora las complicidades; se empecina, en cambio, en las zancadillas y esquives, en todo lo que provoca desasosiego y rechazo. Pero, ¿usted qué pretende? ¿Entender a la Argentina sin tocar con las manos, sin sentir en el cuerpo ese arduo compuesto que es la Argentina? ¿Disfrutar a Gardel sin sufrir a Discépolo? ¡Olvídense! Viñas le propone la trama fina del recuerdo, con sus menudas referencias y su persistente carga de significaciones: los trajes *palm-beach* y el vapor de la carrera; Las Tres Bolas (famoso cambalache) y la huelga de Vasena; la Gata Flora y Luis Viale (incluyendo su salvavidas, por supuesto); el Chantecler y Ramón Falcón. Si no le dicen nada, allá usted; si el foráneo no entiende, que se la aguante (varios amigos, españoles, mexicanos, me dijeron que “es imposible atravesar el texto”); si no sabe que los soruyos son soruyos, paciencia. Aquí se opera con lo intransferible. Y no a nivel de pintoresquismos. Como el *Ulises* de Joyce, la novela está escrita para el que puso sangre y pestañas en la angustiosa tarea de entender (más que entender: participar); para el que vio la historia como un abismo y percibió que, en efecto, es un abismo; para el que acepta o revalida este criterio: a tal país, tal novela... y quien dice tal novela dice tal laberinto, tal desesperación. Antes que ser difícil para usted, lo fue para el autor; dicho a su modo:

no sentarse, no escribir, no jugar con las palabras. Sí, concebir a ese general simbiótico, con el cuerpo de Lanusse, el nombre —o casi— de Aramburu, el labio de Onganía, la inteligencia de alguien que Viñas se reserva (todo un hallazgo, ya que no abunda en este campo), las agallas otra vez de Lanusse, la hipocresía de muchos, la promiscua decadencia de vaya a saber quién... Todo es incesto, castración y penumbra en la novela, porque el generalote —nieto de india y anarquista, hijo de chico de mandados, Clans de apellido, activado a Mendiburu por mecanismo adventicio— no tiene destino como clase, casta o ejemplar con prerrogativas; tampoco como sujeto; está muerto y, por más que sueñe con un país muerto a su alrededor, descubre que la muerte es solo suya, en tanto a los demás les cuadran el dolor y la esperanza.

Hubiera sido fácil para Viñas jugar con los *módicos generalitos*, con los *oficialitos endomingados* (tipo Videla) o los mandones de cuarta (léase Galtieri) que denunció en incontables artículos y entrevistas, con los petimetres de comandancia que tarde o temprano mostrarían lo que son en las Malvinas; pero no: planta un tipacho que realmente infunde miedo, un hombre que se impone con el silencio y cuyo anecdotario (como en Joyce, nuevamente: el protagonista es el lenguaje) da motivo a muy ricos y exactos soliloquios: de un señor en la confitería del Aguila; de un proxeneta afeminado en la confitería Iguazú, frente al teatro Maipo; de un cabo correntino... Muy pronto las antologías volverán sobre esos textos. Los analistas de estilos capturarán reiteraciones: *sí, Goyo; no, Goyo; ¿me comprende, Goyo?...* La *melange* histórica de *Cuerpo a cuerpo* se volverá transparente para los hijos de otra generación, que entenderá como pasado lo que hoy nos cuesta asumir como presente, con persistencia inmodificable. Sí, hubo un Tabarís donde la bacanada tiraba manteca al techo; sí, hubo una Munich en la Costanera donde la conspiración se hizo ostensible, mientras papá se tomaba un *cívico* (curioso nombre) y uno se mandaba a bodega las papitas saladas; sí, hubo un tiempo del desprecio y la afrenta en que golpistas e hijos de golpistas se investigaban mutuamente

los chanchullos, se absolvían mutuamente mientras desquiciaban al país y se entregaban a orgías de cuarto de baño. Fue cursi, fue de circo, fue aterrador, fue tremendo. Lo peor de todo es que fue cierto: se repitió hasta el hartazgo durante cincuenta años. Llegó, finalmente, a picos inauditos. ¿Qué hacer ante eso? Lo elemental: contarlo, ya que (lo dijo Augusto Céspedes) **aquello que no se ha dicho, no ha ocurrido**. Tal vez todo el valor testimonial de la literatura radique en ese simple, elemental principio. Y bien, a la tarea, entonces. ¿Cómo? Desmontando andamiajes, combinando pasados con presentes; desgajando, ordeñando la grosera vaca de nuestras frustraciones; rememorando, escribiendo.

Uno le preguntaba, entonces:

—¿De qué vivís, David?

—De unas *clasettas* que ligué en Alemania —podía decir también Dinamarca, o los Estados Unidos. No España, ya que en España la cátedra fue todo el tiempo ajena para el exilio sudamericano, sin distinción de tipo ni pelaje.

Iba, ganaba unos mangos, se los gastaba de a gotas en El Escorial. Ahora le va mejor: tres universidades lo autorizan, en México, a enseñar lo que sabe (los alumnos no entienden; conozco algunos: les parece un bisonte que habla y transpira, una máquina de soltar datos y asociar referencias, con tal desborde que ni tiempo da para los apuntes). Escribe sobre indios y anarquistas: los abuelos de Clans, después de todo. Oculta sus dolores. Deja pasar festejos que no le pertenecen: los 25 años de “Los dueños...” (ya que la obra existe, vive por su cuenta, camina sola). Elabora regresos. Desdeña bibliotecas: todo lo lleva puesto y triturado, bajo los molinetes de la propia memoria. Porque el que ama no olvida. Y el amor, en este caso, es un país que está lejos...

Cuando las madres hacen historia

Uno más uno, marzo de 1984

“EVA: —¿Qué le ha pasado a mi hijo Abel?
CAIN: —Nada, mamá. Todo está bajo control”.

(E. Gallipoli. Teatro Abierto / 1981).

No es mucha la bibliografía existente aún sobre el fenómeno Madres de Plaza de Mayo. Pero, crecerá extraordinariamente con el tiempo, en mérito al vigor, originalidad y pertinacia con que hizo su aparición en la historia. Fue **lo que los represores no pudieron quebrar; es lo que los componedores no pueden debilitar**. Se inscribe con rasgos propios entre las más conmovedoras y sorprendentes aventuras humanas de estos tiempos.

Puesto que todo tuvieron que hacerlo solas, solas también intentaron las primeras poesías que cantaban su gesta. Poemas simples; versos llanos, directos: cumplían la función de descarga emocional, de catarsis —muy necesaria para seguir su lucha—, pero eran también mensajes al mundo, reclamos de solidaridad que obtuvieron su paulatina y creciente respuesta.

Amanece, sus rostros me iluminan.

Mediodía, sus manos me abrazan.

Anochece, sus ojos me miran...

... dice Hebe Bonafini, en el volumen colectivo titulado *Cantos de vida, amor y libertad*.¹ Siente que sus dos hijos desaparecidos le reclaman:

*No descanses mamá.
No llores mamá.
No tiembles mamá.
No aflojes mamá.*

Después de cinco años de no ver a su hijo, Tota Soria puntualiza:

*Estás en la casa
en todas mis horas,
pues tengo presente
tu voz, tus caricias,
todos tus enojos,
todas tus sonrisas...*

En tanto Edna se pregunta:

*¿Por qué este silencio?
¿por qué el no saber?
¿por qué el padecer?
¿por qué no pueden estar libres?
¿por qué desaparecen?*

A lo que Renata, en otro poema, responde: *Sé que tus manos no fueron asesinas*. Sin embargo,

*esos hombres que dicen ser buenos
que dicen tener la razón y la verdad
han tronchado muchas vidas...*

Con toda lógica, reclaman:

¹ *Cantos de vida, amor y libertad*, volumen 2, Buenos Aires. Edición del Movimiento Madres de Plaza de Mayo.

*¿Qué hicieron contigo?
¿Por qué no me explican, lo que no dijeron?
¿Fue tan horroroso que temen hacerlo?
¿Si fueron capaces y lo creen justo...
de qué tienen miedo?*

(Nélida F. de Chichídimo)

Aunque todo sea desazón, desquicio:

*Hoy es mi cumpleaños, hijo,
de la plaza vengo ya;
estuve con todas las madres
dando vueltas
como un jueves más...*

(Carmen A. de Lapacó)

... es evidente que aún hay fuerza y vida, para enfrentar el espanto:

*No me voy a morir, esta es mi profecía,
hasta que aparezcan los culpables
de tanto crimen, de tanta infamia
en la tierra mía.*

(Virginia)

Es la voz de Hécuba, la que dice con Edna:

*Se abre
en el valle oscuro
la larga procesión de mártires
y te veo andar... lentamente...
Miro tu rostro torturado
y siento los lamentos de tu juventud...*

... pues a la ausencia del hijo se suma el paisaje de la patria desquiciada. Y es Cornelia Graco quien afirma, con Nélida:

*Lo único que lamento: no tener veinte años menos
para parir otros hijos... con sus mismos sentimientos
y sentir el mismo orgullo.*

(Enfrentada a los asesinos de Tiberio y Cayo, la matrona romana exclamaba: “Lloro porque a mis años ya no puedo parir... pues, de otro modo, lloraríais vosotros”). Son, por último, todas las mujeres de todos los tiempos, las que gritan con Lina:

*Si tú sabes dónde están, diles
-que las madres luchan,
-que las madres lloran,
-que las madres rezan,
-que las madres esperan.*

Gorki dibujó, de una vez y para siempre, el arquetipo de la madre obrera que reemplaza a su hijo en la lucha. Antonio Larreta, uruguayo, presentó en *Juan Palmieri* (1974, aprox.) la versión sudamericana y burguesa del mismo asunto:² la mamá de Juan —culta, agradable, civilizadamente divorciada— se va despojando, uno a uno, de sus atributos sociales, cuando ve que su hijo no aparece; por último, decide acudir a una cita operativa...

No es el caso de estas nuevas Madres, que salen a la palestra “en defensa de la vida” y no de una ideología, que pueden coincidir o no con el pensamiento de sus hijos (“tuvimos que perderlos, para saber que tenían razón”, reconoció una de ellas ante el autor de estos apuntes) y que —en muchos casos— reclaman por seres que ni siquiera eran militantes sino hombres y mujeres (niños inclusive) absurdamente arrastrados por el vendaval de la represión. Su propósito no es recoger banderas ni continuar una lucha en la que no habían estado; su propósito es lograr justicia: arrinconar al culpable, ponerlo en evidencia ante el país y ante el mundo, desnudar la verbosidad con que se justifica, obtener su castigo. ¿Para qué? **Para que no se repita** la felonía precedente. ¿Por qué? Porque solo

² Antonio Larreta: *Juan Palmieri*.

así se cumple su postulado más profundo (y más temido): el que establece que **no hay dolor inútil...** y reconvierde por ello, inevitablemente, su dolor en un hecho político. Las Madres lo saben: al reclamar justicia postulan cambios; no de la sociedad en su conjunto, pero sí de los factores de poder que motivaron la tragedia; factores de poder que representan intereses, imposibles de desvincular a la estrategia de la represión.

“Nuestros hijos no desaparecieron por ser **disidentes**”, dijo Hebe Bonafini a la revista *Humor*,³ tras cinco años de lucha; desaparecieron porque esa política de horror era necesaria “para que se cumpla el plan de Martínez de Hoz”. En efecto, el crapuloso ministro y sus teorías friedmannianas requerían dos factores para imponerse: el miedo y la corrupción, más un alto promedio de desestabilización psicológica. Todos estos aspectos se cumplieron mediante la estructura policiaco-militar: 30 000 desaparecidos, 10 000 presos “legales”, más de 8 000 muertos en la vía pública, conforman el balance humano; un endeudamiento que crece de 8 000 a 40 000 millones de dólares, sin que se revierta en aptitud productiva alguna (por el contrario: mientras se destruye la aptitud productiva) y un enriquecimiento sin límites de la cúpula militar (que pasa de ser “guardiana” de la oligarquía financiera a ser parte integrante de la misma), dan el referente económico; y una saturación emocional persistente en la vida del país cumple el tercer aspecto: a la pérdida de seres queridos o conocidos, a la sensación de cacería pública en que se vive y de que “nadie tiene la vida comprada”, a la migración más o menos forzada de casi un diez por ciento de la población y a la agobiante propaganda oficial que puebla las conciencias de alucinados mensajes, se suman entonces los *eventos*, los *acontecimientos*, que hace casi imposibles la idea de sustraerse: el campeonato mundial de fútbol (con su euforia estimulada hasta el domingo a la noche, reprimida desde el lunes a la mañana), la posible guerra con Chile (que presenta a Videla ayer

³ Revista *Humor*, Buenos Aires, octubre de 1982.

aliado, hoy enemigo de Pinochet, siendo muy lógica la primera situación e inconcebible la segunda), la “recuperación” de las Malvinas (que solo el réprobo, el insensible ante las grandes causas de la Patria, podía desestimar...). Así se llega al nivel perfecto, al *desideratum* en que un pueblo politizado y rebelde seguía soportando las bravatas de Galtieri por televisión, sus miradas enérgicas en la pantalla, su admonitoria repetición de frasecitas, como diciendo “ya saben todo lo malo que soy, pero no saben lo malo que aún puedo llegar a ser...”, al mismo tiempo que destila su baba ante Ronald Reagan, declarándose “el principal aliado de los Estados Unidos en el hemisferio sur”, o pega cabriolas en el aire, apelando al tercer-mundismo y a la no-alineación, cuando se ve la importancia que concede Reagan —y cualquiera— a tan sumisos aliados.

¿Dónde empezó a fallar el proyecto? Ante todo, en la clase obrera, sujeta a las mismas presiones que el resto de la población, pero con menos capacidad de autoengaño y con menos posibilidades de incurrir en el mismo, porque tenía el resultado cada día en la mesa (el mayor porcentaje de **desaparecidos** se registra en el campo gremial, no en el político ni en el cultural); esta se organizó en conducciones rotativas, desconoció o sobrepasó a una dirigencia experta en componendas, se ganó a sectores de la clase media para sus grandes huelgas nacionales, descompaginó —en suma— el proyecto friedmanniano, al negarle el abusivo consenso que necesitaba para existir. En segunda medida, corresponde observar el frente externo: el exilio y las instituciones genéricas de los Derechos Humanos, que un inepto y costoso cuerpo de agentes jamás supo acobardar, infiltrar seriamente, perturbar (fuera del país no sirven para nada, esa es la verdad). Las escasas operaciones cumplidas por la dictadura en el exterior redundaron solo en fracasos y papelones, conflictos con los respectivos Gobiernos, ratificación de su ineptia para actuar donde no se cuenta con una impunidad absoluta. Así ocurrió con “el caso Valenzuela” en México; el secuestro de Montero en París, las andanzas del Centro Piloto (que culminaron con el asesinato de Elena Holmberg en Argentina); y

las sucesivas incursiones por territorio español: el envío de Radizzi (torturador perseguido por sus colegas, a causa de estafas con el dinero mal habido), sus acompañantes Barbarella (Ana Dvatman) y el *Chanchito* Caprioli (dos traidores de muy grosera catadura) detectados y denunciados públicamente en su momento; la conferencia de prensa de *Toño* Langarica, que hizo reír a los periodistas españoles; el fallido intento de secuestro del ex-diputado Croatto; y la aparición de un cadáver (el de la Sra. de Molfino) en un apart-hotel de Madrid... (Alguna vez se sabrá qué pensó el presidente Suárez y qué agradecidas palabras pronunció el rey Juan Carlos, ante estos delicados presentes). El premio Nobel para Amnesty Internacional y para el arquitecto Pérez Esquivel (dirigente de Paz y Justicia) fueron otros tantos puntapiés en el hígado que recibió la dictadura. Las publicaciones de CADHU (Comisión Argentina para los Derechos Humanos) y de individuos o grupos del exilio; las conclusiones de la CIDH (Comisión Interamericana, dependiente de la OEA) tras su visita de inspección al país; las denuncias concretas de personas fugadas o liberadas; los reclamos de otros Gobiernos, por ciudadanos de diverso origen desaparecidos en territorio argentino... todo ello formó una masa asfixiante, a nivel de imagen internacional, que no pudieron disimular los observadores más complacientes; aquellos que hablaban de “las sangrientas dictaduras de Chile y Uruguay” ignorando que existiera alguna entre medio, o que aceptaban la presencia de un “Gobierno fuerte” en Argentina... el cual sería peor si llegaba a caer Videla. Lo cierto es que ya era todo lo peor que podía ser, vistas las cifras del horror y sus escalofrantes referencias testimoniales. Los cuatro millones de dólares invertidos a través de la empresa Burson-Marsteller, de los Estados Unidos, no alcanzaron para lavar una sola mancha de las manos represoras y —en términos operativos— ese esfuerzo, sencillamente, no se vio. Más de un comandante habrá pensado que ese dinero estaba llamado a mejor destino en las cuentas particulares.

El tercer frente (pero no el de menor importancia, ya que aquí no estamos poniendo categorías, sino ordenando factores) se produjo a nivel interno, mediante el accionar de otros tantos grupos defensores de los derechos humanos: la antigua Liga Argentina por los Derechos del Hombre, la más reciente Asamblea Permanente para la Defensa de los Derechos Humanos, el Movimiento Ecu-ménico [MEDH], el Centro de Estudios Legales y Sociales [CELS], el Movimiento de Paz y Justicia (presidido por Pérez Esquivel), las distintas comisiones de solidaridad con los presos políticos y sindicales y las integradas por Familiares de detenidos y **desaparecidos**. Entre todas ellas, impactando por su originalidad y fuerza emocional, alcanzan el mayor relieve dos agrupaciones vinculadas por un símbolo: el pañuelo blanco. Son las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo.

No fue fácil pertenecer a ninguna de estas organizaciones, que operaban dentro del país: desde la —más dialoguista— Liga por los Derechos del Hombre, hasta el muy combativo Centro de Estudios Legales y Sociales. La amenaza estaba en la puerta de cada institución, en la calle, en el domicilio de cada integrante. La condición de persona o familia directamente afectada permitió superar, en muchos casos, las intimidaciones (¿a qué le puede temer alguien que perdió sus seres más queridos?). En otros casos, no: eran ancianos sumidos en la perplejidad y la inocencia; padres alucinados por la amenaza telefónica: “¿Usted ya perdió un hijo...? Cuide a los que le quedan”; parientes acomodados, que apelaban a un general, un funcionario, un obispo de su vinculación (y que no dejaban de observar, mientras tanto, con reproche a los directos damnificados: “¿En qué se habrán metido, para que les pase esto...? ¿Por qué a mí no me ocurre?”). El general, el funcionario, el obispo, no tardaba en aclarar: “Ante todo, no hagan nada”, pues “si intentan un recurso de *habeas corpus* o se meten a publicar denuncias con esas

comisiones de familiares, yo no respondo por su hijo; ahora bien, si conservan el tino, tal vez aún pueda hacer algo...”. De este modo, inmovilizaban a la familia mientras el aparato militar suplicaba y eliminaba a los secuestrados con una impunidad más plena. Eran situaciones para enloquecer a cualquiera: un día llama el hijo ausente, diciendo “estoy vivo, pronto me van a ver”; otro día es un sujeto anónimo que asegura: “Ya fue **trasladado**, no sigan buscándolo porque no lo van a encontrar... y se van a meter en más problemas”; después, un liberado, presunto o real: “Hasta ayer vivía, yo lo vi en cierto reducto que no puedo decir cuál es... se arrastraba al caminar...”; y, nuevamente, un represor: “Está bien, está fuerte, aunque un poco mutilado...”.

Intermediarios más o menos officiosos se comprometían a conseguir “información verdadera” a cambio de algún pago... y, por lo común, mentían; también cobraban suculentos rescates por personas que en un caso aparecían, en diez casos no (y eran, de hecho, víctimas inocentes, pues con los activistas la situación no era muy negociable). Hubo familias que vieron sus propiedades transferidas por el miembro ausente u ocupadas —a título particular u operativo— por oficiales del cuerpo de represión. Hubo secuestros que se produjeron solo para lograr esas transferencias compulsivas, sin mediar cuestión política de ninguna especie... y con la eliminación previsible del damnificado, una vez que firmó bajo tortura todo lo que debía firmar.⁴ Esto es lo que hacían las fuerzas armadas, para librar al país de los enormes peligros por ellos enunciados.

Las madres iban, mientras tanto, de un cuartel a un ministerio, de este a una comisaría o un despacho judicial; planteaban sus

⁴ Personalmente conocí, por lo menos, dos casos: un secuestro político por error que derivó en liberación mediante pago de rescate (el afectado ejerce hoy, como médico, en Madrid); y un secuestro con fines directamente lucrativos (el afectado, un bodeguero mendocino, jamás apareció; su hija vive actualmente en México). Los sobrevivientes de la ESMA coinciden en sus referencias sobre la escribana D’Elia, esposa de un oficial naval, secuestrada y torturada (como gauchada, a favor de este) para hacerle firmar un traspaso de bienes. Eliminada inmediatamente después. El Gordo Alfredo y el Chanco Caprioli participaron en el asesinato...

reclamos, sus interrogantes; acumulaban idéntica desazón, ante igual falta de respuestas. Hasta que un día, en abril de 1977, se sentaron a tomar descanso en un banco de la Plaza de Mayo: la misma plaza, rodeada de oficinas, vecina a la Casa de Gobierno, que tantas veces las viera pasar en sus inútiles gestiones. Venían del edificio de la Marina, de intentar una infructuosa entrevista con Monseñor Grasselli, el capellán naval. Tuvieron una sencilla ocurrencia: volver a verse, en el mismo sitio, en vez de aguardar los encuentros casuales ante este o aquel despacho; citarse de manera orgánica; contarse sus escasas y tristes novedades; tomar algún tipo de iniciativa en común... Cada una avisaría a otras, si podía. Para identificarse, llevarían un pañuelo blanco, que —además— serviría para poner de manifiesto la índole de sus reclamos.

La primera vez fueron catorce y comprendieron este error: haber elegido un sábado, día en que hay poca gente en la plaza; no se logra un efecto propagandístico; son escasos los testigos, ante una eventual represión. Pensaron optar por los viernes, para las siguientes reuniones, pero una de ellas —bajo evidente influencia marxista-leninista— dijo que los viernes son días de brujas. Y la cosa quedó en jueves.

*Circulen —dijo el policía
y ellas comenzaron a marchar ese jueves
como las gallinas ciegas en la ronda
o los pájaros del sur en el remolino del verano.
Circulen —dijo
y no supo que impulsaba una danza sin fin
un círculo de amor sobre la muerte
una sortija de bodas con el tiempo
un anillo sobre su propio cuello...*

... dice Pedro Orgambide, en conmovido poemario,⁵ evocando el modo en que empezaron a marchar en torno a la pirámide que se

⁵ Pedro Orgambide: *Cantares de las Madres de Plaza de Mayo*, Editorial Tierra del Fuego, México, 1983.

yergue en el punto central de la plaza. Melancólica, insospechadamente, comenzaba una extraña situación en la cual todos serían errores para la Junta. ¿Qué hacer con las Madres? ¿Dejarlas caminar o aniquilarlas?; ¿atender sus reclamos o sacarlas con cajas destempladas?; ¿decirles la verdad o seguir negando, ocultando, derivándolas vergonzosamente de una oficina a otra? “Hagas lo que hagas, te equivocarás” decía un criollo, y para el caso tenía razón. Porque dejarlas era inconcebible, para un régimen de poder absoluto; aniquilarlas también, puesto que habían tomado estado público; atender a sus reclamos, imposible: la represión es la represión y esta no se explica ante la madre de cada víctima; decirles la verdad era regalar su propia infamia, filmar un noticiero en contra, ante los ojos del mundo...

“Hijas de puta”, le oyó decir Jean-Pierre Bousquet, corresponsal de France-Presse, a un comandante del Ejército, “vienen a provocarnos en nuestras propias narices...”.⁶ Para él, buscar a un hijo era una provocación; si lo dejaban, iba a limpiar bien rápido la plaza, con ráfagas de metralla. Pero, no lo dejaron. La Junta había comprobado que con las armas no podía detenerlas. “Apunten”, gritó un oficial. “Fuego”, respondieron ellas. Así no hay modo. Entonces se intentan otros caminos: las persiguen, las golpean, las apresan. “Hasta trescientas mujeres caímos en una oportunidad”, dice Hebe Bonafini. Algunas son encerradas en celdas donde hay un joven muerto (en accidente, tal vez; pero sirve “para que piensen”). Las someten a cinco, seis horas de interrogatorios. Después les hacen notar: “Usted dejó una hija en su casa, ¿verdad...?, ¿qué edad tiene...?, ¿diecisiete años...?”. Y el morbo del represor es una amenaza más, para quien ya ha visto el rostro de la tragedia. Cuando intentan refugiarse en la Catedral, monseñor Aramburu —el cardenal primado— se encarga de llamar a la policía y entregarlas a ese afable tratamiento. Personalmente se dedica a buscar, en el recinto

⁶ Jean-Pierre Bousquet: *Las locas de Plaza de Mayo*, El Cid Editor. Buenos Aires, 1983.

sagrado, “por si quedó alguna escondida”.⁷ No es la fe, ni es —en modo alguno— la doctrina cristiana, la que así se define: es la iglesia de la alta burguesía que reemplaza con un dedo cierto beso y que no tuvo a Saulo en su morada, pues de otro modo no habría apóstol de los gentiles. Prueba de que no es la Iglesia, o al menos toda la Iglesia, es que en otro ámbito eclesial de la misma ciudad se reúnen Madres y demás Familiares, para elaborar una solicitud que habría de publicarse en las Navidades de ese año (1977). El *Cuervo* Astiz, alias *Ángel*, *Rubio*, *Gustavo*, *Niño*, etcétera..., ya infiltrado en el Movimiento, marca ese lugar y esa oportunidad para un nuevo secuestro en masa. Después paga el alto precio de llevarse también a dos monjas francesas: punto nodal, tal vez, codo de la historia en los sueños políticos de su jefe: Massera. (Dato curioso: Astiz es, asimismo, el que dispara contra Dagmar Hagelin, creándole a su comandante —y a la Junta en pleno— un craso problema con el Gobierno sueco. El *Cuervo* era, en esos momentos, junto con el *Rata* Pernía, alias *Trueno*, uno de los dos baluartes en la cacería humana emprendida por la institución naval. Después saltaría a la notoriedad pública, en un ridículo episodio de la guerra de las Malvinas. La fama, que no es una forma del prestigio en modo alguno, le tenía que tocar de cualquier modo). Azucena Villafior, presidenta de la entidad de Madres, **desapareció** con otras doce personas y debió ser reemplazada por Hebe Bonafini. Esta, con su mirada enérgica y su robusta presencia, hoy le provoca ganas de revisar lo actuado a más de un responsable de la represión.

¿Quién les da la oportunidad, el gran momento para salir a mostrarse nuevamente bajo la luz del día? La propia Junta Militar, a través de un éxito: el campeonato mundial de fútbol, que se concreta pese a todo y que deja las más suculentas ganancias en los

⁷ Jean-Pierre Bousquet: *Las locas de Plaza de Mayo*, El Cid Editor. Buenos Aires, 1983.

bolsillos de unos cuantos; el almirante Lacoste en primer lugar. ¿Cuánto ganaron? Doscientos, trescientos, tal vez quinientos millones de dólares, a repartirse entre el grupo dominante. Pero, allí tienen un pañuelo blanco, dos, tres, de pronto cien, girando en torno a la pirámide. Eso no estaba en el programa. Llevan nombres y fechas, bordados a mano, como en un viejo tango... Son las madres y esposas, también las abuelas —madres de madres— que reclaman por sus **desaparecidos**; muestras las fotos, los rostros, ante la prensa mundial: jóvenes obreros y estudiantes, muchachas de rostro despejado, a veces con un bebito en brazos. “¿Y estos son los villanos?”, se pregunta un periodista mínimamente advertido. “¿Cómo serán los buenos de la película!”. Y, para saberlo, ahí los tiene: la boca en rictus, los ojos fríos, siniestros; las manos apretando una metralleta. Cuando sus jefes vienen por la calle, llevan triple escolta, entre coches y motocicletas; hacen un ruido espantoso y machucan a culatazos las carrocerías ajenas. Al ser entrevistados, dan respuestas altisonantes que no aclaran nada y dejan traslucir, en su tono, en sus modales, que nadie —ni siquiera un corresponsal extranjero— está seguro allí. Pero afirman que este es un país de *fútbol y alegría*, donde ellos son los expositores del legítimo *sentir nacional*. ¿Entonces, a qué tienen miedo? A la guerrilla. ¿No quedamos en que la guerrilla está derrotada? Lo poco que queda de ella, en el exterior, ha declarado —además— que no va a conspirar contra el evento; melindrosa o inepta, eso es lo que ha hecho: advertir que respetará la *pasión por el fútbol* en un país signado por el horror y la muerte. ¿Y ahora, cuál es el problema? Esas madres y abuelas que salen a la plaza. Y déjelas andar, mi general. No se puede, son una afrenta. Párelas, entonces. Tampoco: ¿qué van a decir ustedes una vez que salgan del país? Que hemos visto un Gobierno *militar y popular*, sin las mínimas condiciones que hacen a lo popular y a lo militar, que solo ha extendido un colchón de espanto sobre el país desmantelado.

Mientras tanto, ¿dónde están la prosa de Borges y de Quiroga? En los anaqueles, pero no en la vida. ¿Y el verso de Pedroni, y la

paleta de Spilimbergo? Olvídese, eran medio zurdos. Los dos. ¿Y ese señor Discépolo, que planteó las angustias de la vida en términos de canción popular? Está en el Index. Esto no es la Argentina ni nada que se le parezca; es un simulacro de país, una mentira sin anverso, pero con reverso: el que se ve en los pañuelos blancos, los nombres y las fechas que giran sobre esta plaza...

“¿No se les ocurre nada mejor que ocuparse de esas locas?”, pregunta un coronelito altanero. Bousquet registra sus justificaciones: “**Desaparecidos** hay en todas partes; sobre todo, entre esos guerrilleros que tienen por costumbre abandonar a sus familias...”. Pero, entre los desaparecidos hay niños; ¿también ellos tienen por costumbre *abandonar a sus familias* y salir a hacer campañas contra el país? Hay 7 000 *habeas corpus*: ¿pertenecen todos a esos loquitos cobardes, que los jueces —pese a sus ardorosas diligencias— no encontraron en ninguna parte? Extraña situación esta: la gente se va, se esfuma; el porcentaje de mortalidad crece súbitamente, los cementerios se llenan de cuerpos jóvenes —todos rotulados como N. N.— y las pomposas autoridades no hacen un solo gesto de preocupación; por el contrario: se dedican a importar tonterías de Hong-Kong, a promover el turismo hacia el exterior (único caso en el mundo), a descapitalizar la industria y el comercio... y a financiar una abrumadora campaña oficial, demostrando lo bien que se está en esas condiciones.

La palabra *locas* no surge por casualidad. Los estigmas tipo *madres de guerrilleros*, tampoco. Ambos se corresponden con la técnica de desprestigiar o asumir los valores ajenos, como forma de hacer la guerra psicológica. En Uruguay se han visto policías de alto porte, pelo largo y boinas negras adornadas con una estrella de cinco puntas: le estaban robando la imagen al Che; con ese estilo y esos ornamentos querían decirle al viandante: ahora el valor y el idealismo lo representamos nosotros. El mayor disparate, en tal

sentido, fue oírlos hablar al general Galtieri y a su ministro Costa Méndez de “soberanía nacional” y de “antimperialismo” durante su macarrónica **gesta** de las Malvinas... exactamente en las mismas fechas en que estaban por enajenar YPF. Ese vaciamiento de símbolos y de palabras no se pudo realizar, con respecto a las Madres; entonces se apeló a la descalificación (*locas*) y a la agresión (*madres de guerrilleros, mentirosas, enemigas de la pacificación nacional...*).

—Si hubieran sabido educar bien a sus hijos, hoy no los estarían buscando —espeta un oficial.

—¿Qué significa *educarlos bien*? —pregunta una de ellas.

—Qué se dediquen a estudiar, a trabajar...

—Eso hacíamos nosotras... y **ustedes** los convirtieron en guerrilleros.

Desconcertado por la respuesta, el sujeto se va; guarda su altanería para otra circunstancia. Aún quedan en el aire dos interrogantes: si todos los **desaparecidos** pudieron ser guerrilleros y si el serlo es algo tan demoníaco como se pretende desde el poder. La respuesta es negativa en ambos casos y lleva al observador —de cualquier matiz ideológico, pero sensato— a postular lo contrario. Las cifras y otros referentes así lo indican. En su “informe final” (que ni fue **final** ni fue un **informe**, en absoluto) la Junta reconoce algo más de 15 000 efectivos —incluyendo *periféricos*, es decir gente con mínimas tareas de apoyo— entre el conjunto de los grupos *subversivos*; Peter Mansfeld, especialista alemán, de inocultables simpatías hacia el bando militar (llama “fuerzas del orden” a este cúmulo de ladrones y estupradores) reduce la cifra a 7 000.⁸ Coincide con lo establecido por el autor de estos apuntes, en consulta con antiguos cuadros de distintas organizaciones: unos 5 000 en *montos*, durante la época de los *perejiles* (léase novatos que *brotaron como el perejil*); unos 2 000 en el ERP; y a lo sumo 1 000 entre el conjunto de los grupos menores. Eduardo Varela-Cid, editor de *Las*

⁸ *Argentina hoy*, Siglo XXI Editores, México, 1983. Selección de textos realizada por Alain Rouquier.

locas de Plaza de Mayo,⁹ considera que no pasan de 4 000 en total. ¿Qué relación tienen estas cifras con las 50 000 víctimas, los otros miles de perseguidos y el millón largo de personas que optaron por la migración? En cuanto a la relación entre guerrillero y represor, no admite casi confrontaciones: el primero trabaja por ideología, el segundo por interés (tiene altos sueldos, doble computación en años de servicio, derecho de botín, prebendas y estímulos para actuar como mercenario en el exterior sin perder los restantes beneficios...); para uno, todos son riesgos, para el otro, impunidad; aquellos sueñan con redimir al prójimo, lo logren o no; estos violen a la hija delante del padre, a la mujer delante del marido, denigran al sujeto hasta niveles extremos, usan su propia bajeza como elemento de intimidación... En lo moral, en lo conceptual, en lo psicológico, nos hallamos ante personas rematadamente opuestas. Las madres lo saben: conocen a sus hijos; el tiempo les enseñará también a saber cómo son los represores. Estos prohíben que las mencione el periodismo o las muestre la televisión; pero ellas ganan, poco a poco, un estado público. Se convierten en fenómeno mundial, antes que nacional. Se presentan en todos los eventos notorios: desde la llegada del rey Juan Carlos hasta las primeras reuniones políticas que se autorizan. Van a las recepciones diplomáticas: “Pero, sin los pañuelos, por favor...”, les ruega alguien; “por qué...?”, ¿acaso **ellos** no van con uniformes?”, responden. Cuando acceden a quitarse los pañuelos, los dejan en el mismo perchero que las gorras castrenses: son un mal trago, una obsesión, hasta en los menores detalles. Jamás muestran su dolor en público: “Se llora en casa”, le explican las Abuelas a cada anciana que se acerca, “aquí se pelea”. Y, para aclarar cómo viene el juego, le muestran dos biblioratos: uno con sus denuncias de niños y adultos ausentes, otro con las amenazas recibidas. “Aquí vive una Abuela de Plaza de Mayo”, escribió en su propia puerta una viejecita, para que

⁹ Jean-Pierre Bousquet: *Las locas de Plaza de Mayo*, El Cid Editor. Buenos Aires, 1983. Contratapa.

dejen de fastidiarla; y colgó el pañuelo a la vista para que no queden dudas. Cuando el ministro Harguindeguy intentó considerar muertos por decreto a los **desaparecidos**, sabía qué carta ponía en la mesa: la del alivio económico para las familias afectadas, allí donde el hombre ausente, el victimado, era la principal o tal vez la única fuente de ingresos. Solo hacía falta olvidar la reclamación, aceptar que estaba muerto **porque sí**, y ya se podía enajenar algún bien —si lo hubiera— o cobrar la pensión correspondiente... Desde su propio sacrificio, las Madres resistieron esa baja maniobra y el decreto quedó, en rigor de virtualidad, sin efecto. A Massera se le hicieron presentes cuando intentó dar una conferencia, como un demócrata más que expone sus ideas en público. Sería hermoso saber qué sintió, al ver que la sala se poblaba, de pronto, de pañuelos blancos. A los políticos les dieron el mejor consejo imaginable: “No hereden esto”. Y fueron desatendidas. Entonces, llegó la advertencia: “Al Gobierno elegido, cualquiera que sea, lo haremos responsable de los secuestros, las desapariciones y el esclarecimiento”. Ahí las tienen, ahora. Un periodista europeo, tras cinco años de permanencia en Argentina, me dijo: “Las van a desalentar, los milicos ya lo tienen todo pensado”. Pocas veces habrá estado más lejos de la verdad (aunque más cerca de sus propios y nada elevados sentimientos). Porque ellas también lo tienen todo pensado: eso se vio durante el conflicto con Inglaterra, cuando exhibieron esta consigna: “Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también”. A cada Madre, a cada familia por separado, sería posible desalentarla, como ha ocurrido tantas veces en la historia. A todas juntas, no.

Hoy el país y el mundo las reconocen. Cuando viajan, para obtener nuevas muestras de solidaridad, logran descuentos especiales; al ir a abonar sus pasajes, en una compañía de aviación, dos de ellas se encuentran con una bonificación mayor que la acordada.

—Silencio —dice el cajero—. Yo también estoy en una Comisión de Familiares, porque el drama que viven ustedes se ha repetido en mi país...

Los holandeses se organizan para enviarles dinero: cada uno deja, con su aporte, la propia mano recortada en un papel y dentro de ella el nombre escrito. Esas manos llegan desde la distancia al corazón de unas mujeres que luchan. Tienen su portavoz en el Congreso: Augusto Conte, que habla por ellas y por todas las demás organizaciones humanitarias abocadas al mismo problema. Una obra de Teatro Abierto¹⁰ acaba silenciosamente con una mujer que lleva pañuelo blanco y deja una flor sobre la escena vacía; otras tienen en su texto directas alusiones al tema, como la que vemos en nuestra cita inicial. Difícilmente haya un proyecto literario, teatral, cinematográfico, en la Argentina que no las incluya, o que no incluya el motivo de su protesta.

Las fotos de Renzo Góstoli son otra evidencia: quiere sacar país y saca Madres, aún en la euforia del hecho electoral. Un pintor como Ignacio Colombres endulza su pintura —siempre grotesca y despiadada— para incorporarlas. El *Núremberg cultural* que se avvicina en el Plata (sucedáneo o complemento del Núremberg legal que se reclama) las tiene por protagonistas, así como a las víctimas y a los represores. El “show del horror”, montado por el periodismo amarillo, pasará... pero ellas seguirán agitando su denuncia. La nueva democracia radica en su reclamación, ya que ellas —y solo ellas— pueden legitimar la efectividad del proyecto. Si no hay justicia, no hay país. Si no hay país, están ellas proclamando esa verdad, puesto que su sola presencia es la demostración de que no hay justicia. Nada las corrompe, nada las tuerce ni las confunde; tienen el dolor como referencia. No existe razón coyuntural que se les sobreponga. Están venciendo al olvido.

¹⁰ J. Boccanera: *Arrabal amargo*. Teatro Abierto, 1982.

Desde sus celdas doradas y con cuatro asistentes, desde su asombro, desde sus lujosos pisos y chalets,¹¹ Galtieri, Viola, Videla, Massera, el enfermísimo Camps, el descabellado Menéndez, repasaban viejas enseñanzas; aquella que decía, por ejemplo, que *madre hay una sola*. La historia les demostró que también eso era erróneo: son muchas...

¹¹ Algunos estaban encausados, otros en libertad, al escribirse el artículo. Luego fueron liberados de la cárcel por el presidente Menem.

CUESTA ARRIBA

AGUAFUERTES DEL EXILIO ARGENTINO DEL '76

Tras el golpe militar de 1976, Alberto Adellach (Buenos Aires, 1933- Nueva Jersey, 1996), un dramaturgo y escritor en varios géneros más, fue prohibido y forzado al exilio.

Por invitación de los responsables del periódico *Denuncia*, que se publicaba en Nueva York, Adellach comenzó a escribir la columna "Cuesta Arriba", que se transformó en una trinchera, para denunciar los horrores de la dictadura y un punto de encuentro, para los cientos de miles de exiliados desperdigados por el mundo, que añoraban expresiones, anécdotas e historia que tenían en común.

Durante el exilio, conoció y tomó el testimonio de varios sobrevivientes de los campos de concentración de la dictadura para denunciar lo que pasaba en su querido país. El primer testimonio que tomó fue de su propio hijo, Enrique, de entonces 16 años, que había sido secuestrado y torturado en Campo de Mayo junto a su hermana, Alicia, de 25 años.

En *Cuesta Arriba*, Adellach fue de los primeros en denunciar que los varios gobiernos militares de la región colaboraban en la represión, lo que después se conoció que llevaba el nombre de "Operación Cóndor". También denunció lo que estaba pasando en la ESMA (Escuela de Mecánica de la Armada), "La Perla" y otros centros clandestinos de detención de Argentina, cuando de manera oficial se negaba la existencia de los mismos, y muchos gobiernos y líderes del mundo lo ignoraban, intencionalmente o por desinterés.

Adellach falleció en Estados Unidos, tras haber pasado el exilio en España y México. Nunca regresó a Argentina. *Cuesta Arriba* es parte de su legado a la cultura e historia argentina